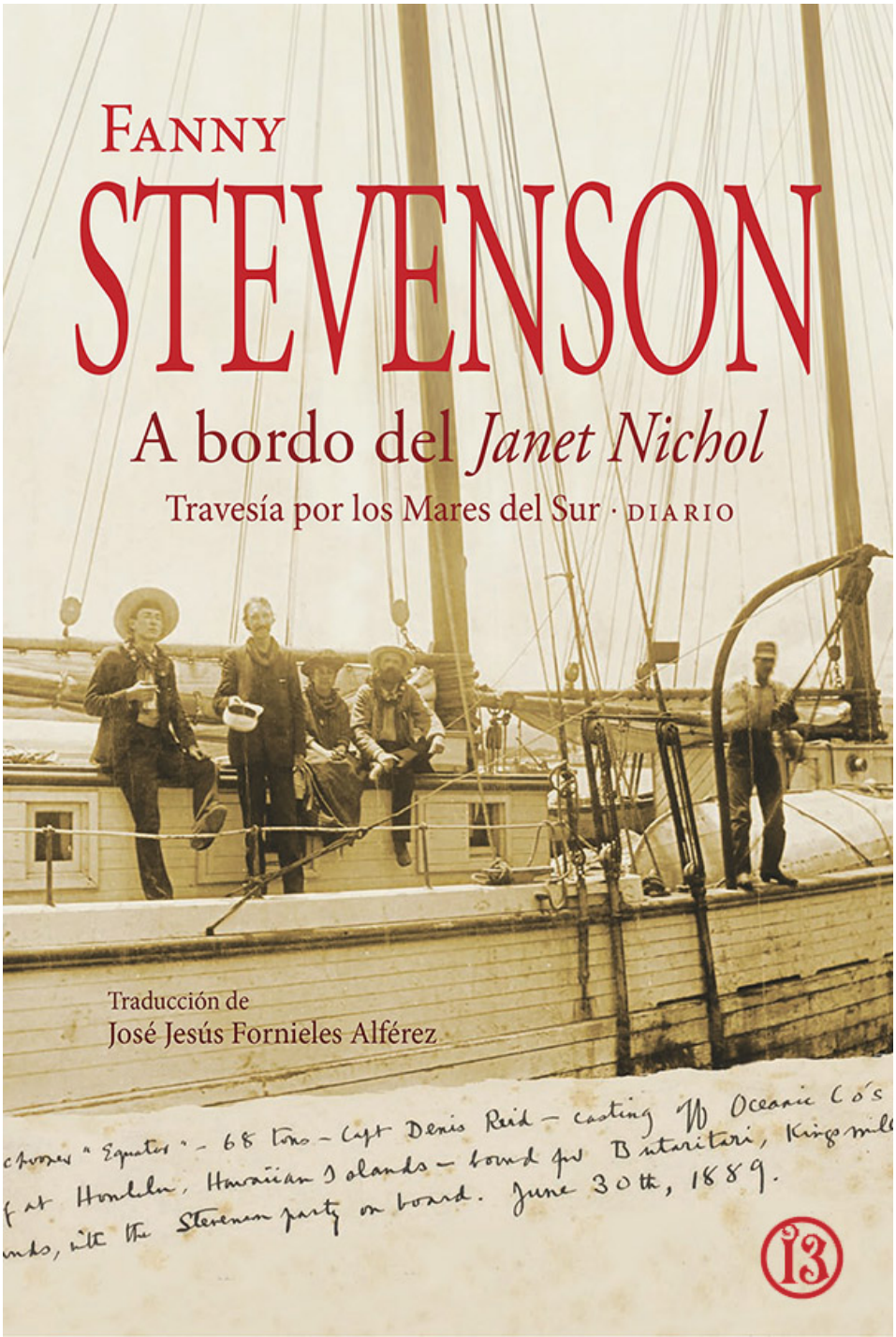
FANNY

STEVENSON

A bordo del *Janet Nichol*

Travesía por los Mares del Sur · DIARIO



Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez

13

El crucero Janet Nichol, inmovilizado por la huelga del puerto de Sídney, era un carguero de seiscientas toneladas que comerciaba con copra en el Pacífico Sur con una tripulación de cuarenta canaques medio salvajes. ¿Cómo se las arregló Fanny para embarcarse en esta tina con su hijo y su marido casi agonizante, izado a bordo en una camilla? Seguirá siendo un misterio para ella. El médico no dio ninguna posibilidad de supervivencia al novelista, ya muy famoso, si no se instalaba en un clima más indulgente. La pareja, que partió hacia los Mares del Sur en junio de 1888, acababa de comprar veinte hectáreas de selva en las islas Samoa. La salida de Sídney, el 11 de abril de 1890, fue una liberación, y como Robert Louis, aunque tan débil, iba a escribir una serie de artículos para The sun, «a Fanny le tocó llevar el diario de viaje de mil aventuras», escribe. En las condiciones más desfavorables, a veces en el fondo mojado y volcado de una canoa o un bote ballenero, a veces boca abajo en las arenas abrasadoras de las costas tropicales, a menudo en cobertizos de copra en medio de un lío, no dejó de escribir en su diario mientras los Stevenson se establecían en las islas de Samoa, donde Robert Louis moriría en 1894.

Fanny Stevenson

A bordo del Janet Nichol

Travesía por los mares del Sur - Diario

Título original: *The Cruise of the «Janet Nichol». Among the South Sea Islands, A Diary*
Fanny Stevenson, 1914
Traducción: José Jesús Fornieles Alférez, 2022

-

Revisión: 1.0

19/01/2023

Stevenson y su esposa Fanny en el puente del *Janet Nichol*

PREFACIO

En un diario siempre es necesario hacer ciertas elisiones, pues no se escribe con el objetivo de ser publicado cuando se redacta. Por muchas razones, *A bordo del Janet Nichol* se ha acortado considerablemente. En su origen, solo intentaba ser una recopilación de sucesos ocurridos, con el objetivo de ayudar a mi marido cuando su memoria le fallase en su propio diario. Así, algunos de los acontecimientos recogidos en mi diario eran reescritos (para su gran mejora), ampliados, modificados y usados en sus narraciones. He borrado estas partes en la medida de lo posible, aunque no siempre por completo. También he omitido todo lo referente a la vida privada de otras personas y, naturalmente, a la nuestra propia. Me temo que las alusiones a «la caja diabólica» pueden parecer confusas, pero mi marido ya había escrito una descripción completa de su compra en su propio diario, por lo que solo me pareció necesario añadir algunas referencias. En cambio, en la minuciosa descripción, casi un catálogo, de los artículos de los diferentes edificios de la isla de Suwarrow, debe parecer que he pasado al extremo opuesto. Por entonces mi marido tuvo la idea de escribir una novela sobre una isla de los Mares del Sur en la que deseaba utilizar las descripciones de estos trágicos y lamentables pecios y desechos pertenecientes a barcos y personas naufragadas.

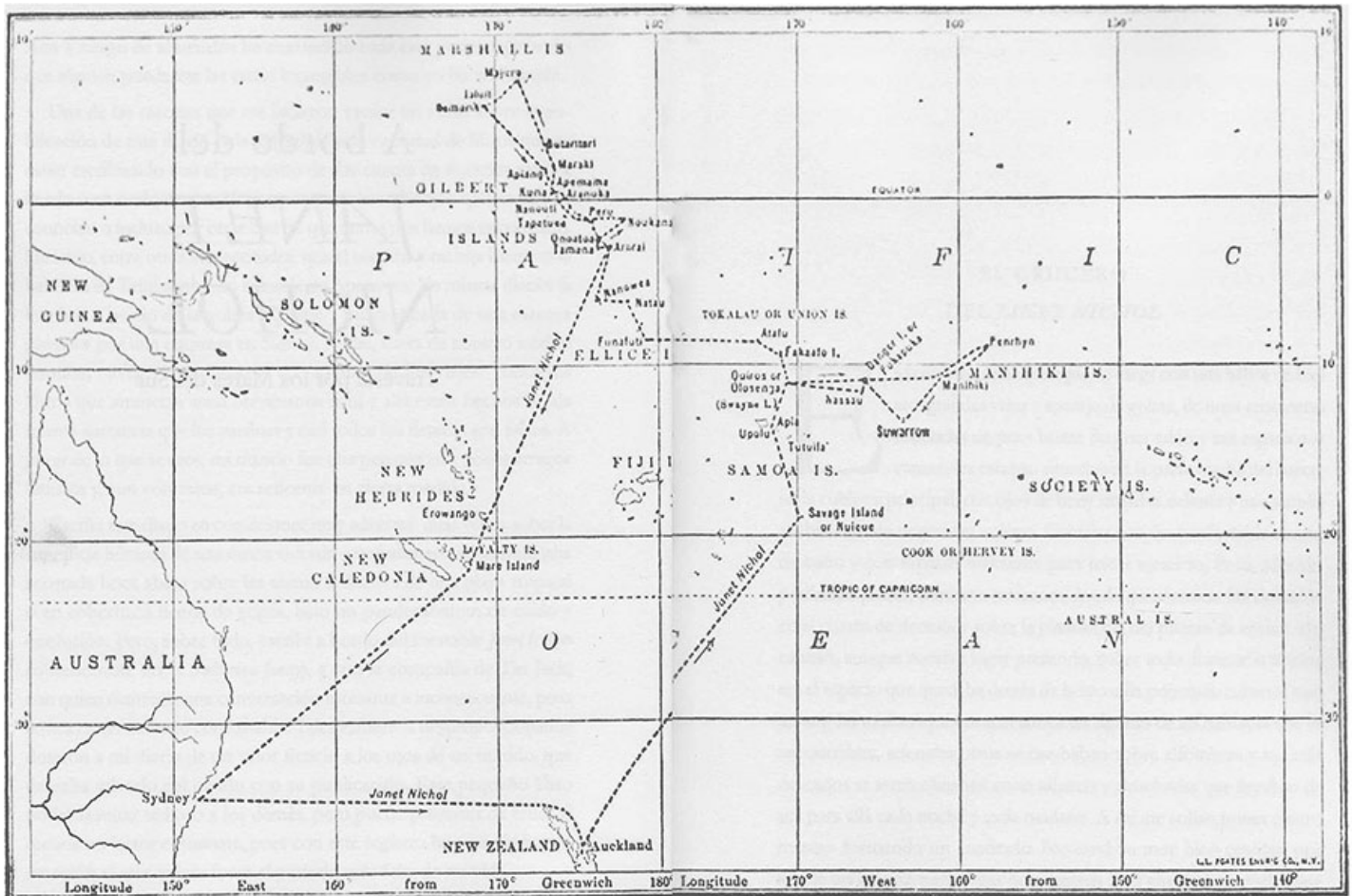
Aun a riesgo de aburrirlos he mantenido toda esta parte, esperando que alguien pueda ver las cosas intangibles como yo las

contemplé.

Una de las razones que me hicieron vacilar un tanto sobre la publicación de este diario es la extraordinaria cantidad de libros que se están escribiendo con el propósito de dar cuenta de nuestras vidas a bordo o en cualquier otro lugar, por personas a las que apenas hemos conocido o incluso por otras con las que nunca nos hemos encontrado. He leído, entre otras inexactitudes, que el escritor y mi hija hicieron la bandera de Tembinoka, en la bahía de Apenama. Yo misma diseñé la bandera a bordo de la goleta *Equator*, y fue fabricada de una manera prosaica por una empresa en Sidney. Nadie, fuera de nuestro núcleo familiar, navegó con nosotros en ninguno de los viajes. Todos los libros que anuncian «con Stevenson» aquí y allá están hechos de «la misma sustancia que los sueños» y casi todos los detalles son falsos. A pesar de lo que se cree, mi marido fue una persona con pocos amigos íntimos y, aun con estos, era reticente en cierta medida.

Escribí este diario en condiciones muy adversas: unas veces, sobre la superficie húmeda de una canoa volcada o un ballenero; otras trabajaba acostada boca abajo sobre las arenas ardientes de una playa tropical o en cobertizos llenos de copra, bajo un pandemónium de ruido y confusión. Pero, sobre todo, escribí a bordo del inestable *Janet* (cuyo sobrenombre era la *Saltarina Jenny*), y con la compañía de Tin Jack, con quien mantenía una conversación incesante e inconsecuente, pero nunca en un entorno confortable. Tales esfuerzos desproporcionados dotaron a mi diario de un valor ficticio a los ojos de mi marido, que deseaba salvarlo del olvido con su publicación. Este pequeño libro podrá resultar tedioso a los demás, pero puede presumir de tener al menos un lector entusiasta, pues con este registro he recordado con emoción el que quizás fuera el periodo más feliz de mi vida.

Fanny V. de G. Stevenson


MARSHALL IS
Majuro
Ialuit
Bemarik
Butaritari
Maraki
Apiang
Apemama
Kuria
Aranuka
GILBERT
ISLANDS
Nanouti
Tapetuea
Peru
Noukana
Onoatoa
Tamana
Arorai
Nanowea
Natau
Funafuti
ELLICE I
EQUATOR
P A T I F I C
NEW GUINEA
SOLOMON IS.
TOKALAU OR UNION IS.
Atafu
Fakaafo I.
Quiros or Olosenga, (Swayne I.)
Nassau
Danger I. or Pukapuka
Penrhyn
MANIHIKI IS.
Manihiki
Suwarrow
Apia
Upolu
Tutuila
Janet Nichol
NEW HEBRIDES
Erowango
FIJI I
SAMOA IS.
SOCIETY IS.
Savage Island or Nuicue
LOYALTY IS.
Mare Island
NEW CALEDONIA
COOK OR HERVEY IS.
TROPIC OF CAPRICORN
AUSTRAL IS.
O C E A N
AUSTRALIA
Sydney
Janet Nichol
NEW ZEALAND
Auckland
Longitude 150° East 160° from 170° Greenwich 180° Longitude 170° West 160° from 150° Greenwich 140°
L.L. POATES ENGRG CO., N.Y.

Mapa que ilustra el crucero del *Janet Nichol*. 11 de abril-25 de julio de 1890

EL CRUCERO DEL *JANET NICHOL*

El *Janet Nichol* era un buque de carga con una hélice de hierro, grandes velas y aparejo de goleta, de unas seiscientas toneladas de peso bruto. Su gran salón y sus espaciosos camarotes estaban situados en la parte media del barco, en la cubierta principal, con ojos de buey situados delante y una amplia «habitación de negocios» a popa. Contaba con un confortable cuarto de baño y con espacio suficiente para hacer ejercicio. Pero, además, podíamos pasear, dormir o sentarnos donde quisiéramos. He dormido en el cuarto de derrota y sobre la plataforma del puente de mando del capitán, aunque nuestro lugar preferido, sobre todo durante la noche, era el espacio que quedaba detrás de la escotilla principal, cubierto con un amplio toldo. Aquí nos mecíamos en algunas de las hamacas que se encontraban, mientras otros se tumbaban sobre alfombras y los más delicados se arremolinaban entre sábanas y almohadas que llevaban de acá para allá cada noche y cada mañana. A mí me solían poner cuatro mantas formando un cuadrado. No estaban muy bien cosidas, por lo que no servían para evitar que pasaran ni el aire que normalmente corría por la escotilla ni los quejidos de un amigo que dormía cerca y que tenía pesadillas.

Junto a mi marido y mi hijo Lloyd, solían sentarse a nuestra mesa *Mr*. Henderson, un miembro de la compañía propietaria del buque; el capitán Henry; el sobrecargo *Mr*. Hird; el ingeniero *Mr*. Stoddard y *Mr*. Buckland, conocido como Tin Jack (Tin, siendo el

equivalente a *Mr.*), un comerciante de la compañía que volvía a su puesto. El *Janet* contaba con una tripulación de nueve hombres blancos y unos cuarenta chicos negros procedentes de diferentes islas de las Salomon y Nuevas Hébridas.

Dejamos Sidney el 11 de abril con viento de proa y el mar agitado hasta que llegamos a Auckland. Tardamos siete días de un puerto a otro.

18 de abril de 1890.— En Auckland, a la hora de la cena. Fuimos a la costa y comimos en un hotel con el sobrecargo y con Tin Jack. Louis y yo dormimos en el hotel. Quedamos en reunirnos con Tin Jack y Lloyd para la mañana siguiente con una lista de la compra. Nada más llegar a Auckland, un gato saltó por un ojo de buey y se ha quedado a bordo.

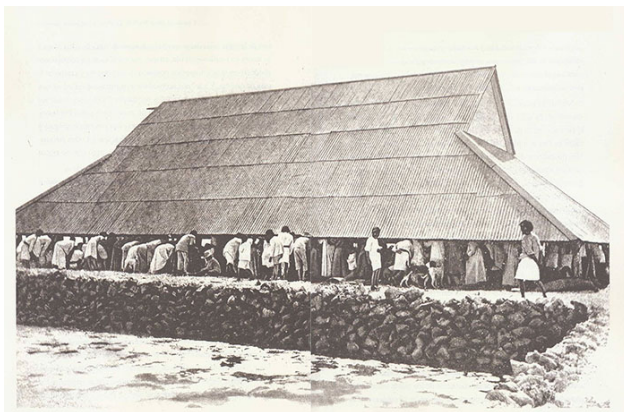
19.— Compré una chaqueta de velarte para Maka y un hermoso vestido de seda negro para Mary. Mientras el *Janet* iba rumbo a «los Mares del Sur», sin un destino concreto, pensamos que si volvíamos por Butaritari sería mejor llevar regalos.

(Nos habíamos encontrado con el misionero hawaiano Maka y su mujer Mary en nuestro segundo viaje a los Mares del Sur, en Butaritari, una de las islas bajas del grupo de las Kingsmill. Aquellos días Maka y su mujer no estaban en la isla, así que, por consejo de un comerciante residente en la isla, tomamos posesión de su pequeña y confortable casa de madera. Y aquí nos acomodamos mientras esperábamos con paciencia a nuestros improvisados anfitriones. Como nos habíamos identificado como parte del grupo de misioneros y nos habíamos echado encima tales obligaciones para con ellos, nos vimos obligados a privarnos de ciertas diversiones y amistades, que en otras circunstancias habrían sido interesantes para nosotros, pero con no pocos inconvenientes ahora para Maka).

Sin embargo, cuando se celebró el gran festival y vinieron los isleños vecinos de Little Makin —llamada por los comerciantes

Little Muggin [Pequeño Atraco]— para acudir al reto de los bailes propuesto por los butaritaris, y que los deportistas llamaban «el campeonato», Maka se retiró a un prudente segundo plano. Esto nos dio la oportunidad de relacionarnos con el rey de Litde Makin y asistir a los bailes paganos. Pero Maka y Mary siguieron siendo nuestros amigos más cercanos, a pesar de nuestra momentánea deserción para conocer al rey de Makin.

Cuando dejamos Butaritari, no encontramos nada adecuado en la isla para ofrecerles como regalo de despedida y agradecerles la abrumadora atención que habíamos recibido de su parte, de ahí que les compráramos un vestido de seda y una levita de clérigo para él. Otros dos amigos a los que llevábamos presentes pero que, por desgracia, dejamos atrás, formaban una pareja convertida al cristianismo: Nan Tok y su mujer. Al ser nativos de Butaritari, eran diferentes a Maka y Mary. Según el punto de vista de Maka, eran bastante incivilizados. En su día a día, la señora [en los Mares del Sur solo había *señoras*, mujer era una palabra tapu en todas las sociedades y clases sociales], rica, usaba solamente el *ridi*, mientras que para vestir de gala aparecía con una camisola blanca recién comprada en los bazares de los comerciantes, con las marcas de haber sido doblada aún visibles.



Competición de bailes entre bailarines. de Butaritari y aquellos de Little Makin

Mi primer encuentro con Nan Tok y su mujer fue cuando menos alarmante. El rey había levantado la prohibición —*tapu*— de beber y, en consecuencia, la isla entera, incluyendo a su majestad, había caído en una completa borrachera con «sour toddy» [savia fermentada procedente de las tallas florales del cocotero], que es una de las bebidas alcohólicas más peligrosas del mundo, ya que provoca en quien la consume un frenético deseo de derramar sangre. Durante este periodo, me encontré por accidente con dos mujeres luchando como fieras salvajes, hundiendo sus dientes en la cara de la otra y sangrando. «¿Qué ocurre?», grité. «Sour toddy», me contestó una de ellas, lanzando una ansiosa mirada sobre mi hombro.

En estas circunstancias no era seguro alejarse de nuestro pequeño alojamiento, pero una tarde tranquila decidí salir y me acerqué a la zona de barlovento de la isla para recoger conchas. Allí se me unió una extraña pareja. Su aspecto no era muy tranquilizador, pues iban desaliñados, prácticamente desnudos, tapados únicamente con un pequeño trozo de tela de saco vieja y sucia. Sus rostros demacrados mostraban inquietud. Al principio, caminaron a mi lado mientras yo seguía recogiendo conchas, pero pronto se cansaron y me agarraron, llevándome tierra adentro, y alejándome de la playa. Cogida por los brazos, uno al lado del otro me condujeron por un estrecho sendero rodeado de un denso bosque de cocoteros de los que la isla está repleta. Mientras avanzábamos, pese a mi renuencia, la señora, con la intención de ser amable y preocupándose por mi bienestar, sacó una pipa de arcilla con un enorme agujero, la llenó con un tabaco fuerte y áspero, la encendió, le dio una calada y la colocó en mi boca. Como no sabía si sus intenciones eran hostiles y mi mente se encontraba en estado de alarma, decidí aceptar con valentía la situación. Fue una experiencia solemne. Emergimos de las palmeras para llegar a la ciudad y nos encontramos con una alborotada multitud que incluía a un numeroso grupo de borrachos que gritaban y peleaban. Resultó un gran alivio descubrir que estaba en frente de mi puerta. Los dos nativos me siguieron sujetando hasta que estuvimos a salvo en la veranda. Entonces, el hombre, para mi sorpresa, se arrodilló y

realizó una ferviente oración.

Así comenzó mi amistad con Nan Tok y su mujer [mi marido siempre los llamaba «barón y baronesa»]. Más tarde nos contaron que me habían vigilado con preocupación al verme andar sola por los cocoteros. Después de una acalorada discusión en cuanto a los medios adecuados, concluyeron que lo mejor era obligarme a volver. El incidente de la pipa fue un intento de reconciliación, después de una mirada furiosa que les lancé y que los desconcertó. (El rezo era un agradecimiento al final feliz de nuestra aventura y una petición de que fuera el comienzo de una nueva amistad que nos bendeciría a todos).

Maka y Mary Maka, Kanoa y *Mrs*. María Kanoa, misioneros hawaianos del comité americano de misiones, Honolulu, en Butaritari, una de las islas Gilbert

Volví al hotel antes que Tin Jack y Lloyd, que se había parado a comprar fuegos artificiales para entretener a los criados nativos. Además de la pirotecnia, que incluía diez libras en «fuego de calcio», Tin Jack compró cartuchos, maquillaje teatral, una nariz falsa y una peluca. Lloyd tenía dudas sobre el fuego de calcio y le preguntó más detalles al hombre de la farmacia, queriendo saber si este era inflamable, ya que, como le explicó, lo quería llevar en un barco. Este le aseguró que era «totalmente seguro», tan seguro como «un

paquete de azúcar», añadiendo que el fuego de una cerilla no sería suficiente para inflamarlo. «¿Lo quiere con humo o sin humo?», le preguntó, volviéndose para hacer el paquete. El ahorrativo vendedor pensó en obtener todo el dinero que pudiera y se lo entregó con humo.

A bordo, por la tarde.— Algunos problemas con los sindicatos, pero nada serio. *Mr*. Wood, un librero que había reconocido a Louis por un retrato publicado, llamó por la tarde. Se ofreció amablemente a conseguirnos munición de pistola. Después de un rato de conversación, se marchó corriendo a buscarla. Al rato, justo cuando estábamos a punto de partir, regresó con unos doscientos cartuchos. Enviaron los fuegos artificiales a bordo con los otros paquetes, sin ninguna distinción ni marca. Lloyd los puso todos juntos en su litera, incluidos los cartuchos, hasta que Tin Jack, con quien compartía camarote, bajó y los ordenó. Entre ellos debía de estar una pistola que Tin Jack había arreglado, perteneciente a Louis.

20.— Dejamos Auckland a última hora de la tarde, hacia las ocho. Las brillantes luces de la ciudad nos siguieron un largo trecho. Un perrillo, casi adulto, se había unido a la tripulación y pasajeros del barco.

Entre las diez y las once Louis estuvo acostado en su camarote, muy cansado y alegre de poder descansar. Tin Jack y Lloyd estaban en el camarote de *Mr*. Henderson tomando café y discutiendo «los estruendos de la tierra». Yo me encontraba sentada en la mesa del salón, comiendo pan integral y mantequilla. De repente, del camarote de Tin Jack y Lloyd llegó un golpe de humo, seguido casi de inmediato de fulgurantes llamas y el más horrible olor químico. El fuego de calcio, que era tan seguro como un paquete de azúcar, se había encendido y había prendido el resto de las estructuras de madera. Solamente Lloyd y yo sabíamos que los cartuchos estaban por allí, pero no dijimos nada, aunque en todo momento temimos

oír el silbido de las balas. Corrí a nuestro camarote y cogí una pesada manta roja. Al mismo tiempo, *Mr*. Henderson había traído una hermosa alfombra de lana de su camarote. Temía quemarme si ponía mi manta sobre el sofocante vapor que impedía ver nada más que unas llamas de vivos colores refulgiendo. Por suerte, fueron las manos del capitán las que agarraron mi manta. Desembarazada de la manta, corrí a sacar mi cabeza por un ojo de buey para respirar un poco. Aunque las ventanillas abiertas avivaban las llamas, no podíamos cerrarlas o, de lo contrario, nos hubiéramos asfixiado con el humo. *Mr*. Henderson, que había permanecido quieto algunos minutos al pie de la escalera, me cogió de la mano y me arrastró desde el salón hasta la escalerilla que sube a la cubierta.

Louis, que no sabía que había fuegos artificiales a bordo, se quedó atónito ante los sorprendentes colores cambiantes de las llamas y permaneció durante algún tiempo mirando la sorprendente escena e inhalando los vapores venenosos. «¿Por qué las llamas en el mar parecen como una pantomima de Navidad?», preguntó. Su sorpresa era tan grande que apenas era consciente del humo.

El matrimonio Stevenson en compañía de Nan Tok y Natakanti, en Butaritari

El capitán, desde el puente, había visto subir los pesados vapores. Con sorpresa y enfado pensó que el ingeniero estaba

dejando salir el humo. Posiblemente, el material debió haber estado ardiendo durante un tiempo considerable antes de que estallara en llamas. La corriente de aire llevó el humo hacia el ojo de buey abierto, en lugar de hacia el salón, por lo que la primera noticia de que algo andaba mal fue el estallido de los cohetes. Mientras el capitán estaba mirando la supuesta columna de humo, de repente se disparó, elevándose en el aire un rayo de fuego de color azul, verde y rojo. El capitán ordenó que se pusiera en funcionamiento el motor auxiliar para bombear agua y que conectasen una manguera. Bajó corriendo y llegó con una manta, una alfombra y una manguera. Consiguió sofocar las llamas justo a tiempo para salvar el barco. Después dijo que si el viento hubiera soplado desde un cuarto distinto o si los cartuchos hubieran explotado, nada hubiera podido salvar ni al barco ni a nosotros.

No cundió el pánico entre los chicos negros, que trabajaron con rapidez y obediencia. De hecho, tengo la sensación de que gozaron de la emoción del momento. En relación a este asunto, el capitán expresó la suerte que tenía de contar con un hombre al timón en el que podía confiar. Lloyd y yo no dijimos nada, pero sabíamos que no había habido nadie en el timón. Su hombre de confianza había bajado corriendo junto a los demás. Era un momento bastante peligroso para dejar el barco a la deriva, pues cuando ocurrieron los acontecimientos ya no estábamos cerca del puerto, sino al otro lado del faro. Un vapor pasó muy cerca cuando el espectáculo estaba en todo su esplendor. Las llamas de colores y un denso humo blanco salían de los ojos de buey, debiendo dar al barco un aspecto alarmante y peligroso. Lloyd echó un vistazo al otro lado del barco y vio algunas de estas ventanas vomitando humo, como si el buque fuera una fábrica.

Para nuestra sorpresa, las cajas con los cartuchos solo se habían quemado ligeramente. Nuestras pérdidas personales fueron, sin embargo, irreparables. Se destruyeron unas noventa fotografías y toda la ropa de Lloyd, salvo la que llevaba puesta. Ni tan siquiera

nos quedó un cepillo de dientes. Lo más molesto fue que Tin Jack no había perdido nada. Lloyd está bastante resentido por esta discriminación que mostró el fuego. Tuve la suerte de poder frenar a un par de chicos negros justo a tiempo de evitar que tiraran una maleta ardiendo que contenía cuatro grandes cajas con los papeles de Louis. Una bolsa negra que no sabemos qué contenía se ha quemado completamente y se ha perdido una gran cantidad de accesorios básicos para la comodidad de a bordo. Desde entonces, he temido que Louis sufriera una hemorragia. Si eso ocurriese, pensaría en tomar medidas contra el farmacéutico que, por unos pocos chelines, nos ha expuesto a todos a un peligro mortal. Persiste un olor horroroso y todo el mundo se encuentra mal. Aun cuando apenas había respirado en el camarote, siento una enorme presión sobre mi pecho y la garganta, y los pulmones me arden como si hubiera inhalado pimienta. Desde que dejamos Auckland, el mar permanece tan liso como el cristal, no hubo saltos ni movimiento alguno. El material debió entrar en combustión espontáneamente. Si se hubiera producido un poco más tarde, Tin Jack habría estado durmiendo en la litera de arriba y, sin duda, se habría asfixiado.

21.— Secando los restos de ropa de Lloyd quemados, descubrimos más y más pérdidas. Afortunadamente, la bandera que había hecho para el rey Tembinoka no había sufrido daños. Ya la había enviado a la isla. El regalo de parte de Lloyd, una cartuchera, solo estaba un poco manchada. Nuestras dos cámaras fotográficas se salvaron por pura magia.

(Esta bandera fue diseñada durante un viaje anterior, después de que dejamos Apemama, la isla principal de las tres islas bajo el poder del rey Tembinoka, el último de los reyes absolutos de los Mares del Sur. El rey nos había pedido que le enviáramos una bandera, así que, una tarde a bordo de la goleta *Equator*, cada uno de nosotros dibujó y coloreó una. La tripulación votó, y la mía resultó escogida por unanimidad. Tenía tres barras cruzadas, roja, amarilla y verde, por cada una de sus islas, mientras que el tiburón

negro que aparecía detrás se suponía que era algo característico del linaje de Tembinoka. La línea ancestral del rey no era desconocida; nos dio toda clase de detalles sobre sus primeros antepasados que, dice, nacieron de la unión de una hermosa dama y un tiburón. Llevamos los dibujos que hice en el *Equators* una agencia en Sidney, quien realizó el trabajo. El resultado son dos magníficas banderas que fueron del agrado de su majestad. La bandera de la casa real tenía una corona blanca sobre la cabeza del tiburón, con una forma un poco diferente de la bandera de la isla. Como lema escogí la oración «muerdo por triplicado», no solo porque reinaba sobre tres islas, sino por las tres hileras de dientes peculiares de los tiburones). Louis ha estado jugando al ajedrez con el capitán, que no jugaba desde hacía muchos años. Yo he estado haciendo coronas de flores artificiales como regalo para los nativos. Compré en Sidney varias cajas grandes llenas de flores artificiales, perfectamente hechas y bonitas, con hojas verdes. Por una libra y tres chelines pude hacer veinte coronas completas, y dieciocho más que necesitaba llenar con plumas de colotes. No creo que los nativos disfruten tanto al recibirlas como yo al hacerlas.

(Hay pocas flores en los atolones, por lo que los nativos, que usan las coronas de flores para todas las ceremonias festivas, tienen que realizar todo tipo de maniobras para obtenerlas, ya que se consideran casi una necesidad. Solo he visto dos clases de flores que son autóctonas de los atolones; una bastante insignificante que se parece al brote de la *papaia* macho y la otra, una especie de «lirio araña», ambas de un color blanquecino y que solo se utilizaban, según pude ver, por la gente de buena posición social y no por la gente común, que se contenta con imitaciones hechas de alguna parte del cocotero. Ojalá aquellos que se mofaban de mis compras en el sombrerero pudieran ver con qué gozo y frenesí recibían mis coronas de flores. Muchas veces respetables matronas rompieron en un repentino llanto histérico cuando se las ofrecía, mientras reyes, jefes e incluso comerciantes blancos querían saber cómo obtener alguno de estos codiciados objetos).

22.— El tiempo sigue siendo agradable. Vimos una pequeña isla llamada Curtis y a las diez y media avistamos Sunday Island. El capitán amablemente nos acercó para que tomáramos fotografías. Vimos una humareda en el horizonte, que supusimos era de un vapor. Nos emocionamos. Fui corriendo a escribir cartas y me encontré a *Mr*. Henderson haciendo lo mismo, pero, por desgracia, parecía que se trataba de un barco de guerra. Se alejó de nosotros para acercarse más a la isla y ya era demasiado tarde para intentar seguirlo, así que nuestras cartas tendrán que esperar. Sunday es la isla que una familia americana adoptó como residencia hasta que estalló un volcán. Recientemente, algunos colonos han empezado a establecerse aquí. Lloyd me ha recordado que Louis y él habían propuesto tomar posesión de este lugar y que yo lo rechacé por completo debido al volcán y a las hordas de ratas que infectaban el lugar. Hace más calor cada día y espero poder quitarme pronto mis zapatos y calcetines.

(Como todas mis posesiones y las de Louis se quemaron, excepto lo que llevábamos puesto, quiero preservar estos para cuando sea necesario tener una apariencia civilizada). *Mr*. Henderson está buscando una isla cuya existencia es dudosa. Lloyd me ha contado que *Mr*. Low, el artista de Nueva York, le dijo una vez que tenía un amigo que había estado en ella.

26.— No he podido quitarme los zapatos y los calcetines, pues el sol desapareció poco después de mi último apunte. Durante los días siguientes hemos sido golpeados por un temporal con una lluvia casi continua. El aire es denso y difícil de respirar, caliente y, al mismo tiempo, frío. Por desgracia, he cogido un resfriado y un agudo ataque de reumatismo. El capitán también ha sufrido otro resfriado y, además, una pesada puerta le pilló un dedo, dañándole la uña. Hace tiempo que una mota de ceniza le dañó un ojo, causándole una inflamación. Ahora tiene el otro ojo igual de mal, como consecuencia de los humos venenosos producidos por el incendio.

Hoy hemos fondeado en isla Salvaje o Nuieue, para desembarcar

a ocho nativos que volvían de regreso, a cargo de la compañía. Fue muy agradable verlos emocionados, sus caras felices al volver a su isla. Se vistieron con ropa nueva para la ocasión, cada hombre, calzado con un par de botas nuevas y recias. Una pareja de dandis llevaba capas de terciopelo con borlas y bandas rojas. Es una raza más pequeña y con un color de piel más claro que las que solemos ver. Sus rasgos y expresiones faciales recuerdan los bonitos y suaves rostros de los chinos. Antes de fondear, nos rodearon unas canoas y escuchamos gritos de bienvenida de todas partes. Cuando la bocina del buque sonó, nos respondieron con otros tantos gritos de alegría que se oyeron por toda la bahía. No salió ninguna mujer, ya que para ellas el barco es *tapu*, pero había muchos niños con los hombres. Enseguida subieron al barco, maravillados ante las extrañas vistas, pero también astutamente preparados para negociar de forma honesta o deshonesta. Les compré dos cañas de azúcar a cambio de un poco de tabaco y adquirí un sombrero de hombre con una cinta de franela roja que adornaba la parte superior por dos chelines, aunque me empezaron pidiendo cuatro. También compré por dos chelines dos pequeñas canoas talladas en madera (una para Tin Jack).

Nuestros marineros son «compañeros negros», algunos de Nuevas Hébridas, otros de las Salomón y de otros lugares. Parece que se comunicaban en inglés con mayor facilidad que en su propia lengua. Oí a uno de ellos decir con claridad: «no me gustaría cruzar el mar en la canoa de ese hombre». Los hombres de Nuieue miraban a estos compañeros negros con gran curiosidad y preguntaban en qué islas se podrían encontrar hombres así. Uno de los marineros negros firmaba su nombre como Sally Day. Hoy oí a uno de ellos llamarle con cortesía «Sarah».

El *Janet Nichol* con su tripulación

Isla Salvaje es una isla de cimas y valles; es un atolón de coral, con un terreno que se levanta, más o menos irregularmente, doscientos pies sobre el nivel del mar. Produce copra, plátanos, algodón, árbol del pan, *Bêche-de-mer* y hongos. Está gobernada por un rey, asistido por cuatro jefes y cuatro subjefes. Los árboles frutales y las plantas se cultivan con cuidado y sus habitantes tienen reputación de ser diligentes y trabajadores. El capitán Henry quiso llevarse a una niña para su mujer, pero no le dejaron; iba contra la ley que una mujer dejara la isla.

Al menos en uno de los pueblos de Nuieue perdura una costumbre singular. Cada año se fija un día como el día del juicio. Todos, hombres, mujeres o niños, se reúnen en un claro del pueblo. Se vota a un flagelador y a un jurado, compuesto la mitad por cristianos y la otra mitad por paganos. Uno a uno, la gente se adelanta y confiesa públicamente sus pecados, mientras el jurado fija los castigos, que consisten en latigazos o su equivalente en multa, que puede ser pagada con cualquier tipo de bienes. El valor de cada artículo ofrecido corresponde con el precio que se paga originalmente por este. Por ejemplo, un hombre castigado con un dólar puede traer un sombrero andrajoso e inservible que le costó un dólar el año anterior. Los oficiales elegidos no están exentos de recibir castigo. Después de que el jurado haya confesado y fijado su

propio castigo, el flagelador debe hacer lo mismo y, si su sentencia son latigazos, debe azotarse a sí mismo. Así, al día siguiente cada alma vuelve a estar limpia y con la conciencia tranquila, preparada para una nueva recolección de pecados. Las confesiones parecen ser genuinas, pero, a veces, causan notables sorpresas y consternación a aquellos a quienes les afecta.

El deseo de poseer una isla aún arde en mi corazón. En estas vecindades, cerca de Samoa, está la isla que quiero, propiedad que, desafortunadamente, pertenece a un hombre que vive en Tahití. La isla se llama Nassau y se dice que está deshabitada.

La noche pasada una enorme rata pasó por encima de mi cama y *Mr*. Henderson tuvo la misma experiencia desagradable. En la bodega del *Janet* hay un gran número de ratas blancas con ojos rojos, de apariencia bastante misteriosa. El capitán no permite que les hagamos daño, lo que me parece un gesto amable y sentimental por su parte. Fue divertido ver a nuestro perro sacando la cabeza por un ojo de buey y moviendo la cola con excitación cuando echamos el ancla frente a Auckland. Nuestro segundo criado (un hombre blanco) estaba absolutamente emocionado. Tenía la esperanza de poder ver Samoa, de la que había leído una descripción en los periódicos. Cada poco rato oía su voz, gritando con emoción: «¿Qué le parece esto, *Mrs*. Stevens?», poniéndome una caña de azúcar en una mano. «Pruébela, *Mrs*. Stevens, es como un palo con azúcar. ¡Nunca lo había visto antes!». Y, poco después: «¡Cocos, cocos! ¡Es un coco verde!, *Mrs*. Stevens. ¡En mi vida los había visto!». No le dije que para mí no era ninguna novedad. No escuchaba a nadie y no paraba de parlotear con los ojos brillantes de emoción. «¡Me lo ha dado un nativo! No había nada dentro del coco verde, solo una especie de agua».

Mr. Henderson nos confesó que nuestra próxima isla sería Upolu, Samoa, lo que nos emocionó a todos tanto como al criado. El miércoles por la tarde, hacia las cuatro, debíamos llegar a Apia y, a la mañana siguiente, al amanecer, debíamos avistar Vailima. Mientras hablábamos sobre esto, el capitán nos llamó para decirnos que había una rata blanca en su camarote y quería cogerla para

domesticarla, así que corrí para ayudarle. Estaba debajo de su cama y dijo que era la rata más encantadora del mundo. Mientras él se deleitaba alabando su belleza, saltó como un rayo sobre él y rebotó contra mi pecho como un puñado de blanco algodón. El capitán rompió a reír y a gritar de una forma chillona y un tanto histérica. Yo hice lo mismo, mientras la rata más encantadora del mundo desaparecía de nuestra vista.

27.— El tiempo sigue siendo espantoso, tan frío que he tenido que ponerme un corpiño de franela. Lloyd y Tin Jack fueron al puesto la noche pasada y volvieron con un comerciante, un hombre blanco, delgado y pálido, con una nariz alargada y ganchuda, de ojos marrones y asustados. Como estaba aburrida me disponía a irme a dormir, cuando *Mr*. Henderson gritó: «¡Vela a la vista!». El capitán Henry pensaba que era un gran velero americano arrastrado por el mal tiempo. Dijo que alrededor de este extremo de la isla las rompientes alcanzaban los cuarenta pies de altura. Mientras vigilábamos al extraño navío, para nuestra decepción viró y se alejó. Seguramente solo estaba intentando cambiar el rumbo.

Después de que anoche cerrara mi diario, *Mr*. Henderson vino y nos enseñó sus mapas, mostrándonos sus propias islas y la supuesta localización de Victoria Island, que estaba buscando. Le ofrecí jugárnosla a cara o cruz, y aceptó. Louis lanzó una moneda al aire y gané. Sin embargo, aún tengo que encontrar esta isla Victoria.

Nuieue todavía no se ha repuesto de los efectos del huracán del año pasado y no podremos probar muchos manjares. No hay cocos maduros, pocas bananas y ningún fruto del árbol del pan. Algunos dicen que puedo conseguir cebolletas. «¿Cómo las cultivan?», pregunté refiriéndome a qué método usaban para plantar las semillas. «Sobre las tumbas», fue la sorprendente contestación que obtuve.

Anoche, *Mr* Henderson tiró a una rata de la cola creyendo que así la sacaría del agujero, pero se quedó con la cola en la mano y la rata huyó.

El capitán nos dijo que había una plaga de moscas en Nuieue. Hacía demasiado frío para ellas ahora, pero, por lo general, cuando los nativos salen con sus canoas, sus espaldas se llenan de moscas hasta el punto de que parecen negras. Me han enviado una cesta de bananas, casi todas dulces y ricas, y también algunas naranjas fantásticas. He arreglado los fuelles de nuestra cámara con pegamento, pues habían sido carcomidos por las cucarachas.

28.— Navegamos al otro lado de la isla, donde está la estación misionera, llevando con nosotros al comerciante y a un joven irlandés llamado Hicks, a una nativa y a un muchacho. Desde aquí, para nuestra sorpresa, vimos el velero que habíamos perdido. Era el *John Williams*. Vigilamos sus movimientos de un lado a otro, tan pronto acercándose a los acantilados como después dirigiéndose al *Janet*, poniendo nuestros corazones en un puño, acercándose cada vez más a los precipicios y pareciendo que incluso tenía hojas en su botalón de foque. De hecho, cogimos nuestra cámara esperando captar su inminente hundimiento. Más tarde nos dijeron que se trataba solamente del capitán Turpie, que deseaba mostrar su maestría.

El *John Williams* es un barco misionero rumbo a Samoa, con un misionero, una familia inglesa a bordo y una señora alemana que iba a abrir una escuela para chicas en Samoa. *Mr*. Lawes es el misionero de Nuieue; un hombre de piel oscura que parecía extranjero. Solo oímos cosas buenas de él por parte de los comerciantes y de los nativos.

Desembarcamos y subimos al acantilado por un camino, parte una senda y en parte unas escaleras, con nuestros muchachos ya bajando con sacos de copra, mientras que una pareja de negros se encargaba de guardar con firmeza el bote del barco para que no se alejara del embarcadero. Los misioneros nativos estaban simados a ambos lados del camino para saludarnos. Primero avanzaron los hombres, riendo y estrechando las manos. Luego le siguieron las mujeres, cuyas coloridas prendas brillaban como un manojo de

flores. Los niños parecían temernos y huir, pero reían mientras lo hacían. Me encontraba a cierta distancia de Louis, que escribió lo siguiente en mi diario: «Se acercaron a mí como si fueran el mar. Sentía como si recibiera un estrecho abrazo de esa docena de manos extendidas, con sus rostros sonrientes rodeándome con una canción de bienvenida. Escapé de estas sirenas ofreciéndoles tabaco como presente, gesto que más tarde, cuando Lloyd y yo salimos a hacer algunas fotografías, sería mi perdición. Un grupo de chicas nos siguió y empezaron a abrazarme y a hurgar en mis bolsillos. Fue lo más parecido a un espectáculo desagradable que viví en la isla y, aun así, seguía siendo bonito. No había muestra alguna de rudeza ni maldad, sino que me adulaban y robaban como unos niños educados y sanos harían con su tío favorito. Respetaron mi propio tabaco y mis papeles, pero, al rato, cuando procedí a prepararme un cigarrillo, vi que mi caja de cerillas se había esfumado. Tenía dudas sobre quién había sido la culpable. Una doncella rolliza y pequeña me había visitado con especial interés. Parecía una hawaiana, con su rostro coqueto y una espléndida flor roja en su oreja. Le pedí que me devolviera mis cerillas. Primero negó con la cabeza, pero, acto seguido, de un desconocido receptáculo sacó mi caja y una sola cerilla. Reemplazó la caja y, con una sonrisa sutil llena de considerable gracia, me entregó la cerilla como una anfitriona a su huésped».

(Louis añadió esto después, pero como pertenecía a mi diario, pensé que podía dejarlo).

Tin Jack vio algunos espías apuntando los nombres de las mujeres que, en contra de las reglas, habían subido a bordo. Serían castigadas al día siguiente. Nos dijeron que no se permitían conductas como estas y que se les impondrían multas. Me imagino que los fondos públicos estarán pictóricos.

Antes de que supiera dónde estaba, el comerciante me llevó a la misión. Era un edificio construido de coral, con un techo alto fabricado con ramas de cocotero trenzadas, de una gran belleza. Dentro me encontré a los pasajeros del *John Williams*. *Mr*. y *Mrs*. Marriotts y la profesora alemana. Los Marriotts llevaban con ellos

unas mellizas de lo más encantadoras, de unos dos años y casi idénticas. Louis y Lloyd desaparecieron en busca de fotografías. El rey, que parecía querido y respetado, estaba fuera, en el bosque, por lo que estaban decepcionados. Después de un razonable rato de admiración hacia las mellizas, me marché a buscar a los fotógrafos acompañada del comerciante, los miembros del *John Williams y Mi*. Lawes (el misionero residente). Pasamos al lado de una vaca, un toro y dos caballos, vistas extrañas en estas latitudes. Había una gran cantidad de flores en la maleza: jazmines, *flamboyants* y unos capullos amarillos parecidos a un dondiego de noche. La hierba crecía en los lugares que habían despejado. No había agua corriente, pero entre las rocas se encontraba agua salobre, a una profundidad de siete brazas. Me dijeron que en una gran fisura se encontraba un arroyo subterráneo con una catarata.

El comerciante, que ya nos había vendido tres *tappas* (una tela nativa hecha de corteza) por un precio exorbitante, se empeñó en llevarme a su casa para mostrarme una alfombrilla que ofrecía por una libra, aunque no era digna ni de un par de dólares. Rehusé y me enseñó dos alfombrillas más pequeñas y bastante bonitas. Pensé que quería dármelas, por lo que las acepté sin reparos. El joven irlandés que nos había seguido abrió su caja y sacó un gran collar de conchas amarillo, un cesto de corteza de cacao y una extraña y muy pesada piedra bellamente tallada que los nativos utilizaban en sus luchas. Insistió en que aceptara todos estos artículos. Me gustó mucho la piedra tallada. El comerciante prometió que me conseguiría un par de «palos de la paz» cuando volviéramos a este lado de la isla. Eran palos usados por las mujeres cuando las luchas duraban mucho tiempo. Entonces, empiezan a correr entre los luchadores, agitando el palo y la pelea termina. Estos palos de la paz estaban hechos de madera de palo fierro, muy oscura, casi negra, y medían tres pies de largo. Tenían forma de lanza y estaban ornamentados en la empuñadura con fibra de cacao trenzada y plumas amarillas de pájaros. Estas parecen ser las mismas que usan en Hawái para las capas reales. Mientras escribo, ha llegado Tin Jack con un sombrero de Nuieue hecho a mano, con trenzado de pandano, imitando a un

sombrero de copa e indescriptiblemente cómico.

Volviendo a la misión, paramos en el nuevo palacio del rey, una casa de madera que quise retratar. La reina era una mujer joven y bonita, muy sonriente, que nos esperaba de pie, en la entrada, para guiarnos. Llegando a la casa, observé que la oreja de su perro tenía una úlcera. Louis y yo le enseñamos cómo podía curársela. Les pedí a Louis y a Lloyd que vieran a las mellizas. Las pequeñas hadas tenían los ojos irritados de dar vueltas y del aire del *John Williams*. Al parecer, estos dos últimos días no habían dejado de patalear. Para mí, tenían el aspecto de dos pequeños ángeles. Intenté, sin éxito, que nuestro grupo no rechazase la invitación que *Mrs*. Lawes nos hizo para tomar té. Parecía muy duro, mes tras mes, pasar la vida en la mayor monotonía. De repente, aparecieron dos barquitos en la puerta; un hecho increíble, con mujeres blancas a bordo, pero no tuvo tiempo de hablar con todas y en una hora o dos se fueron. Pobre *Mrs*. Lawes, con sus ojos salvajes, mirando a las dos barcas y al grupo de sus pasajeros y oficiales a su alrededor. Fue una comida excelente que sin duda habría disfrutado más si no me hubiese sentido como una caníbal de la que se alimentaba *Mrs*. Lawes. Pero así era la vida de la mujer de un misionero. Estoy segura de que le dio un ataque de nervios cuando nos fuimos. Encontró al fin un momento para lamentar su suerte con Louis. Si tan solo hubiéramos entrado en su vida poco a poco, y no de repente, como una riada, se hubiera sentido, quizás, más feliz. Dejaremos detrás de nosotros tan solo tin recuerdo de prisa y revuelo, peor que la confusión. Mientras estábamos en la mesa, el *John Williams* navegó tan cerca de la costa que todos nos asustamos y *Mr*. Marriott se mostró muy preocupado por todos los bienes que llevaba a bordo. El *John Williams* había zarpado de Sidney el viernes 11, el mismo día que nosotros, y ahora nos habíamos encontrado aquí y, posiblemente, lo haríamos en Samoa de nuevo. Acabábamos de terminar la comida cuando el vapor tocó la sirena llamándonos. Nos dirigimos a los botes. El *John Williams* se había marchado también.

También comerciamos al otro lado de la isla. Allí, Lloyd había ido a la playa y consiguió mis palos de la paz, por los que pagó dos

chelines. Muchos nativos vinieron a bordo, entre ellos la hermosa hermana y la hija de un jefe. Les di a ambas una corona de flores para su gran orgullo y gozo. Tin Jack se disfrazó con una peluca, unos bigotes y una nariz falsa. Los nativos se alarmaron al principio y algunas mujeres empezaron a gritar.

29. — Durante toda la noche hizo un tiempo agitado, pero esta mañana el sol ha salido y la esperanza ha vuelto a nacer. El capitán ha estado trabajando todo el día hasta las cuatro para arreglar mi cámara con madera de palo fierro de Nuieue. Apenas pude dormir la noche pasada por los saltos y el pesado oleaje del *Janet*. Un gato negro ha aparecido, traído a bordo desde Nuieue para que cazara ratas junto con el perro de Auckland. Mi intención era comentárselo al capitán, pero no tuve que preocuparme por ello. Cada vez que el perro veía una rata, se moría de miedo. Tengo todo empaquetado y arreglado para desembarcar en Samoa.

30. — Avistamos Tutuila por la mañana. Perdimos la esperanza de llegar a Upolu antes de mañana, a causa de una corriente adversa, pero llegamos justo después de la puesta del sol. Recorrimos Upolu un par de horas. Era un escenario encantador, con abruptas montañas, aunque no tan altas como las de Tahití o Hawái, ni tan asombrosas como las de las Marquesas, pero con una forma y colores hermosos. La densa jungla vista desde la cubierta del barco parece como si fuera un musgo suave y verde. A través de los cristales pude ver una cascada alta y estrecha desembocando en el mar. Nos empezó a llegar la brisa de la tierra, inundándonos con el olor de los árboles, las dulces flores y frutos, destacando el limpio y claro olor del fruto del árbol del pan cociéndose sobre las calientes piedras. Empezaron a aparecer los mástiles de algunos barcos y el humo de Apia. Izaron la bandera en el mástil mayor, laboriosamente atada por un chico negro, mientras el piloto del puerto subía apresuradamente a bordo. No estaba totalmente oscuro aún, pero

preferimos cenar en el *Janet*,aunque estábamos deseando pisar la playa. Mientras cenábamos la gente empezó a llegar en botes para ofrecernos la bienvenida a Samoa. Louis y yo desembarcamos, dejando que Lloyd bajara en el bote. Fue como un sueño pasear por las playas de Apia, estrechando manos y pasando *talofas* en cada rincón. Pasamos la tarde en la playa y, después de pedir unos caballos para el día siguiente, nos fuimos a la cama cansados.

1 de mayo.— Me desperté a las seis al oír a los caballos. La última vez que montamos fue en Vailima y el camino estaba tan cerrado por el bosque que tuvimos que llevar los caballos por la brida. Ahora, podíamos montar en dos caballos juntos, e incluso en tres, si queríamos. Tin Jack estaba muy contento de ver cómo habían crecido las piñas y lamentó haberse establecido en una isla tan baja. Lloyd se había adelantado hasta una aldea con un paquete de dulces para unas niñas que solían bailar para nosotros cuando vivíamos en el monte cercano. Le encontramos esperándonos con una de las pequeñas solamente. Después de dejar el pueblo, nos adentramos en la selva. Los altos árboles, con multitud de lianas envolviendo sus troncos y helechos colgando de sus ramas, nos ofrecían una sombra agradable y cabalgamos lentamente, disfrutando al máximo del entorno.

Había una gran cantidad de chicos negros cortando y quemando árboles y arbustos. Creo que estaban limpiando el lugar para las plantaciones de los alemanes. Dejaban en pie algunos árboles de gran altura y riqueza. Había algunas casas de madera. Desde uno de sus balcones pudimos ver los mástiles del *Janet*, que estaba anclado lejos del mar.

Es curioso lo poco que se conoce de Samoa, incluso por parte de sus habitantes. En Sidney pedí información sobre una rueda de turbina en caso de que necesitara una en Vailima. El hombre al que consulté me aseguró que sería inútil intentar algo así, ya que un

amigo suyo que acababa de llegar de Samoa y que había vivido allí durante mucho tiempo, le dijo que no había ningún árbol de ningún tamaño en Upolu, y ninguno de madera dura. Pero en la selva crecen magníficos árboles de troncos muy duros y de un maravilloso color. Uno en particular, ligeramente amarillo, muy parecido a la madera satinada y otros como la caoba. Hicimos fotografías y, después de un par de horas, tomamos el camino de vuelta con desgana.

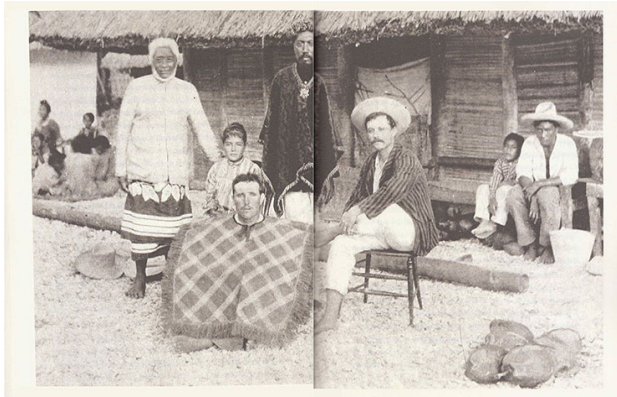
Un nativo, viejo amigo nuestro, nos paró de regreso a Apia. Sostuvo las riendas de los caballos para que no escapáramos. Una mujer, que también conocíamos del pasado, se volvió y se detuvo, arrullando como una paloma; cada miembro y gesto mostraba sorpresa y alegría.

Después de una descomunal comida, abrí algunas cajas que dejamos aquí para sacar algunas cosas y regalarlas. En el bazar principal nos encontramos con nuestro amigo del bosque y su hija pequeña esperándonos con una gran cesta de naranjas. Louis le dio un chelín a la pequeña y le dijo que escogiera una pieza de algodón estampado de las estanterías. Se quedó sorprendida por la magnificencia del obsequio y, después de una larga deliberación, escogió la más fea del lote. A una mujer anciana le di un vestido estampado, sobre el cual ronroneó como un gato y, luego, besó mis manos. Nuestro viejo amigo Sitione (herido en la última guerra) vino a hablarnos. Parecía muy enfermo, con su brazo vendado en un cabestrillo. El doctor le dijo a Louis que estaba en muy mal estado y que temía que tendría que amputarlo. También tenía un ojo malo y se lo tapaba con una venda. (Sitione estaba sufriendo los efectos de una vieja herida de las últimas guerras. Algunos huesos de su hombro quedaron destrozados. Al final se los pudieron sanar y Sitione se recobró totalmente, salvo algunas cicatrices de la operación. Me contaron que luchó con valentía. Durante una de las muchas guerras entre los pueblos de Samoa, su grupo había retrocedido, dejando un amplio espacio entre ellos y los enemigos. Sitione se percató de que uno de sus amigos había caído y era incapaz de levantarse. El enemigo se abalanzaba para llevarse su

cabeza, como era costumbre, pero Sitione se interpuso y les hizo frente con sus armas, agarrando a su amigo y arrastrándolo a un lugar seguro con un montón de balas rozándole y el hombro hecho añicos).

Un pequeño me trajo un cesto con pimientos picantes que llevé a bordo. No había más verdura salvo los del jardín del chino, el único lugar que se había salvado en Samoa del tifón. A las tres y media volvimos al *Janet*, donde el doctor Steubel, el cónsul-general alemán, barón Von Pritzfritz, y el capitán del barco de guerra anclado en la bahía de Apia, junto con otro alemán, cuyo nombre no recuerdo, nos brindaban una visita. Hablamos y bebimos champán. Tiempo después se escuchó el silbato del barco y nuestros amigos se despidieron. Sobre las cuatro también partimos nosotros. Desde la cubierta, nuestra pequeña casa del bosque se podía ver sin necesidad de catalejo.

3.— A las tres avistamos una isla conocida por diversos nombres: Swayne, Quirós y Olesenga, una pequeña isla, redonda y de poca altitud, rodeada de una laguna costera triangular de agua salobre, como un lago ornamental en un parque. Está habitada por un hombre mestizo, llamado Rey Jennings, su familia y unas ochenta personas de diferentes islas. Jennings era un americano que se casó con una mujer de Samoa. Se fue de la isla hecho una furia después de haber construido un barco de guerra para el gobierno que no le pagaron. El navío se desplazaba gracias a unas ruedas a pedales de madera que había que girar manualmente. Es muy probable que su lentitud y el enorme trabajo necesario para ponerlo en movimiento fuesen las razones para no pagarle. Había completado su armamento con grandes cañones y todo el equipamiento necesario de un barco de guerra. El indignado Jennings se sacudió la arena de Samoa de sus pies y, junto a su mujer y a su familia, construyó un pequeño reino en Quirós. Aquí destruyó un pasaje en el arrecife y construyó dos goletas de madera, las dotó de cañones y se las vendió a la firma alemana de Samoa.



El rey de Manihiki, en el centro, con el juez de la isla, a su derecha, y Tin Jack, sentado a su izquierda

La bandera izada en Quirós estaba decorada con estrellas, rayas y algo que parecía una paloma. Preguntamos por curiosidad qué significaba. Nos dijeron que un pájaro nocturno vino y chilló por el asentamiento durante meses. Supuestamente esto alejó las enfermedades, por lo que se apropiaron del pájaro curandero y lo añadieron a la bandera.

La isla gozaba de buenos caminos, unas fantásticas casas, una iglesia y una escuela dirigida por un maestro mestizo. Desde un edificio alto dedicado a almacenar copra varios hombres estaban trabajando en la construcción de una senda de madera para que pudieran llegar las carretas. Esta ajetreada escena fue interrumpida por *Mr*. Henderson, que nos informó de que llevaría más carga hasta nuestro viaje de vuelta. Es una isla rica, de poca altitud y suelo fértil. Se dice de ella que produce grandes riquezas, lo que se debe en buena parte a los cuidados del Rey Jenning.

Mr. Henderson y Louis se fueron a la playa. Mientras, yo me dediqué a hacer una especie de mejunje mejicano llamado «salsa» con los pimientos picantes de Samoa y las cebollas de las tumbas Nuieue. Los chiles quemaban terriblemente mis manos y la salsa se convirtió en algo demasiado picante para consumirse, salvo para dar un excelente sabor a las sopas.

Mr. Henderson y Louis vinieron con unos trabajadores que volvían a Danger Island. Uno de ellos había firmado para servir por cinco años y había estado esperando otros tres para poder regresar al hogar. Había perdido completamente la esperanza, parecía un muerto en vida. Me alegro de que finalmente tuviera una oportunidad.

(Los «chicos trabajadores» a veces mueren de añoranza. Un muchacho negro, llamado Arriki, que fue contratado por una compañía alemana, murió después de que nosotros dejáramos Samoa. El capataz al que se le había asignado me contó que ambos, Arriki y un amigo, comenzaron a desanimarse y a tener una actitud malhumorada, para más tarde, volverse completamente locos. Al poco, murieron al mismo tiempo, de ninguna enfermedad aparente, aunque él sabía los síntomas: «una simple añoranza de su isla caníbal». Arriki, en un momento de confianza, me contó su vida. Parece que consistía en huir permanentemente para salvarse de otros que llevaban la muerte en sus manos. Su padre y su madre habían sido asesinados y comidos, como la mayor parte de sus amigos. Pero Arriki murió de nostalgia).

Pude ver a un caballo comiendo hierba en la isla y Louis avistó un carro.

4.— Hubo una breve borrasca por la noche. Avistamos Danger Island a las cuatro de la mañana. Desembarcamos en un punto peligroso del arrecife. Nuestros pasajeros de Quirós sentían una gran emoción. Las chicas se deslizaban por la escotilla con sus limpios atuendos y con un peine pasando de mano en mano. El exiliado durante ocho años cogió la mano de Louis y con una voz temblorosa y emocionada articuló un «coco nuk». Mientras nos acercábamos, las tres islas empezaron a separarse. Danger Island o Pukapuka es la única habitada de las tres. Está gobernada por un rey que no permite a ninguno de sus súbditos recoger cocos sin su permiso y, como pocas veces lo concede, salvo para su alimentación, se produce poca copra. Aquí los cocos, en contra de la costumbre ancestral, se dejan

secar con su cáscara para que no se los coman las cucarachas. Por ello, la copra es muy fina y blanca, pero escasa, y no se consigue comerciar con ella.

Vimos a muchos nativos reunirse en la playa. Parecían sorprendidos ante la visión de un barco con las velas arriadas que navegaba tan rápidamente contra un fuerte viento de proa. El *Janet* era el primer vapor que tocaba Pukapuka. En cuanto reconocieron a nuestros pasajeros, un grito de júbilo retumbó a lo largo y ancho de la playa. Lanzaron las canoas para acercarse al barco, pero, cuando estaban cerca, el capitán Henry hizo sonar la bocina del buque. Los nativos se asustaron y dejaron de remar. La multitud de la playa parecía haberse vuelto de piedra. Los nativos de Pukapuka animaron desde la cubierta a los que seguían en las canoas para que se acercaran, pero pasó un rato hasta que recuperaron el aire y siguieron remando. El rey, hombre pobremente vestido y de apariencia más bien mezquina, se encontraba con ellos.

El encuentro entre los recién llegados, ausentes durante tanto tiempo, y su pueblo fue muy emotivo. Me gusta más la forma en la que muestran su afecto que la nuestra. Se agarran de las manos y juntan sus rostros con delicadeza, como he visto hacer a algunas madres blancas como gesto cariñoso hacia sus bebés. Una mujer anciana, a la que me daba mucha pena mirar, parecía haber recibido malas noticias. Tenía una mirada muy triste. Un joven se acercó para saludarla. Le rodeó con los brazos y lloró en voz alta. El resto, sin embargo, mostraba una deslumbrante alegría. Observaron con mucho interés las ovejas, las cuales veían por primera vez. Un grupo de hombres de mediana edad, que se mantuvo a cierta distancia, les silbó como si fueran perros, pero no obtuvieron respuesta por parte de los animales. Entonces, se aventuraron a acercarse un poco más, pero cuando una de ellas se movió, todos retrocedieron confusos. Un hombre que se quedó en la retaguardia me preguntó temblando si la mordedura de aquellos animales era muy peligrosa.

Antes de que nuestros pasajeros nos dejaran, nos estrecharon las manos a todos y se despidieron. Nos dijeron en inglés a mí y a Louis: «Goodby, sir». Mientras remaban, saqué mi pañuelo y lo

agité. Una mujer me respondió y siguió hasta que yo me cansé. Me gusta recordar aquella tarde en Pukapuka e imaginarme los cotilleos, las noticias, el intercambio de presentes, la exhibición de tesoros y las curiosidades sobre los extranjeros que producirían.

6.— Avistamos Manihiki a las doce y media, una isla de coral remota, de poca altitud, que encerraba una laguna costera, unas pocas arboladas con cocoteros y árboles pándanos.

Quirós, el primer navegante español del Pacífico, le dio a una de las islas el nombre de «Gente Hermosa». Siempre ha sido adscrita a las islas de Olesengaor o Quirós. Pero, desde que se tiene memoria, Quirós ha estado deshabitada hasta la llegada de los Jennings americanos. Es más probable que el navegante se refiriera a Manihiki o a su vecina Rakahoa como a la isla de la gente hermosa. Es muy significativo que Manihiki fuera siempre conspicuamente señalada incluso en los mapas más pequeños. Quizás se deba a que sus encantadores habitantes atrajeron la atención de los marinos, haciendo que el lugar adquiera una importancia artificial superior a la extensión de los arrecifes de su superficie.

La dieta habitual de los manihikanos está casi siempre compuesta de coco. La semilla del pandano es hervida y masticada, pero nunca sirve para cocinar, como sí ocurre en las Gilberts. Hay cerdos y aves en abundancia, pero solo los matan para las fiestas y las grandes ocasiones, como matrimonios o muertes. Los lechones no se matan, solo los más grandes y de mayor calidad. No hay mujeres blancas en Manihiki, pero sí hay tres hombres blancos. Un comerciante, un marinero fugado y un joven inglés que naufragó en una isla vecina. Estos hombres viven de lo que producen los nativos y, aunque no les gusta comer copra o «filetes de coco», como les llaman, parece que viven bien.

Anclamos en la playa, ya que no vimos ninguna entrada a la laguna. El aspecto del arrecife no era muy tranquilizador, así que lo rodeamos, pero nuestros hombres encontraron un estrecho y tortuoso paso y pronto estábamos estrechando manos e

intercambiando saludos con los nativos, una agradable y sonriente multitud con muchos niños preciosos.

Nos alegró saber que habíamos llegado en un buen momento, pues se estaba celebrando una fiesta anual. Nadie nos supo decir cuándo comenzaron a celebrarse, pero también se hace en las demás islas, aparte de en Manihiki. Durante una semana al año todas las leyes son suspendidas y toda la isla se llena de un enorme gozo, sin temor a las consecuencias. Cantan, golpean tambores hechos de coco y madera y bailan siguiendo las costumbres paganas antiguas. En cualquier otro momento las costumbres paganas habrían sido castigadas muy severamente.

Los tres «vagabundos de la playa» iban bien arreglados, vestidos con abrigos y pantalones. Uno de ellos dijo que su estilo de vida «parecía holgazana a los nativos», que decía no le gustaban. Todos parecían orgullosos de su alta consideración como hombres blancos, salvo el antiguo marinero, al que sus compañeros despreciaban por haberse «kanakaizado» convirtiéndose en un nativo más. Aun así, se podía ver que estaban, en cierta manera, sometidos, pero se sentían bien utilizados. No les gustaba realmente la copra, pero como uno de ellos decía: «no tenemos derecho a quejamos. Nos dan lo que tienen». Llevaban meses sin tabaco, algo que consideraban una gran privación. Cuando llegaba un barco, los nativos, hombres, mujeres y niños fumaban ese fuerte tabaco con el que comerciaban hasta que perdían el conocimiento, cayendo a veces en convulsiones como los epilépticos.

Danzas nativas

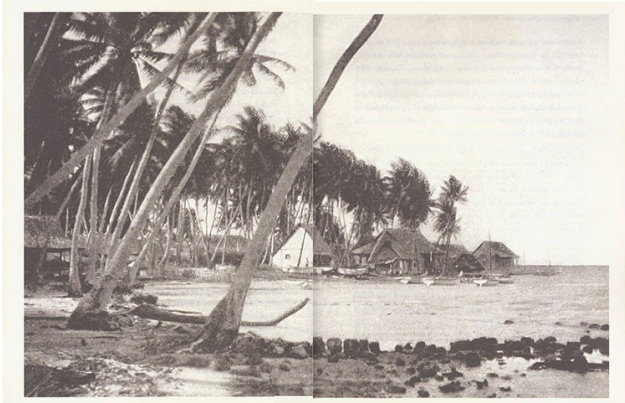
El comerciante, un mestizo, ya había subido a bordo del *Janet* con su propio bote, pero su mujer, una señora robusta, bondadosa y de apariencia delicada, nos esperaba en la playa para recibimos. Enseguida se apoderó de mí y me llevó a su casa triunfalmente, con la multitud a nuestros talones. Aquí fuimos obsequiados con cocos, mientras todo el que podía entraba en la casa y nos miraba sin pestañear. Las ventanas también estaban llenas de gente, haciendo que no entrara aire y el lugar se volviera bastante sofocante. Los niños estaban sentados en la primera fila, dejando ver a los mayores detrás, sobre sus cabezas. Una anciana me hizo sentir algo incómoda. Sus ojos permanecían fijos en mí y su boca dibujaba una expresión de sorpresa. Ni el más leve movimiento la apartaba de lo que a ella debía parecerle un maravilloso espectáculo. Los nativos dicen que la primera impresión de los blancos es espantosa, porque les parecemos muertos vivientes, cadáveres andando. Yo misma he llegado a sorprenderme al ver una multitud de blancos, después de haber estado únicamente con personas de piel más oscura durante tanto tiempo. Louis tiene la teoría de que nosotros, los blancos, procedemos de albinos. Ciertamente, no tenemos un color bonito. Recuerdo que cuando era niña la expresión «color carne» me parecía repugnante y no soportaba verlo en mi caja de pinturas.

Al igual que todas las casas del pueblo, la habitación estaba

limpia y ordenada. La mayor parte tenían camas fabricadas de madera dura importada, con alegres telas de retales extendidos y un sofá cubierto por una gran manta. En la habitación interior tenían una gran cantidad de conchas de perlas, aunque diría que no eran de muy buena calidad y tenían un tamaño mucho menor de lo que se permite en Paumotu. Buceadores nativos recogen las conchas en la laguna costera. Encuentran pocas perlas, probablemente a causa de que las cogen muy pronto. Dejando la casa del comerciante, empezamos a atravesar la isla, que era muy estrecha. Louis pensaba que tendría ciento cincuenta yardas por no más de cien yardas. Por el camino pasamos por un grupo de bailarines distribuidos en dos filas, las mujeres en un lado y los hombres en el otro, en frente de «la casa de la palabra». Los bailes eran parecidos a los de las Marquesas. Los trajes europeos que la mayoría se habían puesto al llegar nosotros estropeaban el efecto, aunque muchas llevaban coronas de flores y tocados con hojas muertas. Las nativas se pintan con bellos y suaves colores, amarillo, rojo y rosa, y también utilizan sombreros y mantas, alguna de las cuales son maravillosas y las pliegan con gracia.

La laguna costera tenía un agua clara como el cristal y presentaba, esparcidas, diversas islas. Numerosas embarcaciones estaban ancladas, sin duda recolectando conchas. Aunque era muy agradable estar por allí, no tardamos mucho en irnos, afectados por un fuerte olor a pescado. Visitamos la iglesia y la casa de la palabra a nuestro regreso. Esta última era un gran edificio de coral en el que se encontraban los cepos con los que se castiga a los malhechores. Consistían en un par de grilletes fijados sobre el suelo, con las aberturas a un pie de altura. La iglesia era un edificio techado de coral sin suelo. Era muy bonita. Los asientos con respaldo estaban colocados en filas, cada uno con una manta estrecha y fina sobre ellos. Las galerías corrían a ambos lados, con balaustradas cinceladas y pintadas en color amarillo, rojo y rosa. En medio de una de ellas estaba grabada la palabra «Zion». El púlpito era una mezcla de tallado y nácar incrustado. El altar que lo rodeaba estaba cubierto con alfombrillas extremadamente finas y flexibles de diferentes

colores.



Isla de Penrhyn

Entre otras muchas personas, conocimos a un hombre que acabó en Samoa por una tormenta. Le acompañaba otro hombre y tres niñas. «Comenzó a soplar el viento y el mar se levantó con violencia», nos dijo. «El aire y el cielo se ennegrecieron». De repente, el bote volcó y «mis chicas nadaron, nadaron y nadaron en el mar». Con su ayuda consiguió dar la vuelta al bote y salvar lo que pudieron del cargamento (cocos verdes y copra) y se dirigieron rápidamente a Samoa. «¿Tuvieron miedo?», les pregunté. «Solamente el otro hombre», contestó. Conocimos a dos de las niñas. Una de ellas parecía inteligente, había aprendido algunas palabras inglesas en Samoa mientras estuvo en Apia. Le preguntamos sus nombres. «Anna», contestó con orgullo. La otra dijo que se llamaba Anna María.

Lloyd ha fotografiado al rey con sus vestiduras reales, que consisten en un par de pantalones de pato blancos y un abrigo de terciopelo negro. Sobre este coloca una especie de poncho, también negro, con bordados dorados. De su cuello pende una estrella de oropel y sobre la cabeza luce una corona de hojas de pandano rojas y blancas. Por la tarde, apareció con un par de pantalones negros y una levita. Como la mayoría de los nativos, no es muy alto. Ninguno

de los isleños que hemos visto en este crucero puede compararse con la gente de Kingsmill en cuanto a la elegancia de su porte, ni son de ninguna manera una raza tan fina físicamente, aunque tienen unas maneras más encantadoras. Después de cenar, me encontré a la mujer del comerciante y a la del misionero tomando té, y a cada una les regalé una corona de flores, que les alegraron mucho. Por la noche, alquilamos un bote a los nativos para regresar a la orilla. Su dueño nos rogó que fuéramos a su casa, pero antes yo quería llevarle un vestido estampado a Anna como regalo.

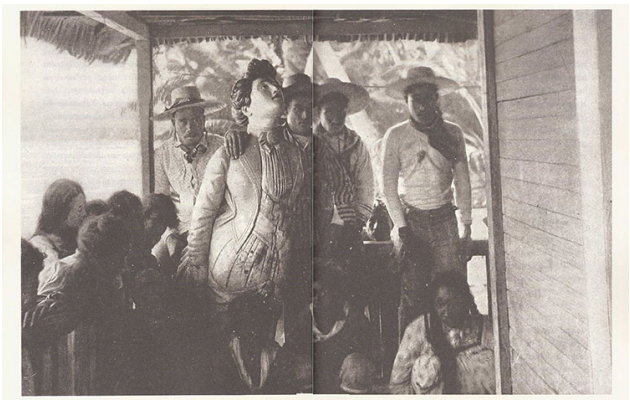
Encontramos su casa y le di mi regalo. Nos ofrecieron coco para comer, poniéndonos en una situación un tanto incómoda, pero, por suerte, a Lotus se le ocurrió decir *paea*, una palabra común en Tahití que quiere decir «estoy lleno». La comprendieron enseguida y parece que les hizo bastante gracia. Anna me regaló un sombrero hecho por ella. Luego nos fuimos a casa del hombre de la canoa. Un grupo de niñas nos seguían mientras discutían sobre quién me había elegido primero. Parecía que lo hacían amistosamente. Una de ellas se adelantó, dejando al resto atrás y me cogió de la mano y me dijo «Me perteneces». La mujer del propietario de la barca tenía un aspecto bastante sensato y esbozaba una sonrisa patética. Su marido nos dijo que estaba enferma. Más tarde nos informaron de que padecía tuberculosis. Nos volvieron a ofrecer cocos y de nuevo nos libramos con una *paea*. Cuando nos marchamos, la señora me ofreció una gran alfombrilla y un hermoso sombrero. No llevaba nada para darle, así que le regalé la corona de flores de mi propio sombrero (siempre llevo una para casos de emergencia) y una naranja (un lujo escaso) que tenía en mi bolsillo. Después le mandé una pieza de tela estampada de la mejor calidad. Desde aquí nos dirigimos a la casa de la palabra donde los bailarines estaban reunidos. Mientras salíamos del bosque al camino principal oíamos el chocar de los bastones huecos entre ellos, acompañados de gritos chillones. A intervalos, se oía una frase a gritos. Era una indicación del toque de queda. A las ocho, varios altos cargos pasaban por la calle golpeando sus bastones y gritando: «¡Permaneced en vuestras casas!». Nadie obedecía, pero era parte del protocolo alejarse del

camino principal cuando los altos cargos avanzaban. Vimos que todos se apartaban a un lado e hicimos lo mismo. Cuando llegamos a la playa, Louis vio a una niña de unos cuatro años cargando con un niño desnudo. Le dio una palmadita en el hombro y este empezó a berrear, haciendo que la niña riera y echara a correr. Mientras esperábamos a que el desfile de hombres pasara, la niña apareció detrás de Louis en la oscuridad. Le agarró de la mano y se acercó a él. Su nombre era Fani Etetera. Brillaba como una pequeña estatua; caminó de la mano de Louis toda la tarde. Tenía facciones muy marcadas: frente alta y estrecha, nariz aquilina y hundida (posiblemente de forma artificial), boca grande, con hermosos labios cincelados y el arco del labio superior muy definido; los ojos, por supuesto, dignos de admiración. El conjunto crea una apariencia saludable y transmite buenas sensaciones.

Durante parte de la noche Louis tuvo un segundo «satélite» rondando a su alrededor, un atractivo muchacho que caminó de su mano y de la de Fani, pero parece que tenía más afinidad con ella. Daba la sensación de que toda la isla tenía interés en Louis. Al rey no le gustó mucho que Fani se sentara en el puesto de honor al lado de Louis en la casa de la palabra durante el baile. Las mujeres comentaban el parecido entre Fani y Fanny, y Etetera y Teritera, el nombre tahitiano de Louis. Sobre la mesa, frente a nosotros, media docena de cáscaras de cocos y una botella de cristal con el aceite de estos y una mecha. Con gran ingenio, abrieron un agujero redondo en uno de los lados de la botella para que a los fumadores les fuese más fácil encender el cigarrillo. Mientras estábamos allí sentados esperando el comienzo del baile, Tin Jack apareció con su nariz falsa y su peluca. Al principio hubo un sentimiento general de alarma, pero enseguida la mayor parte de la gente se dio cuenta del disfraz y se divirtió muchísimo. Un viejo dignatario no llegó a comprender la broma y me preguntó varias veces, con voz temblorosa, si era el diablo de los blancos. La niñita que estaba con Louis no se encogió en lo más mínimo y lo observó fijamente con una sonrisa confiada.

La habitación estaba tan oscura que apenas podíamos ver a los bailarines, así que Louis y yo decidimos hacer un par de visitas más

y regresar al barco. Varias personas nos habían pedido pasar la noche con ellos mientras paseábamos por la tarde, así que pensamos que primero deberíamos visitarlos. Pero antes de que pudiéramos llegar a alguno de nuestros destinos, pasamos por la casa del hombre que casi se ahogó en Samoa y nos invitó a entrar. Para entonces, todos los isleños me conocían y me llamaban Fanny. Cuando consideramos que ya habíamos pasado un buen rato con el marinero, le dijimos que teníamos que ir a visitar a otras personas que nos habían pedido dormir en sus casas. El hombre se ofreció a guiarnos, pero en su lugar nos llevó a la casa donde vivía Fani. Era muy amplia. Parecía que todos estaban durmiendo, pero enseguida se despertaron con gran emoción, excepto un hombre muy mayor que no salió de su cama y bostezaba de aburrimiento. Louis intentó hablar en una mezcla de samoa y tahitiano con notable éxito. Bebimos agua de coco hasta que acabamos *paea* y nos levantamos para irnos. Un gran pez yacía a nuestros pies en una cesta trenzada y nos lo llevamos al barco. Era un hermoso presente, pues los peces son poco frecuentes. El padre de Fani me siguió con un gran número de esponjas atadas a una larga vara. De nuevo, nos alejaron de nuestro destino. Esta vez fue el dueño de la canoa quien nos condujo a su casa, despertando, me temo, a su esposa enferma, quien, sin embargo, nos recibió muy sonriente. Dijimos *paea* otra vez y nos dirigimos al barco, dejando nuestros planes originales para otra ocasión.



Mascarón de proa de un barco naufragado, en la terraza de la casa del comerciante blanco, en Penrhyn

A la vuelta pasamos por la escuela, donde dos filas de personas cantaban y bailaban. Los hombres estaban sentados en cuclillas a un lado y las mujeres al otro. En el centro, un respetable anciano que parecía una especie de diácono dirigía la danza con un bastón en la mana Nos recibieron con gritos de júbilo y nos ofrecieron un banco para sentarnos. Me gustó mucho el gran tambor del pueblo, hecho de madera de coco hueca y cubierto con piel de tiburón, muy parecido a uno que pedí al comerciante que me comprara en las Marquesas. Con la llegada de *Mr*. Henderson, que vino deambulando por el camino, el director de la danza entró en una especie de frenesí, saltando y lanzando su cuerpo y piernas en los más grotescos saltos y contorsiones. Seguimos sentados un rato hasta que decidimos marchamos de la isla baja más encantadora que habíamos visto hasta el momento. El padre de Fani aún nos seguía con sus esponjas. Le pedí al hombre de la barca que entregara una pieza de tela con estampados a Fani lo suficientemente amplia para que tanto ella como su madre se pudieran hacer un vestido, aunque cuanto menos cubría su bonito cuerpo moreno, más bella parecía.

7.— A primera hora de la mañana, Fani, su hermana y su papá aparecieron con una cesta de cocos verdes y tres paquetes de hojas secas de pandano. Fani enseguida tomó posesión de una de las manos de Louis y su hermana de la otra, mientras el encantador «Johnny Bull», que subió a bordo al mismo tiempo que ellos, esbozaba una sonrisa. En cuanto vio la ocasión, echó el brazo sobre el cuello de Louis. Johnny Bull era un muchacho alto de quince años, mestizo según me dijeron, aunque no lo parecía. Fani había adoptado como amigo a Louis y lo consideraba uno más de la familia. Es fácil apreciar que los comerciantes de copra viniesen a la isla y la decencia con la que debieron comportarse los blancos aquí para que esta pequeña criatura se acercara a Louis en la oscuridad,

con la misma naturalidad que un niño se acercaría a su madre. Las hermanas estuvieron con él hasta que el buque hizo sonar su sirena. Eran niños muy bien educados y obedientes, ni tímidos ni descarados. No hay duda de que Louis podría haber comido copra desde ese día a expensas de su padre.

Uno de los vagabundos de la playa naufragó en la isla Starbuck con un barco llamado *Garston*. Había perdido todo lo que tenía y, cansado de comer cocos, esperaba ansioso poder marcharse pronto. Aun así, cuando le ofrecimos trabajar en el *Janet*, preguntó preocupado si era un «trabajo fácil», rehusando cualquier otro. Louis le dio la mejor parte de una caja de tabaco, pero apenas tuvo tiempo de coger alguno. Las manos de los nativos que lo habían adoptado aparecieron por todos los lados y solo le quedó un cigarrillo.

Hicimos otra parada en la misma isla, pero el desembarco era tan complicado que Lloyd y yo decidimos permanecer en el *Janet*. Louis se aventuró a ir hasta la orilla con *Mr*. Hird. Casi se cayeron al agua cuando la barca chocó de costado contra un arrecife. Todos los chicos negros, con el mar rompiendo sobre ellos, fueron a empujarla. Me describieron el pueblo como un lugar encantador: muy limpio, con una calle recta de arena con bordillos. Las casas tenían verandas, algunas con balaustradas talladas. Hacía bastante calor. Louis se sentó en el sofá de la casa del misionero con la tripulación del barco en el suelo mientras comían almejas secas y cocos. Al mismo tiempo, el misionero les hacía preguntas. Era un hombre de Rarotonga, afable, fuerte y canoso, respetado por todos. Dos ancianos nos solicitaron noticias nuevas, y nos darían las suyas a cambio. Las últimas que recibieron habían sido que los franceses se habían apoderado de Tahití.

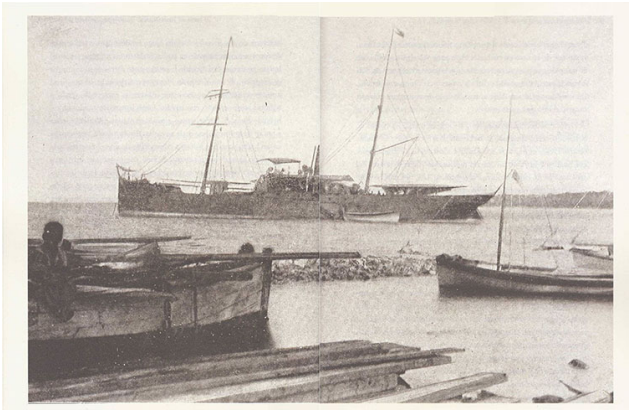
Añadieron que los franceses eran unos charlatanes, comentario típicamente inglés. «Un blanco dijo que la reina había muerto, ¿es eso cierto?», preguntó con preocupación uno de ellos. Les aseguraron que se trataba de la reina de Alemania, no de Victoria. «Pensé para mis adentros que quizás se refiriesen a la reina Ana». Todos son leales a la familia real. En la isla ondea la Unión Jack. El único «hombre blanco» de la isla es un chino que se moda por el

curry en polvo. Parecía imposible marcharse sin que se nos uniera medio pueblo. Incluso cuando pensamos que ya estábamos solos, descubrimos a dos chicas y un chico que trataban de venir como polizones. Volvimos al lugar de nuestra primera parada y echamos el ancla, pero para entonces yo ya estaba profundamente dormida.

8. — Avistamos Penrhyn hacia las cinco de la mañana, pero no intentamos entonces entrar en el estrecho y peligroso paso. La noche era oscura y se puso a llover. Lloyd y yo estábamos durmiendo detrás de la escotilla, por lo que entramos a la sala de juntas para refugiarnos de la lluvia. Dormimos en el suelo. Por la mañana me levanté a buscar mis almohadas y sábanas mojadas. De repente, oí un grito: «*Mrs*. Stevenson, ¡no se mueva!». Me detuve en seco, sin tan siquiera pestañear, pero con curiosidad por saber la causa de esta orden. Pronto la supe. El capitán levantó una esquina de la gran lona que mostraba la escotilla abierta muy cerca de mí. En el último viaje, un marinero se hizo mucho daño al caer por aquí. Quedó inconsciente durante dos horas antes de que alguien notase su ausencia y empezara su búsqueda.

9. — Entramos en la laguna muy temprano por la mañana por un paso peligrosamente estrecho. El capitán los llama pasos con la «anchura de dos barcos». La ruta hasta fondear estuvo tan repleta de rocas como las pasas de un pudín. Había rocas a ambos lados del buque, en frente, casi tocando la proa, y justo detrás de nosotros. La maestría con la que el capitán Henry manejaba el barco nos llenó a todos de admiración y emoción. Avanzaba, retrocedía, viraba a babor, a estribor; ahora con rapidez, luego lentamente, como un caballo de doma. El piloto, nativo, situado en el tope del mástil parecía a punto de volverse loco de la angustia. Era la primera vez que iba en un barco de vapor y estaba convencido de que el *Janet* acabaría destruido en cualquier momento. Al final, completamente exhaustos por las emociones y los nervios del momento, fondeamos

frente a la aldea, un conjunto de cabañas reunidas en un espacio pequeño de tierra o, más bien, de coral. Un tsunami, no hace muchos años, se llevó por delante todas las casas y se las tragó. Nuestros hombres están trabajando tan rápido como pueden para poder sacar las cajas en las que colocaremos las conchas que nos vamos a llevar, mientras otros compañeros están haciendo algunas nuevas. Hay toda una flota de barcos meciéndose fuera. Uno de ellos se acercó no hace mucho lleno de nativos. La mezcla de colores que surgió de esa escena resultó completamente encantadora: el opalino del mar; el rojo y azul de ropa de los hombres, pasando de los tonos más brillantes a los más opacos; barcos amarillos con vegetación y las encantadoras pieles morenas de los nativos, junto con un sol resplandeciente y sus sombras luminosas. Los chicos ya están nadando hacia el barco, descansando sobre tablas de restos de un naufragio. Han atado sus ropas sobre sus cabezas formando un manojo. Puedo oír los gritos de las chicas y aplausos en la playa mientras cantan y bailan. También veo a un hombre caminando con prisa por un camino, acompañado de un chiquillo y un cerdo negro como si fuera un terrier. El cerdito se detiene de repente en cualquier lugar para oler algo o roer la raíz de una palmera, pero siempre mirando por encima del hombro. Si la distancia crecía demasiado echaba a correr para unirse a su familia. Ha tenido que trotar soberbiamente un par de veces para volver a situarse al lado de su dueño.



Después del almuerzo bajamos a la aldea en una de las canoas en busca de conchas, atracando en las cercanías de la casa del comerciante blanco. Desde el principio me llamó la atención una extraña figura que estaba en su veranda. Cuando me acerqué vi que se trataba del mascarón de un barco destrozado. Representaba a una altiva señora magníficamente vestida que levantaba con orgullo su cabeza y su nariz aguileña. Alrededor de la casa había montones de madera apilada y en una de las habitaciones un piano que, por desgracia, estaba desafinado. Se podían encontrar señales del hundimiento de un gran barco por todas partes. Según nos dijeron, se trataba de un navío de madera que se hizo pedazos en el arrecife. Los más habilidosos de los isleños están construyendo sus casas con sus restos. Uno de los náufragos aún permanece aquí, un joven y amable marinero de ojos risueños procedente de Edimburgo, ahora en camino de convertirse en un vagabundo de la playa. ¡Afortunado muchacho! Su futuro está ahora asegurado. No más trabajo duro; ni heladas ni vientos fríos, vivirá y morirá en la tierra de sus sueños, amado y cuidado con cariño durante todos los días de verano de su vida. Ya puede comunicarse en la lengua nativa, no solo con una gran fluidez, sino que también de la manera más encantadora, subiendo y bajando las cejas mientras habla a las viejas damas sobre asuntos que es mejor no traducir.

Cuando el mascarón de proa llegó a la playa, la gente se sintió terriblemente alarmada por su apariencia de «mujer blanca». Los niños aún se sienten atemorizados y son castigados con amenazas de llevarlos cerca de ella. La mujer del comerciante es una manihiki, muy aseada y de buenas maneras. Bebimos cocos con ella y nos presentó a la hija nativa del misionero, una niña de trece años enorme y gorda que parecía tener veinte. Creo que sus padres son de otra isla. Lloyd fotografió a la orgullosa señora rodeada de un gran grupo de niños y chicas. El escocés se inclinaba contra su hombro con familiaridad. Las chicas sentían pavor por nosotros, y tuvieron que atraparlas y traerlas a rastras, aunque una vez allí se querían

quedar. Después de esta fotografía, deambulamos por la aldea con una multitud pisándonos los talones. Me pareció la población menos agradable que habíamos visto desde Mariki y estoy segura de que no son mejores de lo que aparentan. Mientras andábamos se me ocurrió recoger una pequeña concha de la playa. De inmediato, la hija del misionero, gruesa, agarró cuatro más y me las dio, pero, mientras las sostenía en mi mano, unas pinzas salieron de dentro y se clavaron en mi carne, así que grité alarmada y las tiré al suelo. Todo el mundo se rio. Un joven insolente recogió una concha desgastada y me la ofreció diciendo, con una sonrisa: «Compra; una perla». Le contesté con una cortesía burlona: «No podría privarle de tan valioso ornamento, póngaselo en su cuello». Parece que todos comprendieron esta pequeña broma y se echaron a reír con grandes carcajadas. El muchacho se quedó algo rezagado del grupo, pero pronto volvió con el hueso de un perro y me dijo: «Compra; muy bueno; veinte libras». Le contesté: «No puedo, úselo como un arma, ya que es un valiente». Por supuesto, usé una pantomima mientras se lo decía. Los otros jóvenes simularon terror ante su apariencia guerrera mientras se reían ruidosamente. Finalmente, el chico desapareció entre la gente y decidió no molestarme más. Varios hombres y mujeres nos ofrecieron perlas de mala calidad a precios desorbitados. Tin Jack y yo las rechazamos con disgusto. Las volvieron a guardar con vergüenza. Sabían tan bien como nosotros que su mercancía no valía nada.

Louis y Lloyd plantaron su cámara en el centro de la aldea mientras deambulaban por la zona buscando buenos puntos de vista. Entretanto, un hombre con aspecto serio empezó a ofrecer una clase sobre el funcionamiento del aparato, para el asombro de la multitud. Durante su exposición, imitaba la manera de andar y de sostener la cámara de Louis y Lloyd. Me senté sobre un tronco para esperar e inmediatamente todas las mujeres y chicas me acompañaron, haciéndome el centro de un semicírculo y mirándome fijamente con sus ojos redondos.

Después de la fotografía, Louis y yo nos fuimos a casa del misionero. Evidentemente, nos estaban esperando. La mujer es muy

robusta, de rasgos pequeños y un rostro con expresión de desagrado. El hombre parecía bastante sensato y tenía cierto aire de superioridad. Varias mujeres y el capitán que nos había acercado a la laguna costera se hallaban sentados en el suelo frente a nosotros. Una de las señoras, que parecía más inteligente que el resto, poseía un semblante capaz de expresar más indignación de la que uno creería posible. Quería que le explicáramos la relación entre Louis y yo. Cuando le expusimos que éramos marido y mujer, respondió con un grito de rabia. También gritó cuando anunciamos que Lloyd era nuestro hijo. Incluso el nombre de Lloyd parecía objetable. Sobre el mío hubo una buena discusión, ya que parecían haberlo oído antes. Bebimos cocos bajo la mirada desaprobatoria de esta señora tan inteligente. Recibimos como presentes un nácar con un coral de la mujer del misionero y otro, algo más deteriorado, de su hija. Yo les di a cambio la corona de flores de mi sombrero. Acto seguido nos marchamos de su casa. Louis y Lloyd regresaron al barco, pero yo me quedé con Tin Jack para ver la iglesia. Todos, excepto tres niñas, eran demasiado perezosos para mostramos el camino. Así que, acompañados por el trío, seguimos un amplio camino de arena coralina suelta. La iglesia tenía una buena estructura coralina blanca, con bancos y alguna Biblia, pero nada de decoración. Era lo suficientemente grande como para albergar dos veces a todos los habitantes de la isla. Como en la mayoría de las otras islas, seguir a un misionero es una cuestión de modas. En Penrhyn, en cualquier momento la congregación puede volverse contra el pastor y decirle que se vaya al instante, por estar cansados de tantos misioneros. Tienen una «semana de jubileo», lo que significa que toda la isla empieza una gigantesca «juerga». Entonces, Penrhyn se convierte en un lugar poco agradable, apenas seguro. Paramos en la escuela en el camino de vuelta. Consistía en una gran habitación maloliente, con una mesa con patas de nácar sobre un estrado. La única casa que realmente estaba limpia era la de la mujer del comerciante, que era de Manihiki.

Las leyes de Penrhyn eran muy cómicas, pero obligatorias. Aquí la obligación de «permanecer en sus casas» durante la noche no era

tomada a la ligera, debía cumplirse. A partir de las nueve no se podía salir. Nuestro cocinero tuvo que quedarse toda la noche en una casa donde estaba de visita. No se pudo marchar hasta la hora del desayuno. También corría el rumor de que Tin Jack había sido visto después del toque de queda y que la policía fue detrás de él, hasta que se metió en la casa del comerciante y se tuvo que quedar allí hasta la mañana.

Hoy nuestros marineros, no sé muy bien cómo, han ofendido a los nativos y han tenido que volver corriendo al barco perseguidos por una multitud. Los niños son más agradables que sus padres, en especial las chicas, muy guapas y de buenos modales. Es mucho más fácil mantenerlos dentro de ciertos límites que si fueran niños blancos en un caso similar. Recogían cada trozo de piel de naranja que tiraban por la borda para convertirlos luego en adornos: les daban forma de estrella y les hacían un agujero en el centro para colocarlo en los botones de sus camisas y vestidos, mientras las tiras más largas las dejaban colgando sobre sus pechos o envueltas sobre sus cabezas o sus cuellos. El hijo pequeño mestizo del comerciante lucía unos pantaloncitos azules fantásticos, con una camiseta rosa de algodón y unos pendientes de oro en las orejas.

10.—De nuestro grupo nadie quiso ir hoy a la orilla. Le envié a la mujer del comerciante una litografía a color representando una escena doméstica a cambio de la concha con el coral que nos regaló el otro día. Más tarde le regalé otra al cocinero y otra al segundo camarero, que casi se vuelve loco de alegría y emoción.

Tuvimos un día muy ajetreado recibiendo conchas y empaquetándolas en las cajas de madera que aún siguen haciendo en la cubierta de proa. Los marineros negros trabajan extraordinariamente bien, con perfecta disposición y buen talante. A pesar de su pequeña estatura y de sus figuras esbeltas y elegantes, pueden manejar grandes pesos con la mayor facilidad y destreza. Los pequeños nativos trabajan también tan duro como cualquiera para poder ayudar a empaquetar. Me dijeron que uno de ellos, de unos

diez años, era sordomudo, pero nunca lo hubiera imaginado.

En cuanto empezó a haber movimiento en el barco, las niñas vinieron nadando como un banco de peces. El mar se llenaba de cabezas negras sobre las que sujetaban la ropa ayudándose de una mano para mantenerlas secas. Luego se volvían a cambiar en los escalones más bajos de la escalerilla de acceso al barco. Una se situaba en la escalera y recibía la ropa de la siguiente. Cuando esta salía empapada del mar, se le dejaba caer con destreza la prenda sobre la cabeza, de modo que se levantaba con el mayor decoro completamente vestida.

Louis no tardó mucho en conseguir sus seguidoras particulares: tres o cuatro chicas de entre ocho y diez años. Le hicieron sentarse para cantarle. Una de estas chicas debía de ser la hija de la mujer que se indignaba en la casa del misionero, pues su forma de expresarse era la misma, aunque ella sí parecía aprobar a Loia (Lloyd). Si Louis intentaba dejar a estas pequeñas sirenas, le ordenaban perentoriamente seguir en su sitio y retomaban sus canciones con renovado vigor. Tenían voces agudas y no cantaban mal. Louis trajo una caja de caramelos de la sala de comercio del barco y agasajó a sus pequeñas doncellas con eso y tabaco plug. Todo el mundo cogía naranjas y galletas con total libertad y se pasaban las sobras de nuestra mesa continuamente. El cocinero nos dijo que habían devorado todo lo que había en el cubo de basura, siendo las cáscaras de calabaza su bocado favorito. A excepción de los caramelos, las niñas compartían con sus amigos generosamente lo que tenían, pero los chicos eran más egoístas. Uno de ellos cogió la cáscara de una calabaza completa. Corrió por la cubierta buscando un lugar seguro y bien escondido donde comer su trofeo sin que le importunaran sus amigos.

Tin Jack, sin que yo lo supiera (de lo contrario se lo habría impedido), se puso su nariz, barba y peluca postiza, provocando el pánico total.

De hecho, impedimos con dificultad que una de las chicas se lanzase al mar desde la cubierta. Muchos siguieron gritando y corriendo aterrorizados. Las niñas de Louis vinieron corriendo y se

aferraron a nosotros mientras duró el espectáculo. Intenté en vano acercarme y decirle que terminara con esta broma cruel, pero seguía corriendo entre la multitud atemorizada. Tales eran los gritos y el alboroto que fue imposible conseguir que me oyera. La pequeña que quiso saltar por la borda colapso entre algunos sacos, donde comenzó a llorar ruidosamente. Llegué hasta ella e intenté calmarla explicándole que no era el demonio, que solo era Tin Jack con una máscara. Los niños fueron los primeros en recuperarse, una vez que lo reconocieron por su voz y su forma de caminar. Ya por la tarde volvieron al barco acompañados de otros niños y pidieron osadamente ver al demonio extranjero. En Penrhyn llaman demonios a todos los malos espíritus en los que creen.

Cuando hablábamos acerca de las supersticiones de Penrhyn, *Mr*. Hird recordó un acontecimiento espeluznante que ocurrió en otra ocasión que paró en la isla. Un hombre que estaba paralizado de un lado tuvo una convulsión que le provocó contracciones espasmódicas en el otro lado. Uno de los familiares del enfermo se puso enseguida a hacer un ataúd. «Pero este hombre no está muerto», dijo el señor Hird. La respuesta fue: «Oh, sí, está bastante muerto, es la tercera vez que lo hace y ya lo vamos a enterrar». *Mr*. Hird fue a hablar con el misionero, pero sus palabras no surtieron efecto, aunque lo intentó hasta el último momento. «Pero, mire, sus extremidades están temblando». «Oh, eso es solo carne viva», fue la respuesta que recibió antes de que un puñado de tierra cayera sobre la pobre carne viva. La creencia era que su espíritu había partido mucho antes y que un demonio quería ocupar su cuerpo a su antojo, manteniendo la carne viva. *Mr*. Hird cree que el hombre estaba inconsciente cuando lo enterraron y no debió tardar en morir.

En otra ocasión unos nativos dijeron haber visto un cuerpo «despertarse». Cansados, todos se durmieron, salvo un único hombre que hacía de «vigilante». Al tiempo, él también terminó por dormirse. El grupo se despertó por un gran ruido. El vigilante explicó que estaba descansando un poco y que, de repente, abrió los ojos y vio al muerto sentado. «El cadáver estaba sentado, tal que así», exclamó con indignación. «Pero corrí hacia él y lo derribé.

Ahora vuelve a estar decentemente quieto», concluyó. Y así estaba, muerto como un insecto por el golpe recibido.

El señor Hird también presenció otro acontecimiento insólito en Penrhyn. Cuando un buen hombre, pero de estricta disciplina, murió, su familia temía que su espíritu volviera. Ya habían sufrido bastante su severidad durante su vida y temían que los sometiera de nuevo a una disciplina tan estricta. El día después del entierro, abrieron su tumba, sacaron el cuerpo y profundizaron el hoyo hasta llegar al agua. Luego, pusieron el cadáver boca abajo en el ataúd y volvieron a enterrarlo.

A las cinco levamos anclas y nos preparamos para regresar por el estrecho por el que habíamos entrado. Una mujer y sus dos hijas vinieron con nosotros como pasajeras hasta Manihiki. Cuando estábamos relativamente lejos, ya fuera de la laguna costera, un bote se nos acercó con una gran cantidad de madera procedente de un naufragio. Los chicos negros se tomaron este trabajo añadido de tener que subir la madera a bordo y estibarla con alegría, como si de un juego se tratase, y sin expresar la más mínima queja.

Imagen de edificios abandonados en la isla de Suwarrow. El hombre sentado en el centro es Tin Jack

Los nuevos pasajeros durmieron detrás de la escotilla con nosotros. La bebé empezó a llorar por la noche y su madre trató de

calmarla tocando las palmas mientras bostezaba sonoramente como el gruñido de una bestia salvaje. En consecuencia, no pude dormir bien. Por primera vez llevamos viento de popa y el ambiente en el barco es muy sofocante y cerrado.

11.— Los ojos del capitán, que estaban terriblemente inflamados, mejoraron gracias a una loción para ojos que teníamos en nuestro botiquín. Nos la dio Swan, el farmacéutico de las Fiji.

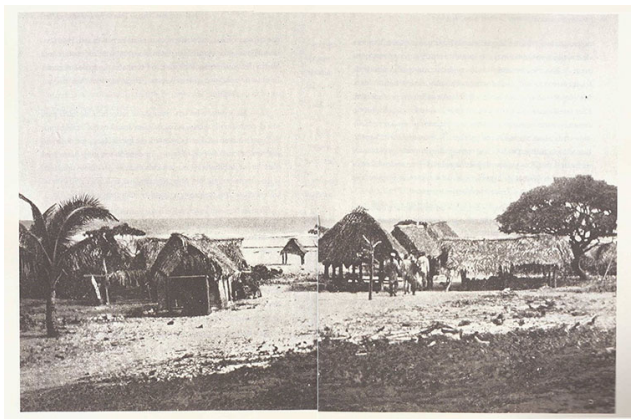
Por la tarde, hacia las nueve, avistamos Manihiki. *Mr*. Henderson encendió una luz azul que fue respondida por fogatas en la playa. No echamos el ancla, ya que únicamente íbamos a permanecer el tiempo necesario para que desembarcaran a nuestros pasajeros. Louis quería ir a la orilla con el bote, pero al final nos dieron las diez y se fue a la cama. Hice un pequeño paquete para Fani que *Mr*. Hird le llevó: unos pocos dulces envueltos con delicadeza en una servilleta de papel japonesa, atada con una cinta verde brillante. La niña estaba en la cama, pero se despertó para recibir el paquete, aunque no quiso abrirlo hasta el día siguiente. Toda la familia intentó persuadirla para que echase un vistazo. Ella recurrió a *Mr*. Hird, que apoyó su decisión, por lo que volvió a su cama y se durmió sosteniendo el regalo entre sus manos.

Estoy tratando de pintar un retrato pequeño de Tin Jack, que es una hermosa criatura, pero durante los breves momentos que posa lo hace contrariado. Se sienta dándome la espalda, con la mirada fija en el reloj, contando los minutos que faltan para su liberación. A nuestro viaje se unieron esta vez un hombre, una mujer y un chico que querían ir hasta Suwarrow, nuestra próxima parada. *Mr*. Hird tuvo un sueño singular o, más bien, una visión, en la que un comerciante blanco de Suwarrow aparecía muerto y estaban a punto de enterrarlo. Le abrumó tanto que apuntó la hora. Parecía bastante angustiado.

13.— Me levanté a las seis, después de una noche de lucha para

que el viento no me quitase la colcha, para descubrir que acabábamos de llegar a Suwarrow. En el desayuno, el capitán Henry me obsequió con una preciosa flor de hibisco y *Mr*. Henderson puso junto a mi plato un par de plátanos y una manzana otaheite, productos típicos de la isla. Ahora mismo solo viven seis personas en la isla de Suwarrow. Con nuestros tres pasajeros, contando al niño, serán nueve.

Cuando fui a cubierta para ver la isla me dijeron que la bandera estaba a media asta. Con total seguridad, el comerciante había muerto, y la fecha de su fallecimiento coincidía con la visión de *Mr*. Hird. La última vez que el barco estuvo aquí, el pobre hombre estaba deseoso de ser relevado del puesto. Uno de nuestros pasajeros nativos iba a sustituirlo. Una pulcra cerca blanca rodeaba su tumba. Pregunté de qué enfermedad había muerto. «Enfermedad aquí», fue la respuesta, señalando el hígado. Continuó explicando: «Mucho tiempo sin levantarse, todo el tiempo acostado. Dolor, grita, dolor, grita. Después, muere».



Asentamiento en la isla de Nassau

Mr. Henderson plantó cocoteros en Suwarrow y las islas cercanas. También hay unos pocos pándanos y una gran diversidad de maleza, como es usual en las islas bajas. Además, cuenta con una

gran cantidad de hierba fina y plumosa que, por desgracia, no sirve para alimentar a los animales. *Mr*. Henderson intentó criar cabras en la isla, y creo que también ovejas, pero, aunque se alimentaban vorazmente de la hierba, no crecían bien y fueron languideciendo hasta que murieron. Después de investigar, encontraron que la hierba no era digestiva y permanecía como bolas en los intestinos de los animales. Aunque la mayoría de los cocoteros fueron plantados hace ocho años, no dan mucho fruto. *Mr*. Henderson cree que no se sembraron a suficiente profundidad. Dice que deberían plantarse a un metro bajo el suelo, y que los brotes tienen un metro y medio de altura. Los plátanos plantados en tierra importada están creciendo bien, y algunos incluso se han adaptado bien al suelo nativo. También han conseguido prosperar los pimientos de las islas altas. Los yuplones están cargados de frutos y los hibiscos de flores. Las plantas de algodón, que no son autóctonas, ahora se han vuelto silvestres y florecen exuberantemente.

Suwarrow en otros tiempos debió ser un importante y bullicioso asentamiento. Da la impresión de que acontecimientos singulares debieron suceder en esta isla y que su historia debió de ser salvaje y heroica. En la actualidad parece la fortaleza de un pirata. Cuentan con un buen embarcadero que debió de costar mucho dinero y trabajo, con varias casas construidas en sus alrededores, dando a primera vista la impresión de que hay un poblado. Hay faros para guiar a los marineros y un punto de observación al otro lado de la isla. Se pueden capturar tortugas, grandes cangrejos y excelentes peces. También los pájaros sirven de buena comida y, en la época de crianza, se pueden conseguir innumerables huevos que tienen un sabor estupendo. Aquí, un pájaro no más grande que una paloma es capaz de poner huevos del tamaño de los de una gallina.

Primero anduve por el lado de barlovento de la isla. Aquí encontré un tiempo maravillosamente fresco, pero la marea alta me obligó a volver al interior. En mi regreso me encontré con un bonito y limpio estanque en el que pienso tomar un baño mañana. Parece que la habitación desde la que escribo iba a ser una iglesia o una escuela, pero son meras conjeturas. Es grande, larga y estrecha y

cuenta con una doble puerta a cada lado y una sola al final. Cuatro ventanas sin cristales están protegidas por unos listones que pueden moverse hacia arriba y hacia abajo, como unas persianas venecianas. Estas, al igual que las puertas, están pintadas en verde. El techo, abierto hasta la cima, está cuidadosamente cubierto con hojas que parecían de pándanos o de cacao. Una mesa que en sus orígenes debió de ser muy robusta, pero ahora se encuentra en mal estado, sostiene los libros del fallecido: *Chetwynd Calverly*, de W Harrison Ainsworth; *El crimen de Orcival* de Gaboriau, y un libro de anuncios sobre los parientes más cercanos. Detrás de la mesa hay una máquina de algodón, la «Magnolia», con un dibujo de la flor bien hecho en su frontal. Me senté un rato en uno de los dos bancos de madera de la habitación y estudié las paredes sobre las cuales estaban garabateados varios nombres: Etelea, Mitemago, Saviti, Patawe, Polohiu, Atolioinine, Salhisi, Kari, Fuehau, Laku, Mitima, Paopave, Munokoa y otros muchos.

En otro gran edificio de una sola estancia, con un techo de hierro ondulado, encontré todo tipo de restos de los naufragios acaecidos en los alrededores de Suwarrow. Apilados al final de la casa pude distinguir las distintas partes de un barco, estopas, una vieja y peculiar arma de fuego, componentes de hierro y parte de la escalerilla de acceso. También, un remo y una caja de herramientas con asas de cuerda a cada lado y la palabra Sweden grabada. En la parte más alta del montón, cubierta con una lona, hallé una verja de hierro, dos timones, un cabrestante, un cazo de cobre verde con verdín, con el mango de madera y hierro; dos salvavidas, uno de ellos con la marca de Levi Stevens; pequeñas cajas con fondo de cristal para buscar en el fondo del mar, ruedas, tapas de escotilla; y multitud de otros objetos que ni sabía para qué servían. En el otro extremo de la habitación, una escalera lleva a un altillo. Aquí se amontonan tamices para guano, un arpón, una sierra de doble mano y cestas de hierro para las conchas. Dos inmensos depósitos de hierro, pintados de rojo, se encuentran a ambos lados de las puertas que dan al mar.

Próxima a esta casa está la «oficina», con un pequeño cubículo

dividido en un lado. Miré por los casilleros y encontré un paquete de finas láminas hechas de caparazones de tortuga y un gran paquete con pelo de alguna mujer de la isla. En las paredes colgaban mapas mohosos y el techo estaba adornado con diez alfanjes oxidados. En el suelo yacían viejos libros de contabilidad y un saco de algodón, como si acabaran de tirarlo ahí. En uno de los lados de la habitación hay una ancha cinta blanca con letras negras pintadas en las que se lee: «Peerless naufragó en la isla de Suwarrow». En una esquina descubrí una caja con los trozos de hierro viejo que se ponen con los cocos cuando se plantan. Lo llaman «abono de coco». Esto me recuerda a una práctica similar de los paumotanos, que los plantan con un clavo oxidado y una galleta náutica. Dieciséis mosquetones en descomposición estaban perfectamente colocados en un estante en la sala exterior. Las estanterías estaban llenas de toda clase de herramientas, clavos, hachas, machetes y latas de sardinas y salmón y varios zapatos de niño mohosos. Entre ellos hallé una cómoda de juguete y una caja con plumas.

Pasé por otro edificio que contenía restos diversos de la vajilla de porcelana azul y blanca y llegué hasta la casa del director. El edificio lo conformaba una gran estructura con suelo de madera y techo de paja. Allí me topé con un anciano nativo ocupado en las cuentas. Un perro viejo descansaba a sus pies, que estaban envueltos en la bandera de la Unión Jack que los mantenía calientes. Resultaba evidente que esta habitación había sido adornada por un marinero, pues transmitía la sensación de estar a bordo de un navío. En vez de ventanas tenía ojos de buey; tres en un lado y un par flanqueando la entrada principal. Las tapas, pintadas de negro para imitar el hierro, podían atornillarse sobre las compuertas, al igual que las ventanas de los barcos. Las puertas, una en cada extremo, se abrían en dos partes, divididas por la mitad. El mobiliario consistía en dos camas de madera de la isla con ramas de cocotero entrelazadas que servían de colchón. Un par de racimos de plátanos colgaban del techo. Pegado sobre la pared estaba el certificado de defunción del hombre. Esta era la única manera de probar que su defunción se debió a causas naturales y no a un crimen. Copié lo que ponía en el

certificado:

Samuli lee aho 2…
he motu nai mate he malu va he tau
fro ia gauali 2 1889, Ka Papú
Ko Maro tola ne ha nie ne tamu
Ka Patiti ma miti San ma
J ketiti ma Peamani Koe tau wine
Kwenia Kia mounina kelie iki lagi ke
he tan ban nei kua hobooko kiai a tautala
June ati 2 — 1890

Misioneros de una isla civilizada, y algunos de sus conversos

Al lado estaba «la casa del gobierno», como la llama Louis, muy bien techada, con el suelo de madera y separada en dos habitaciones con tablas de madera de un naufragio. Están conectadas por una amplia entrada con un arco en la parte de arriba y a ambos lados cubiertos con latón. En una de las habitaciones se encuentra una mesa con una Biblia y otros libros y un sofá hecho a mano cubierto con una esterilla, dos estanterías, cubiertas con periódicos con el extremo roto de haber estado colgados, diversos libros, un cofre y la caja de una brújula. Las paredes tienen grabados muy bonitos, algunos enmarcados y uno acristalado. A cada lado de la casa se abrían pequeñas ventanas cuadradas, protegidas por unas sólidas

contraventanas con un pestillo. Las puertas delantera y trasera eran fuertes y estaban divididas por el medio. En la habitación del fondo se extendían dos camas hechas a mano, una de ellas con un mosquitera Sobre el suelo hay cofres y alfombras; algunas más finas están enrolladas y atadas al techo. Delante de la casa, en el frontón, se encontraban dos grandes calderas de hierro como las que se usan en los barcos. Dentro del recinto cuidadosamente vallado yacían dos pequeños cañones situados entre dos yuplones.

Volviendo a lo que yo llamo la iglesia, pasamos por la casa de las herramientas, una casa repleta de herramientas ya oxidadas. Cerca había dos pequeños barriles llenos de agua, esperando el caso de que alguien sediento llegara a la playa. También había una inmensa cisterna hundida en la tierra llena de agua de lluvia recogida desde las cubiertas de hierro, pero creo que se mantenía cerrada.

Dejamos finalmente al perro que recogimos en Auckland y a algunos gatos, para partir de la isla más romántica del mundo, sintiendo que su historia seguirá siendo un misterio para siempre.

16. — Arribamos a la isla Danger. Algunas barcas salieron para informar a *Mr*. Henderson de que, a pesar de lo que prometieron la última vez que estuvimos aquí, la copra no estaba lista, pues era la época en la que se reunían para hacer colecta para la iglesia y celebrar reuniones. «No tabaco», les contestó *Mr*. Henderson con un regocijo malicioso, y les ordenó que se alejaran del barco. Para mi alegría, sugirió al capitán que intentáramos llegar a Nassau esa misma noche. Y así fue, pero permanecimos al pairo hasta por la mañana. Hicimos señales a la isla con una luz azul y los isleños respondieron con hogueras, manteniéndolas encendidas toda la noche, temiendo quizás que si se apagaban nos marcharíamos.

17. — Nassau es una isla baja y pequeña que encierra una laguna costera que se ha convertido ahora en un estanque menguante. Es triangular y cuenta con unas cinco millas de perímetro aproximadamente. Se podía ver como se levantaba el terreno desde la bahía hasta considerable altura, y la hierba que crecía entre los

yuplones. Con un anteojo distinguí un árbol del pan. Nassau no tiene embarcadero y acercarse a tierra parecía demasiado peligroso, así que, para mi disgusto, los hombres se marcharon sin mí. Por las descripciones que me dieron cuando volvieron y por lo que pude ver, debía de ser uno de los atolones más bonitos. Teman cerdos y aves de corral. En la parte alta de la isla crecía toda clase de árboles frutales. Las tortugas abundaban, tanto las verdes que tanto le gustaban al concejal, como las que tienen el caparazón con el que se comercia.

El dueño de la isla no la visitaba desde hacía dos años, haciendo que los pocos que vivían allí se sintieran abandonados. Enviaron dos cerdos a bordo y ofrecieron a *Mr*. Hird un enorme caparazón de tortuga, que rechazó a causa de su valor. Tenían unas cuarenta cajas de copra preparadas para vender, pero como el mar estaba alto y el embarque era malo, *Mr*. Hird no se atrevió a llevárselas. *Mr*. Henderson, sin embargo, les regaló lo que querían, unos quince dólares.

Cuando Louis regresó, redactó estas palabras sobre la visita, comenzando desde el principio:

«Lo primero que vimos por la mañana fue a toda la gente reunida en la playa. Mientras nos acercábamos con una barca, nos extrañamos ante la vista de dos mujeres bailando, como si saltaran de alegría. Tres hombres se aproximaron al filo del arrecife. H. les hizo señas desde el puente para que saltaran y nadasen. Joe e Jim lo hicieron, y la barca los recogió a medio camino. Les vimos subir solemnemente y le dieron un apretón de manos a Johnny, que se había quedado sentado con el remo de popa. Seguidamente se sentaron con él. Tenían muchos viejos amigos a bordo, sobre todo Joe. Siempre era un placer ver a esa criatura bailar, como un payaso una pantomima. Un poco más tarde, al ver salir a Lloyd de debajo de una manta donde había cambiado los filtros de la cámara, nos hizo morir de la risa a todos con su pantomima de terror. Llamaba a todo el mundo "hombre viejo". Siempre estaba riéndose o haciendo que los demás lo hiciéramos. Dijo que no tenían pescado. "No tengo canoa", explicó. Uno de nosotros le preguntó: "¿Por qué no haces

una?". "¡Mucho trabajo!", exclamó Joe. En realidad, es muy fuerte y trabajador, pero como se sentía abandonado no tenía intención de hacer nada que no fuese necesario».

«Después del desayuno nos fuimos a la orilla. El tercer hombre llegó acompañado de un perro que, curiosamente, nos temía. En la casa nos presentaron a las mujeres de Joe y Jim y a cinco niños, todos bailando y cantando como locos, aplaudiendo y riendo completamente emocionados. Dentro de la isla había una especie de jardín en el que crecían limas, plátanos e higos. Algunas partes del suelo estaban cubiertas de césped, pero no todas. Como iba descalzo y hacía mucho calor, di la vuelta y regresé al establecimiento. La mujer de Joe estaba afuera esperándome con un coco verde. Mientras bebía, intentó sacarme el anillo sin éxito. Me condujo a un cobertizo donde estaba la mujer de Jim y me tumbó entre cojines, rodeándome con sus brazos y alimentándome como a un niño con pudín de coco. La otra mujer, mientras tanto, me acariciaba. Ambas me preguntaban con voz emocionada por mi edad, por mi país, mi mujer y mis negocios. Cuando les dije que mi mujer estaba en el barco, gritaron y lamentaron que no hubiera venido. La mujer de Joe dijo que estaba deseando subir al barco, pero que no tenía la ropa adecuada. Ambas iban bastante bien vestidas, de azul y rojo respectivamente. Empezaron a preparar varios regalos para la *fafine* (señora). Entre tanto, me rebuscaron en los bolsillos y me robaron todo lo que tenía: dinero, tabaco, cerillas y mi pañuelo. Evité que me quitaran algunas cápsulas, al decirles que contenían veneno, y mi sombrero. Reaccionaban de buena manera si rechazaba algo que me ofrecían, pero al rato volvían como moscas. La mujer de Jim me ofreció darme a su bebé a cambio de Lloyd, lo que acepté. Cuando el grupo llegó, sufrieron un pillaje similar, aunque, al ser tantos, recibieron muchos menos cuidados. Solo yo fui acariciado, abrazado y alimentado como una mascota. La escena fue una de las más salvajes y agitadas de mi vida. Seguramente acabaran con dolores de cabeza. Todos bajaron al arrecife para despedirnos. Joe y Jim nos ayudaron a salir. Las mujeres se quedaron atrás hasta que el agua les llegó a las rodillas. Cuando empujaron el bote vi a la mujer de Joe

sumergirse repentinamente bajo sus faldas. Al instante siguiente, su llamativa *hva-lava* estaba volando en el aire en señal de despedida. Cuando una nativa se pone ropa civilizada, sigue conservando su vestimenta nativa, la *lava-lava*, envuelta alrededor de su cuerpo. Una vez fuera de los rompientes, gracias al hábil pilotaje de Joe, este le dijo con severidad a uno de nuestros chicos negros que trataba de aconsejarle, "esto es muy bestial". Jim y él permanecieron en la bancada. "Adiós, hombre viejo", dijeron. Talones arriba, cabeza abajo, y un instante después, estaban nadando hacia la orilla».

19. — Quirós (los Jennings), por la mañana. Después de Nassau, parece un lugar familiar y dócilmente próspero. Estuvimos por la laguna costera, que es muy grande y su agua es poco salobre. Lloyd y Tin Jack se dieron un baño y yo me fui con las mujeres. Después de beber muchos cocos, regresamos al barco.

20. — Nos visitaron *Mrs*. Jenning y su cuñada, con una tripulación de cantantes, al estilo de Samoa. Desafortunadamente, a una de las señoras le mareaba estar en el barco, con lo que la visita fue corta.

21. — Fakaafo, perteneciente a las Tokalao. Louis y yo nos fuimos a la orilla muy temprano por la mañana. Había un fuerte oleaje que no permitía que los hombres que remaban tuvieran una visión estable. Esto hizo que entrara agua en el bote y que casi acabase inundado. Acabé empapada de agua helada de pies a cabeza. Paseamos por la aldea y nos llevaron a casa del rey. La reina nos extendió una alfombra y nos sentamos a su lado. Tenía un bebé precioso en brazos. Supuse que sería su nieto, ya que era una mujer bastante mayor. El rey vino a la entrada de la cabaña. Alzando su cabeza y sus hombros, nos saludó con un apretón de manos y trató de conversar con nosotros. Nos ofrecieron cocos, pero tenía

demasiado frío como para tomar algo refrescante. Parecía un lugar lánguido. Los niños, que nos seguían en un gran grupo, pronto se cansaron y se marcharon.

Como sentía síntomas de reumatismo por haberme mojado, me fui a casa del comerciante, un pálido portugués, y le pregunté si su mujer me podría prestar un vestido. Me dijo que si cruzábamos la isla encontraríamos un hospedaje que le pertenecía. Allí su mujer me podría dar vestidos nativos. Mientras nos acercábamos a la casa de huéspedes, varias jóvenes muy guapas y sonrientes se nos unieron. Nos sentamos todos en la veranda y esperamos al portugués, que venía detrás. Enseguida estaba vestida con ropa cómoda y seca. Rechazamos los cocos, pero aceptamos brandy y agua. Le regalé a la mujer la corona de flores que llevaba puesta y un anillo de oro. Siempre llevaba varios anillos de oro para ofrecerlos como presentes. Después de esto, regresamos al barco. El bote casi acaba volcando a causa del oleaje.

Por la tarde, la mujer del comerciante me envió un sombrero como regalo. El inglés que hablaba el comerciante era casi un acertijo. Pasando por la habitación de Lloyd, vio una guitarra. «¿Quién hace esa música?», preguntó. Cuando le dijeron que era Lloyd, pidió que viniera y que le dejara cogerla. Mientras tanto, examinó el instrumento y encontró que tenía dos cuerdas rotas. Al llegar Lloyd, le pidió dos cuerdas de guitarra. No tenía muchas, por lo que se sintió algo reacio ante la idea de dárselas, pero parecía tan empeñado que acabó ofreciéndole la caja de cuerdas entera. Cuando le preguntó acerca de su guitarra, para su sorpresa respondió que no tenía ninguna, a pesar de parecer tan entusiasmado por las cuerdas. «De verdad —dijo Lloyd—, no puedo darte todas. Te voy a dar este lote, pero ninguna más. Aunque no entiendo para qué las quieres, si no tienes guitarra». Nos dijo que las quería para «tocar». Se nos ocurrió que podía tener otra clase de instrumento al que le sirvieran las cuerdas, pero nos dijo que no, que no tenía ningún instrumento. Entonces, en una repentina inspiración, a Lloyd se le ocurrió preguntar: «¿Quieres comprar *esta* guitarra?». Y ese era el misterio. Por desgracia, no se la podíamos dar porque solo teníamos una, así

que el pobre nos devolvió con tristeza las cuerdas y el instrumento.

22.— Celebramos el aniversario de nuestra boda en la sala de comercio del barco. (Olvidamos que fue el 19, pero pensamos que tampoco nos haría ningún daño posponer su celebración). Enfriamos champán con toallas húmedas. Sobre las cuatro, nos reunimos con el resto en el lugar de encuentro. Cada uno hacía lo que podía para entretener al resto. Tin Jack leyó unos párrafos de Shakespeare, utilizando como púlpito parte del cargo. *Mr*. Hird cantó *Afton Water* de un modo encantador, con mucha gracia y sentimiento. Lloyd también cantó. Louis tomó como texto lo primero que vio y ofreció un sermón leyendo un anuncio de aceite de San Jacobo.

Avistamos tierra en Atafú, donde espero obtener baldas de Tokalau que me pueden servir de maletas.

23. — *Mr*. Henderson fue muy temprano esta mañana a Atafu. Se jactó de haberse comido tres muslos de pollo y media pechuga con grandes cantidades de taro. Preferí quedarme a bordo y tomar una dosis de salicilato para paliar el reumatismo. Más tarde, salió el sol y se me pasó el reumatismo, antes incluso de que me tomase el salicilato, pero ya era demasiado tarde para que bajara a la orilla. Louis se había ido en el bote y no había otro para mí. Pasé el tiempo observando a la gente con unos anteojos de ópera. El viento traía el sonido de los cantos. Los anteojos me acabaron dando dolor de cabeza. Intenté leer *Olla Podrida*, pero no pude llegar a entenderlo. Pasé a *South Pacific Directory*, con el que tuve más éxito. El bote regresó para la hora de cenar, todos hablando de las curiosas experiencias que habían tenido.

24. — Por desgracia, no me encontraba lo suficientemente bien como para ir a tierra. Un comerciante, el hermano del hombre que

quería comprar la guitarra, dijo que su mujer iba a venir a visitarme y presentarme a su hijo, un morenito de unos once años. *Mr*. Hird me contó que el niño había viajado mucho. Él mismo me contó que había estado en Sidney. Cuando le pregunté: «¿Y en San Francisco?», respondió: «No, pero he estado en Frisco». Este niño estuvo a bordo de una goleta cuando estuvo a punto de ser destruida por el fuego y en un inminente peligro de naufragio. El incendio fue provocado por uno de los marineros. Por lo visto, un sujeto peligroso e indisciplinado. Un día, en un acto de rabia, atacó al cocinero con un cuchillo y casi lo mata. El capitán se asustó ante la idea de ponerle los grilletes y el propio culpable se los terminó poniendo a sí mismo. El sobrecargo sugirió que le confinaran junto al camarote del capitán, pero este temía ante la idea de tenerlo tan cerca. No pasó mucho tiempo antes de que consiguiera soltarse y saltar por la borda, no sin antes incendiar el barco. Unas horas después del inicio del fuego, el navío casi choca sobre unos arrecifes, pero consiguió detenerse justo frente a una roca que, para su suerte, protegió las velas del viento. La corriente iba en dirección contraria.

La mujer del comerciante y su amiga, una mujer hermosa de expresión altiva, llegaron a bordo. El comerciante explicó, con una sencillez casi cínica, que hubo un tiempo en el que hubo muchos marineros alemanes en las islas y que, como su mujer tenía el pelo rubio, pensó que era medio alemana. Realmente parecía una verdadera gobernanta alemana, con su pelo rubio y su pestañeo constante, pero enseguida pensé que seguramente sería albina. Me trajo una cesta y un pequeño balde Tokalau y yo le regalé un anillo de oro, por lo que me dio tres anillos de caparazón de tortuga y otro más grueso, ingeniosamente atado con un tipo de nudo llamado «lazo de amor». Le di a su amiga una corona de flores y recibí a cambio un sombrero. La gente de esta isla era especialmente aduladora, por eso la llamamos «La Isla de los Aduladores». Louis presenció como un nativo al que le presentaron a *Mr*. Henderson le gritó con emoción: «¡Hombre guapo!», mientras examinaba su rostro con avidez. La mujer del comerciante me decía continuamente «¡Buena mujer!». Sus ojos se fundían en los míos con

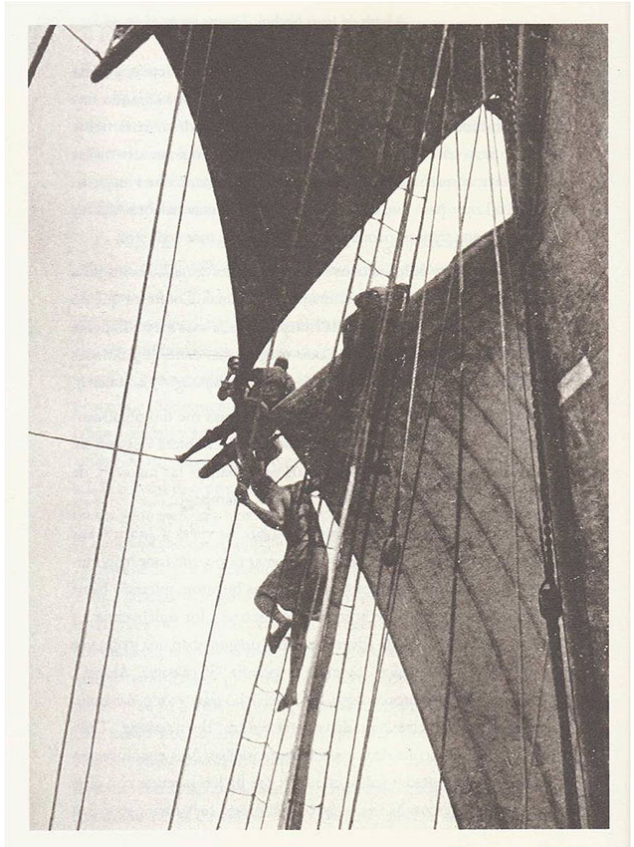
afecto y admiración mientras me abrazaba con ternura. Le pedí un mechón de su hermoso pelo y, después de pedirle permiso a su marido, me lo dio. Lo sujeté con alfileres en mi diario y escribió debajo *Fani mai Jeleni* (Fanny, mi amiga) y su propio nombre, «Amalaisa». Después me abanicó, me acarició y me siguió halagando. Cogió una fotografía mía, la estrechó contra su pecho y su cara, diciendo: «Como tú». Me pregunté por qué rozaban su nariz de esa manera con todo. Mientras estaba sentada con Amalaisa y su amiga, sosteniendo una mano de cada una, percibí que un joven nativo, desastrosamente vestido, pero con una mirada altiva, se había unido a nosotras. «Ese chico. Rey», susurró Amalaisa, así que estreché la mano de su majestad y llamé a Louis para que me presentara. Las últimas palabras del rey fueron «buena mujer», pronunciadas en el tono más seductor.

La mayor parte de los nativos sufren de una enfermedad contagiosa en la piel que los cubre con escamas blanquecinas. Confié en que no nos la contagiaran. El chico de la isla que parecía más afectado había estado paseando del brazo de Louis todo el día, dándole palmadas y acariciando sus manos mientras decía «buen *papalagi*» (extranjero).

Cuando llegó el momento de partir, Amalaisa me dio otro sombrero y puso la expresión más sentimental que hubiera visto en mi vida durante su *tofa* (despedida). Nos estrechamos las manos y, de repente, me dio un beso y se fue como un relámpago.

Louis ha escrito aquí lo siguiente sobre su visita a Atafu y sus aventuras: «Nada más desembarcar y tomar tierra, me rodearon muchachos infectados con escamas. Las chicas huyeron, mirando hacia atrás coquetamente. Si se acercaban demasiado, los muchachos les tiraban piedras a modo de advertencia. Me preguntaban una y otra vez "¿Tú *Peletaniá*?" (británico). Siempre respondía "*Sí, peletanía*. ¡Aloha!", y ellos me miraban sorprendidos. Un muchacho siguió todo el camino acariciándome y exclamando de vez en cuando: "Buen *palalagi*". Creo que llevaba una escolta de unos cincuenta isleños. Nos encontramos a varias damas sentadas sobre un muro. Me hicieron sentar con ellas y me trajeron cocos.

Me acariciaron del modo más cariñoso y con gran fervor y admiración. De vez en cuando, exclamaban a coro y con emoción: "*Peletania, aloha*", tomando de nuevo aliento y dando un suspiro. Por cuestiones políticas, no estaba acostumbrado a este tipo de galanterías y sospechaba que tramaban algo. Las señoras llamaron a uno de los muchachos para que les sirviera de intérprete. "Todas estas chicas ríen a ti" (quería decir "estas señoras te sonríen"). "Eso me halaga", les contesté. La respuesta las decepcionó de una manera que no esperaba. Un poco más tarde, uno de los muchachos me preguntó: "¿Quieres mujer?". Le contesté: "Tengo mujer a bordo". Con un notable desprecio gritó: "Mujer a bordo, ¡no bueno!". Las personas que acababan de llegar cuchicheaban a cerca de mi origen. Se me acercaban y me preguntaban de improvisto: "¿Tú Melican?" (¿americana?). Sin duda Atañí es nuestra posesión más leal. Ya todos los isleños hablaban un poco de inglés y me podía comunicar con ellos, lo que permitió que surgieran algunas anécdotas. Le di a uno de los chicos un cigarrillo. Otro se acercó y me pidió que también se lo diese. Le expliqué: "No, terminados". El chico primero al que le di el cigarro le dijo: "Eet ees feenished". Este me miró con una sonrisa juguetona y declaró: "¡Vas inferno! No terminados".



Niños nativos zarpando en el S. S. *Janet Nichol*

»Conocía la cura de la picazón escamosa, inventada por el viejo Jennings de Olesenga: un barril hundido en la tierra donde se ahúma con azufre. La muchacha que recibió este tratamiento era la más europea de las almas: la piel era morena clara, los ojos avellanados y el cabello de un castaño dorado. Era extraño ver que las personas de las islas bajas se inclinaran por la blancura. Amalaisa me nombró como su "*mai feleni*". Al saber que yo tenía esposa, cambió y empezó a escribirle cartas de amor a ella. La naturaleza ficticia de este sentimiento (*me judice*) no impidió que tuvieran un inmenso éxito».

27.— Esperábamos llegar a Funafuti, la primera de las islas

Ellices, al amanecer, pero a las nueve no había signos de la isla. «Mala dirección —gruñó el capitán—. La hemos pasado y ahora tenemos que dar la vuelta y retornar». Sobre las dos echamos el ancla en la laguna costera. Casi de inmediato, dos comerciantes de apariencia miserable subieron a bordo. Uno era mestizo, de alguna isla cercana, y sufría de elefantiasis en las dos piernas. Había escarificaciones recientes, como si hubiera intentado algún plan de intervención samoano. El otro no es que fuera delgado, sino que no tenía sangre: era la criatura más pálida que había visto en mi vida. Parecía que su cara, manos, piernas y pies no habían recibido nunca la luz del sol, dándole a su piel una textura suave que recordaba a la cera. Cuando hablaba hacía enormes esfuerzos para levantar los ojos. El pálido se llevó las dos manos sobre el corazón, como si le doliera. Le pregunté si le gustaba la isla. «En absoluto», me contestó y empezó a describir a la gente. Me dijo que no podía criar gallinas, patos o cerdos, pues sus vecinos, celosos de no tenerlos, les tiraban piedras hasta matarlos. Lo mismo pasaba con los árboles frutales. El suelo era bueno y había árboles del pan y plátanos, pero su intento de hacer crecer distintos tipos de plantas siempre quedaba frustrado. Le rompían los árboles jóvenes e incluso le destrozaban los que ya habían crecido. Antes del gran terremoto de Java había abundancia de peces. El mestizo recordaba que antes se desconocía la existencia de peces venenosos. Ahora, todos los peces fuera del arrecife lo son. Y lo peor es que un pez que hoy es inocuo, mañana se podía convertir en mortal. Las tortugas ya no vienen a las islas, así que no hay alimentos, excepto copra y lo que traen los barcos. Temo que este pobre hombre muera de hambre. Un camarero de a bordo, que conocía algo de medicina, le dijo que necesitaba hierro y buena alimentación. «Me dieron una botella con hierro —nos dijo—, y me puse mejor, si no estaría muerto ahora, pero ¿cómo puedo comer bien aquí?». Le sugerí que dejara la isla, pero esta alma caritativa replicó que, aunque sabía que podía salvar su vida haciendo eso, no podía abandonar a su mujer nativa y a sus hijos.

El mestizo nos contó varias historias bastante desagradables, aunque muy interesantes. En 1886 se encontraba fuera de Funafuti.

Durante su ausencia, dos barcos americanos bajo bandera del Perú llegaron a la isla y distribuyeron regalos a diestro y siniestro. Naturalmente, la gente estaba encantada. Les propusieron marchar al Perú para recibir una educación por esta amable gente y muchos subieron a bordo. El rey, preocupado porque muchos quisieran participar en tan buena fortuna, hizo sonar el cuerno que anuncia que la gente debía reunirse. Cuando el mestizo volvió, dos tercios de la población se había marchado. El rey hizo sonar el cuerno otra vez para reunir a los pocos sujetos restantes, personas o muy jóvenes o muy mayores. No hace falta añadir que se trataba de esclavistas. Jamás volvieron a ver a los isleños que partieron en el supuesto barco americano.

Entre todas las islas (Funafuti y sus polluelos, se podría decir) no suman más de unos ciento cincuenta habitantes. Tienen mala fama. Se dice que son malos, rudos, deshonestos, en el sentido de que son tramposos, pero no roban. No hay de que sorprenderse que sean deshonestos, pues aprendieron en una buena escuela. Aquí hay otra historia. Mata, de Samoa, vino a comprar copra. La poca que les quedaba la habían contratado con otro navío y su precio era de un céntimo y cuarto. «Te daré dos centavos», dijo Mata, y aceptaron enseguida, pero las pesas habían sido manipuladas y se llevó varias toneladas que no existían.

Resterau, el comerciante pálido, había navegado con ambos «Bully Hayes» y «Bully Pease» (dos pintorescos malhechores de los Mares del Sur, ahora fallecidos, para alivio del resto del mundo), cuyos nombres me enferman, y espero no volver a oírlos de nuevo. Louis y yo, junto con *Mr*. Henderson, desembarcamos en la isla, donde encontramos a las mujeres y a los niños de los comerciantes. Eran guapos, tenían buen aspecto y de excelentes modales. Las chicas eran verdaderamente hermosas. La mujer de Resterau solo tenía un ojo y un cuerpo viejo y amable.

Poco después, Louis y yo paseamos por la isla, cada vez más sorprendidos de lo que veíamos. Era lo opuesto a lo que se podría esperar de una isla baja. Para empezar, nos llamó la atención descubrir que los peces venenosos permanecían fuera del arrecife. El

suelo también es bastante más rico que en islas similares, con helechos y matorrales con muchas flores. Vimos poco taro, pero sí grandes extensiones de plataneras. Había varias zonas pantanosas y charcas con agua verdosa estancada. El aire era pesado y desprendía un olor a invernadero. La isla aparecía inusualmente amplia, pero, para nuestro asombro, al abrirnos paso entre los arbustos y los árboles no llegamos a la playa como esperábamos, sino que nos encontramos una gran laguna costera casi completamente vacía a causa de la marea baja. La laguna estaba rodeada de tierra por todas partes, pero los comerciantes nos dijeron que había una abertura ahora bloqueada por los isleños, que habían arrojado en ella una gran cantidad de coral. Decidieron hacerlo a raíz de que una niña cayera al mar cuando la marea estaba cambiando y su cuerpo no se encontrara hasta tres días después, mar adentro. Fue entonces cuando descubrieron el orificio por el que había sido arrastrada.

Se supone que había una abertura por donde llegaríamos a la playa. Cruzamos un manglar pantanoso y ascendimos por un camino de guijarros que emitían un sonido metálico, muy diferente del coral. Finalmente, llegamos a la playa. Me alejé de Louis buscando conchas, cuando un fuerte grito llamó mi atención. Lo encontré inclinado sobre un trozo del arrecife que se había roto. De allí salían innumerables gusanos parecidos a lombrices de tierra, más o menos blanquecinos, aunque algunos más oscuros. Observé cómo se alargaban y se contraían hasta que me sentí demasiado asqueada como para seguir mirando y hui de aquel lugar. Louis rompió otros trozos de roca y todos estaban llenos de gusanos. Algunas piedras de color más claro y textura más firme no tenían tantos, aunque se podía observar en ellas agujeros vacíos en proceso de cierre. Otras estaban cerradas y eran duras y blancas como el mármol.

A pesar de todo, conseguí una buena cantidad de hermosas conchas. Después, buscamos otro camino que no fuera el de la laguna interior, pero nos acabamos rindiendo y retrocedimos sobre nuestros mismos pasos. Llegamos a perdernos, o como dijo Louis con indignación: «No nos perdimos en absoluto, solamente fuimos incapaces de encontrar el camino».

Los dos comerciantes comieron con nosotros. Me puse muy contenta cuando vi al hombre pálido engullir una buena porción doble de carne. A Lloyd se le ocurrió darle algo de cerveza negra y *Mr*. Henderson pensó que era una buena idea. Louis le dijo al comerciante que la consideraba como una especie de medicina y que no la compartiera. Le prometió que se la bebería entera pero que, en ese caso, prefería que *Mr*. Henderson se la diera en secreto. También le entregué dos botellas, una grande y otra pequeña, llenas de todo el hierro que teníamos. Me fui a dormir temprano por el cansancio, pero soplaba el viento y llovía, por lo que acabé sobre el suelo del salón.

No hace mucho, la goleta *George Noble* paró en la isla, destino la isla de Piru (pronunciada Peru). Al oír la palabra, los nativos sintieron tal temor que huyeron sin control y nadie pudo convencerlos de que se volviesen.

28. — Dejamos Funafuti temprano por la mañana. Lloyd fotografió a toda la tripulación del barco, con gran regocijo de los chicos negros, que gesticularon y posaron expresivamente para la fotografía.

Llegamos a Natau después del anochecer. *Mr*. Hird nos llamó para decirnos que había otro barco cerca. Corrimos a cubierta y vimos una goleta que nos hacía señales con una luz. Al poco, uno de los oficiales primeros del otro barco estaba a bordo del *Janet*. No había embarcadero en esta isla y un fuerte oleaje barría el arrecife. La única isla de las Ellices que he visto hasta el momento me ha dado tan mala impresión que no me importaría si finalmente no podemos ir a la orilla.

29. — Esta mañana temprano echamos el ancla cerca de la goleta. Estaba pintada de blanco y se parecía mucho al *Equator (vina* pequeña goleta comercial en la que hicimos un viaje anterior). Louis decía que cada vez que la miraba creía vernos en ella. Parecía

haber una gran agitación a bordo del pequeño navío. Canoas llenas de gente iban y venían desde la playa. Solo una de ellas se acercó a nosotros. Estaba llena de mujeres que remaban alrededor del *Janet* siguiéndome a donde iba.

Una de ellas era muy hermosa, y las demás no eran en absoluto poco agraciadas. La canoa era muy larga y terminaba en una bonita cola de pez. Iba adornada en ambos extremos con nácares incrustados en la madera. La gente aquí usa *riais*, aunque no tan buenos como en las Gilberts. Tienen demasiado volumen y se parecen a las faldas de las bailarinas de *ballet*, aunque de un color alegre, una mezcla de rojo oscuro, granate negruzco y ligeros toques de amarillo. Tal como esperaba, el oleaje era demasiado fuerte como para que intentáramos llegar a la orilla, así que nos quedamos a bordo.

Por la tarde, la goleta (de unas 80 toneladas de carga) empezó a llenarse de nativos. Nos dijeron que iban a hacer una excursión con unas ciento ochenta personas alrededor de las islas. Para ello les habían entregado una suma de 25 toneladas de copra. La cubierta del pequeño navío estaba atestada de gente riendo y charlando. El rumor de sus voces llegaba hasta nosotros como si se tratara de un enjambre de abejas. Así era como, no hace mucho tiempo, los barcos de esclavos se llevaban a los nativos. «¡Qué buen botín de trabajadores!», remarcó Tin Jack en cuanto los vio.

Había una pequeña laguna encerrada en la isla. Ya en la orilla, Tin Jack rompió parte del arrecife de coral y lo encontró lleno de los mismos gusanos con los que Louis se topó en la otra isla. Pudimos distinguir dos tipos: unos parecidos a lombrices de color claro y otros similares a un ciempiés de tamaño pequeño. Tin Jack me trajo una corona de flores y un ramo de hojas escarlata. Por su parte, *Mr*. Hird me regaló un manojo de hojas de jaca para esmaltar mi balde de Tokalau. Enviaron a bordo algunos plataneros jóvenes, supongo que para llevarlos a amigos de otras islas. (Debe haber sido un atolón, aunque en muchos han traído cargas de tierra en barcos, sobre la que ahora florecen árboles y flores). Tin Jack se sintió atraído por esta isla, al igual que por todas, y quería que hiciéramos

una parada aquí. El comerciante de Natau era una persona de apariencia un tanto desagradable que al parecer tenía lepra. Me dio la mano, a mi pesar. Sus dedos estaban corroídos. «Creo que he cogido alguna enfermedad nativa», me dijo el pobre hombre, mientras retiraba su mano.

30.— Aún con un oleaje demasiado fuerte para los botes, en la orilla aparecieron una gran multitud de nativos y muchas canoas que pronto empezaron a hormiguear alrededor de nuestro barco. Nos invadieron los ansiosos vendedores con esterillas, gallinas y huevos. Un hombre me siguió, suplicándome que le comprara algo: «¿Quieres comprar dinero?». «¿Cuánto tabaco me das?». Compré una alfombra por diez palos de tabaco, otra por un peine y otra por un trozo de calicó. Vi a *Mr*. Henderson en medio del bullicio pesando copra. Se detuvo para pintar una amplia marca con tinta violeta en el pecho de un muchacho, que se paseó después con un consciente aire de superioridad.

Durante un buen rato no apareció mujer alguna, pero finalmente se acercó una canoa mecida por el fuerte oleaje y a los remos dos bonitas jóvenes. Gritaban que querían ver a la *Beretanifafine* (mujer blanca). Me llamaron y me asomé, a lo que levantaron sus manos y gritaron emocionadas. Poco después, encontré al capitán en las escaleras con una de ellas, intentando convencerla y empujándola para que viniera al salón. Naturalmente, no comprendía que su intención era llevarla conmigo. Al verme, dio un grito y se soltó del brazo del capitán, aferrándose a mí como un niño atemorizado a su madre. Pude sentir su corazón latiendo contra mi pecho, y temblaba de pies a cabeza. Aún abrazada a mí, se inclinó, pues era más alta que yo, y me sonrió. Sin necesidad de palabras, entendí que su sonrisa me decía: «Eres una mujer como yo, puedo confiar en ti y puedes protegerme, ¿verdad?». La rodeé con un brazo y le hablé en inglés, intentando tranquilizarla. Comprendió mi inglés tan bien como yo su sonrisa. La llevé al salón y Louis le ofreció dulces. Se volvió hacia mí con un gesto, preguntando si se podía comer sin

peligro. Ya tenía en una mano un trozo de galleta marinera que alternaba con golosinas, pero al escuchar unos pasos empezó a temblar de nuevo y se echó sobre mí, haciéndome la misma pregunta con su sonrisa. Puse una corona de tulipanes amarillos y rojos sobre la preciosa cabeza de esta encantadora joven y el capitán le regaló un collar de cuentas de cristal y unos pendientes. Durante todo este tiempo, aunque yo no lo sabía, su padre rondó por los alrededores con una peligrosa expresión dibujada en su rostro.

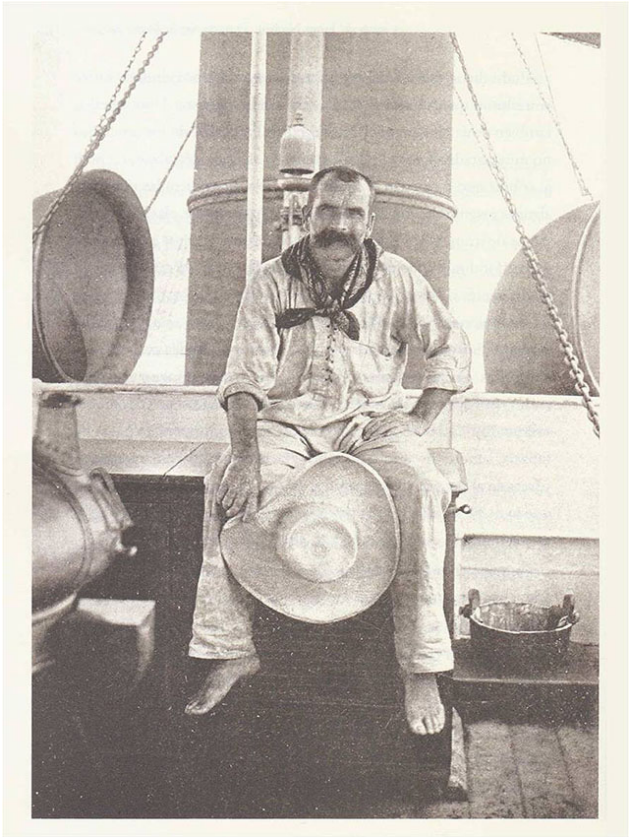
Después de un rato, la otra chica, viendo que su compañera no había corrido peligro, bajó al salón, recelosa y tímida como un animal salvaje, preparada para huir al menor ruido. Este lugar era muy diferente a Manihiki. Allí no mostraban ningún tipo de temor hacia nosotros, hasta los niños se nos acercaban en la oscuridad para aferrarse de la mano de los blancos, que después no querían soltar, mostrando un gran cariño. Recuerdo ver a Louis en Manihiki sentado con un chico alto de unos catorce años, hermoso como un ángel, con los brazos alrededor de su cuello, una hermosa chica inclinada sobre su hombro, y un niño acurrucado sobre su pecho. Pero estas islas han sido un rincón favorito para la trata de esclavos y, aún peor, la guarida del repugnante «Bully Hayes». Le regalé una corona de flores a la otra chica. Mientras la muchacha estuvo en el salón, los tres ojos de buey estuvieron repletos de curiosos que espiaban sus movimientos con una enorme preocupación.

Más tarde, nuestra preciosa amiga volvería a bordo acompañada de su hermana mayor y la otra chica que la había seguido. Lloyd tomó una fotografía de la más joven en un extremo de la cubierta. Yo permanecí a su lado, rodeándola con un brazo. Llevó algo de tiempo conseguir que no se moviera mientras la cámara se dirigía hacia ella. Aunque estaba ya menos inquieta, seguía alerta. Me regaló una gallina y algunos cocos. También me ofreció intercambiar otra ave por un peine y una alfombra a cambio de una tela de algodón con estampado. Acepté. La chica que vino después me dio algunas conchas a cambio de la corona de flores. Quise saber cómo explicarles que era un regalo, que no necesitaba contraprestación, pero debía de ser una imperdonable ruptura de la

etiqueta para ellas.

Estaba sentada sobre una caja, cerca del camarote de los negocios, cuando un hombre elegante con pinta inteligente se acercó y empezó a hablarme. Era un misionero de otra isla pero, desgraciadamente, su inglés era tan malo que pude comprender muy poco de lo que me decía, salvo que un nativo que me presentó era el rey y que si volvíamos a la isla en nuestro camino de vuelta nos tendría preparado un inmenso cargamento de copra. El rey parecía una persona bien educada. El lóbulo de una de sus orejas colgaba hasta el hombro, siguiendo la moda nativa. La otra oreja parecía haber sido malograda. El borde exterior de la oreja se corta en redondo y se injerta contra la mandíbula, con lo que se hace un agujero mucho más grande que el que se puede conseguir en las Gilberts con meras perforaciones y estiramientos.

Pude distinguir en cubierta a tres personas moviéndose entre la multitud que, se veía a simple vista, eran leprosos. Uno de ellos también tenía elefantiasis y le sangraban los dedos de los pies, algo no muy agradable para los que, como yo, íbamos descalzos. Le pedí al sobrecargo que, cuando leváramos ancla, extendiera las esterillas, algunas magníficamente decoradas, a proa, para que las olas las lavaran. Antes de irnos, el rey me dijo que me había traído unos regalos: una gran alfombra, varios cocos descascarillados y un *ridi* muy hermoso de diferentes colores. (El *ridi* es el único vestido que las mujeres usan en los atolones. Es una falda, más corta o más larga según la moda, hecha de hojas de pandano cortadas en tiras, untadas con aceite y ahumadas. En las Gilberts, un hombre no puede poner sus manos en un *ridi* bajo pena de muerte, incluso cuando la prenda no se esté utilizando). Ya había comprado uno a una mujer por siete palos de tabaco, aunque no era tan bonito. En realidad, no tenía nada que ofrecerle al rey por sus obsequios, así que me quité un anillo de oro y se lo di. Se sintió abrumado por la magnificencia del regalo, al igual que la multitud que se agolpó a su alrededor para examinarlo.



Tom Day, comerciante de la isla de Noukanau

Durante la cena levamos anclas y nos alejamos de la costa. El capitán esperaba encontrarse con la goleta, pero no fue avistada hasta última hora de la noche, aunque aparentemente seguía un rumbo equivocado. El capitán temía que por este equívoco su viaje durase más de lo esperado, y se quedasen sin provisiones, aunque en caso de emergencia siempre puedan contar con las 75 toneladas de copra. Cuando me fui a la cama, el cacareo de las gallinas y los constantes gruñidos de los cerdos me dieron la sensación de estar durmiendo en una granja. Parece que nuestros tres gatos están controlando la plaga de ratas y al menos la cubierta se ha librado de ellas. Gracias a esto, Tom puede dormir toda la noche a pierna

suelta.

31.— La isla de Nanui. Oleaje violento. Louis ha desembarcado y ha vuelto con una alfombrilla. Tin Jack se encuentra a gusto en Nanui, pues sus habitantes hablan la lengua de las Islas Gilbert, que él conoce. Desde el primer momento consideraron a Louis un *kaupoi* (hombre rico), aunque no entiende por qué, puesto que lleva solo una vieja camiseta raída y un *lava-lava*.

1 de junio, domingo.— Todavía en Nanui. *Mr*. Henderson pidió a los muchachos negros que trabajaran hoy, pues temía un posible cambio del tiempo. Les explicó que era una situación de necesidad y los chicos aceptaron de buen agrado. Después de trabajar, se reunieron y, como todos los domingos, realizaron sus oficios. Es extraño oírles cantar un himno escocés con palabras en su propia lengua o, mejor dicho, sus propias lenguas.

2.— Todavía estamos embarcando copra. Johnny, el más inteligente de nuestros hombres, me presentó a su mujer, una nativa de Nanui. Se trataba de una joven robusta y rellenita de 16 años, aunque aparentaba 25. Le di una tela de algodón con estampados y un pañuelo de seda. Un poco después, Johnny volvió con un asunto más serio. Le pidió a Louis que le acompañara a cubierta, donde se encontró con un enorme cerdo de color gris y una gran cantidad de cocos esperándole. Entre la gente de la cubierta distinguí a otro hombre con aspecto de leproso. Instintivamente miré a sus pies y el pobre también tenía elefantiasis.

El capitán me ofreció hacer una excursión en canoa. Parece que por la noche llovió un poco, el capitán cree que la inflamación e irritación que sufren mis ojos se debe a esa lluvia. Al parecer, así ocurre en estas latitudes. El capitán la sufre a menudo desde su puesto de mando.

4.— En la isla de Nanomea. Han subido a bordo dos comerciantes: el de la compañía, conocido como «Lord»; y otro «independiente», un triste anciano con ambas piernas vendadas. Más tarde nos explicó que sufría de forúnculos. Después, el misionero y su mujer, ambos nativos de Samoa, también subieron a bordo. La mujer era una muchacha elegante y agraciada con la más triste expresión en su rostro. Se lo comenté a Louis y ella, que me escuchó, me pidió que tradujera lo que acababa de decir. Con la ayuda de un diccionario, Louis consiguió comunicarle mi observación a la muchacha, y esta le contestó: «Estoy triste». Me trajo una esterilla como presente, y yo le ofrecí un vestido de colores. También compré otras alfombras a los nativos. Un hombre me siguió repitiéndome con insistencia que él y yo podíamos ser hermanos. Tenía pinta de mercenario, por lo que negué firmemente nuestro supuesto parentesco. A pesar de mis esfuerzos, logró colocar varios cocos en mi camarote para ratificar nuestros lazos.

El oleaje estaba muy alto. El bote de los comerciantes y los misioneros volcó cuando intentaban marcharse y el pobre «comerciante independiente» por poco se ahoga. La mujer del misionero nadó para rescatarlo. Al poco lo pudimos ver ya en la playa, transportado por varias personas. Durante el día, varias canoas chocaron contra los arrecifes y algunos paquetes de copra se perdieron en el mar.

Por la tarde, tuvimos una larga discusión sobre si Lord era ono un caballero. Así lo creía yo, sin ninguna otra razón que la forma que tenía de quitarse el sombrero.

7.— Hemos estado tres días en Nanomea, la última isla del archipiélago de las Ellices que vamos a visitar. No hemos podido trasladar la carga a bordo hasta hoy debido a un terrible oleaje. Varias canoas han quedado destrozadas y nuestros propios botes han sufrido desperfectos. Mientras estaba mirando con los anteojos, pude presenciar como una gran ola se llevó uno de nuestros botes hasta perderlo de vista. Un instante después, varias cabezas oscuras

surgieron entre las aguas y la pequeña embarcación tocó la playa. Otro barquillo estaba a punto de cruzar la barrera de arrecifes cuando una ola golpeó al marinero y lo tiró al mar, aunque volvió al timón casi de inmediato y retomó su rumbo. Estos grandes éxitos eran coreados con gritos de alegría por los que observaban desde el barco.

Para los nativos siempre era un gran placer ayudar a subir los botes al barco. Saben que los marineros blancos gritan y entonan un «cántico» cuando tiran de los cabos, e intentan hacer lo mismo. De todo esto resulta un ruido que más bien parece provenir de un coro de chicas sopranos. Nadie sospecharía que, en realidad, vienen de las gargantas de hombres. Nuestros marineros negros hacen lo mismo; los oímos gritar y reír como si fueran niñas desde el castillo de proa. Estamos tan acostumbrados a la vida isleña que ya apenas nos extraña y encontramos pintorescos a nuestros marineros casi desnudos (solo llevan un corto *lava-lava* alrededor de la cintura) trabajando con las coronas de flores como reinas de mayo.

Hasta hoy ninguna mujer había podido subir a bordo. Como no sabía que había gente en cubierta, me bajé al camarote. Entonces oí un grito distante: «¡Fafine! ¡Beretani Fafine!», y me encontré con ellas. Las dos mujeres que parecían de más alto rango se me abalanzaron. Johnny me explicó que habían venido a hacer intercambios. Cada una había traído un *ridi*. A cambio, querían dos piezas de tela de algodón con estampados. Como me pareció un trato poco equitativo, añadí un collar de cuentas amarillo y blancas para cada una. Estaban tan encantadas con este regalo que llamaron a los demás para que los admiraran. Entonces, empezaron a quitarse los anillos y a ponerlos en mis manos. No los quería, pero al parecer no tendría más remedio que aceptarlos, porque de repente una de ellas me quitó uno de mi dedo y se lo puso en el suyo. Hechos estos intercambios, empezaron a examinar mi vestido con admiración e intentaron quitarme la ropa. Al ver que no eran capaces, se conformaron con subirme las mangas hasta los hombros. Sus gustos diferían bastante de los míos, pues mientras yo encontraba feo el color frío y blanco de mis brazos en comparación con los suyos,

cálidos y morenos, ellas los admiraban y gritaban de emoción al verlos. Una de ellas me besó los pies (el beso de la isla) y olisqueó con suavidad mis brazos de arriba abajo. Le dijo a las demás: «Es como un negrito, me gustaría tenerla como si fuera mi niña», mientras hacía con los brazos un gesto de mecer a un bebé. Después, comenzaron a medirme los pies y las manos, comparándolos con los suyos. Eran mujeres más grandes y de proporciones más generosas que yo, por lo que los encontraron muy pequeños. Decían: «Manos y pies de negrito». Les emocionó descubrir señales de vacunas, especialmente cuando una de ellas enseñó con orgullo unas marcas «Beritani» similares. No podría decir con seguridad si eran marcas de vacunas o accidentales, pero ella afirmó que era una verdadera «Beritani». De repente, empezaron a gritar unos nombres. Asomaron las cabezas de sus maridos por las puertas y ventanas. A pesar de que me resistía, seguía teniendo las mangas del vestido subidas hasta los hombros y, muy a mi pesar, me habían bajado las enaguas hasta las rodillas. Comencé a gritar y todos los hombres desaparecieron. Desde entonces, aunque me volvieron a oler de forma ocasional, se comenzaron a comportar con mayor decoro. Una mujer insistía especialmente en que bajara a la isla con ella. Creo que tenía la esperanza de que me quedase con ella como una especie de mascota. Al final, les advirtieron que el barco zarparía pronto, y enseguida se volvieron a sus canoas.

Durante un rato, unas ocho o diez canoas cargadas de gente, estuvieron colgadas de los costados del barco, meciéndose de un lado a otro por el movimiento del oleaje. Louis y yo nos inclinamos a contemplar este precioso espectáculo. De repente, una hermosa muchacha que, según nos dijeron, iba a casarse la semana próxima, subió como un gato, se quitó un anillo y lo puso en mi dedo. Bajé corriendo a mi camarote y le di un collar de cuentas azules. Volvió a la canoa llena de alegría. No se lo puso, sino que lo guardó cuidadosamente en un trozo de tela de algodón, por lo que asumo que lo usará para la boda. Observamos las canoas sobre el oleaje. Una de ellas, llena de mujeres, volcó, pero a nadie pareció importarle un accidente tan nimio.

Mr. Hird nos contó una historia que me gusta recordar. Cuando su barco fondeó para comerciar en la isla de Penrhyn, escucharon tanto alboroto en tierra que todos los tripulantes temieron desembarcar, excepto él mismo. Cuando su bote llegó a la orilla, se encontró con una niña de unos siete años, la hija del jefe, que lo cogió de la mano y lo llevó con toda calma.

La última noche, cuando estábamos sentados alrededor de una lámpara, alguien notó que los tres ojos de buey del camarote estaban repletos de rostros mirándonos. *Mr*. Henderson volvió a su habitación y preparó algunos trucos de magia. Hizo desaparecer el dinero de una caja. Mientras hablaba con nosotros, rompió un trozo de papel de periódico y se lo ofreció a uno de los hombres que miraba por el ojo de buey. Cuando fue a cogerlo, el papel desapareció. «¡Tiaporo!» (el diablo), exclamó con los ojos desencajados. El siguiente truco consistía en arrojar monedas que desaparecían dentro de un sombrero y que luego *Mr*. Henderson sacaba de nuestras bocas, orejas o narices. Parecía que ya se retiraba tranquilamente a su camarote cuando dio un salto y cogió sobre su cabeza un dólar de plata que pareció haber caído del cielo.

Apenas entraba el aire y la luz al interior por las cabezas que llenaban los ojos de buey. Se me ha olvidado mencionar que por la tarde Louis estuvo dictándole a Lloyd para que practicara con su máquina de escribir. Vi a un sabio anciano explicando a los demás que Louis estaba entonando un cántico y Lloyd lo acompañaba. El hombre intentó seguir el tono un par de veces, pero le resultó imposible. No parecía que le gustase la supuesta canción. Una vez, incluso tuvo que contener la risa.

9.— Deberíamos haber llegado a Arorai ayer, a las cuatro de la tarde, pero no lo hicimos hasta esta mañana. Un atolón de seis millas de largo, la primera de las Kingsmills (o Gilberts). Los nativos hormigueaban alrededor del buque con sus canoas. Nos llamó la atención que estaban construidas siguiendo el patrón de las canoas indoamericanas, con madera de abedul. Las piezas se unían

con fibra de cocotero, que hacen que entre agua como si fuese un colador. Louis, Lloyd y yo fuimos a la orilla por la tarde. Louis vino en contra de mi voluntad, pues hacía mucho calor. Llevaba un martillo de mano para romper trozos del arrecife y examinarlos. Lloyd trajo su cámara. Louis encontró una roca que quería romper, pero temía no tener la fuerza necesaria para hacerlo. Encontró a un joven fornido y le propuso que la rompiera a cambio de un palo de tabaco. El joven sonrió, cogió el martillo y golpeó la roca. «Demasiado trabajo», dijo, y lo arrojó al suelo.

Un anciano nos guio a Lloyd y a mí a la casa del misionero. Su mujer, una hermosa joven samoana, y su familia nos recibieron en la puerta para darnos la bienvenida. Llevaba dos mellizos que parecían enfermizos. Bebimos cocos con ella y nos hicimos una fotografía.

Había poca tierra para cultivo en la isla, y esta estaba sujeta a fuertes sequías, aunque habían empezado a crecer numerosos árboles de pan y de yaca que todavía no daban frutos. La aldea parecía limpia y próspera. Los niños y las mujeres estaban recogiendo y transportando semillas en cestos. Lloyd y yo nos paseamos por una amplia avenida que discurría a lo largo del pueblo durante más de un cuarto de milla. Nos detuvimos para fotografiar a una anciana que, nos pareció, se había vestido para visitar el barco. La señora se encontraba en la puerta de una casa construida con listones de madera. Es la primera vez que veo una construcción de este estilo en estas islas. La casa pertenecía a un comerciante que se encontraba fuera de la isla en ese momento.

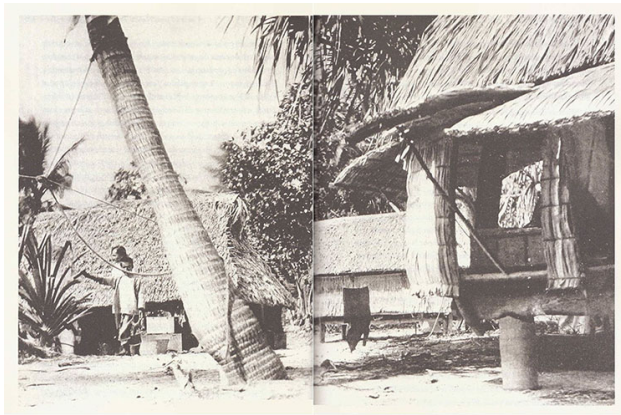
Al volver, nos cruzamos con dos mujeres altas que parecían de porte superior al resto de personas que habíamos visto. Vestían *ridis* de gala, con hojas de pandano bien aceitadas y ahumadas, que se movían de lado a lado mientras caminaban. Cuando pasaron por nuestro lado, tenían la mirada fija en el horizonte y no dieron signos de notar nuestra existencia, aunque nos seguía buena parte del pueblo. Paré y miré hacia atrás, pero ninguna volvió la cabeza. (Recuerdo que en esta isla las mujeres llevaban como adorno en la cabeza lo que parecían sombreros de muñeca. Eran del tamaño de un vaso).

En la veranda de la misión nos encontramos a Louis con un anciano indignado por no recibir atención alguna de los feligreses del misionero. Supusimos que el hecho de que estuviera rompiendo arrecifes de coral a pleno sol habría hecho pensar al resto que estaba completamente loco.

Habíamos oído hablar de un comerciante que estaba enfermo y nos dirigimos a su casa con una larga fila de seguidores, que se quedaron fuera sentados haciendo un círculo mientras nosotros entrábamos a ver al enfermo. Era desolador verlo tendido sobre una estera, con la cabeza asomada a la intemperie a través de los laterales de paja de la cabaña para poder respirar. Llevaba enfermo un mes y medio, al igual que su mujer y sus hijos. Empezó con un sarpullido, luego le dio fiebre. Se le había curado el sarpullido, pero se sintió muy enfermo durante una semana o dos, hasta que finalmente sufrió un ataque que le hizo echar espuma por la boca. Desde entonces, ha estado padeciendo dolores insoportables, sobre todo de cabeza, y se siente demasiado débil como para mantenerse en pie. Le pregunté si tenía apetito. Nos respondió que, si tenía algo para comer, lo comía bastante bien, pero que apenas podía conseguir nada. Dijo que le gustaría un poco de pescado o de carne de gallina. Su comida consistía casi por completo en semillas de pandano machacadas, tan nutritivas como comer paja. Tenía las manos y los pies pálidos y sin sangre. Parecía estar muy cerca del final. Nos contó que había nacido en Colton Terrace, en Edimburgo. «Yo también soy de Edimburgo», le dijo Louis. «Estamos muy lejos de nuestro hogar», contestó el pobre hombre con un suspiro. Nos fuimos enseguida al barco a consultar a nuestro médico, aunque yo estaba convencida de que era sarampión. Louis le comentó a *Mr*. Henderson si podríamos enviarle algo de sopa, pues cualquier alimento más sólido podría ser peligroso, dado su estado de debilidad. *Mr*. Henderson, que es un hombre muy generoso, se sintió algo ofendido porque no hubiésemos dado por sentado que haría lo que pudiera por ayudar al hombre, aunque se temía que, por sus costumbres nativas, repartiría todo lo que le diéramos con los demás. Primero se divide con la familia, y luego con los parientes lejanos, de modo que las

provisiones suficientes para un mes pueden durar solo un día. Ciertamente es un gesto de generosidad, pero uno podría también desear que los receptores de su amabilidad mostraran un poco más de gratitud. La pesca no era más que un juego para ellos, pero me temo que, a estas alturas, ni el pescado ni la carne podrán salvarle.

El misionero subió a bordo para enseñarle a Louis su ojo ciego a causa del sarampión, y le rogó que alguien se lo curara. Por supuesto, no había nadie que pudiera ayudarle, pero le aconsejaron que se cuidara lo mejor que pudiera y que, en vez de una dieta continua de semillas de pandano, intentara comer más pescado. En cuanto oscureció, el mar se llenó de botes de pesca iluminados con antorchas fabricadas con hojas de cocotero secas. La luz atraía a los peces, haciendo que salieran a la superficie alrededor de los botes. Entonces, los atrapaban con unas redes pequeñas amarradas al filo de unas varas largas. Pudimos comprobar que atraparon muchos peces voladores, y deseamos que el pobre comerciante obtuviera algún beneficio de esta fructífera pesca.



Equator Town, muestra de la esquina del dormitorio y la casa-cocina

Mientras descansaba después de mi excursión a la isla, escuché una gran conmoción: habían descubierto a un joven nativo que intentaba viajar como polizón escondido entre el carbón. No

pudieron cogerlo ni entre dos hombretones, y durante un rato largo se negó a salir, hasta que uno de los bomberos blancos se asomó por la escotilla abierta y le ofreció un palo de tabaco. «¿No vas a salir ni a cambio de uno de estos?», le preguntó con una sonrisa insinuante. «Me ha hecho señas para decirme que sí», me dijo, orgulloso de su astucia. Enseguida, salió un joven apuesto de rostro lúgubre y ojos resplandecientes. Caminó altaneramente, pasando junto al hombre sin tan siquiera mirarle a él ni al tabaco que le había ofrecido, y se lanzó por la borda, nadando hasta la orilla. Simpaticé con el muchacho y lamenté que lo hubieran descubierto, sobre todo cuando otro, que se escondió mejor, no fue descubierto hasta que estuvimos en alta mar.

Para volver al barco se suponía que debíamos coger el bote, pero teníamos una canoa a mano. Pronto empezó a inundarse de agua. Cuando ya me llegaba por las rodillas, un nativo me cogió entre sus brazos por sorpresa, antes de que tuviera tiempo de arreglarme la falda. Me levantó sin cuidado, haciendo que moviera las piernas frenéticamente en el aire. Intenté taparlas de las miradas del barco con mi sombrilla, pero me fue imposible abrirla. La canoa estaba cada vez más inundada. Su dueño nos ordenó severamente a Louis y a mí que achicáramos el agua y mandó a remar a Lloyd.

De la última isla en la que estuvimos tomamos algunos pasajeros: dos gatos en una caja de cebollas; en la isla siguiente embarcaron una madre y su bebé enfermo. Me asombró ver a la madre extender una manta gruesa y seca sobre la cubierta húmeda para su propia comodidad, dejando a su hijo sobre la fría cubierta. Hice que lo pusieran a su lado sobre la manta, lo que pareció divertirla mucho. Como el niño aún temblaba, cogí un viejo *lava-lava* de Tin Jack y lo envolví. Le advertí a la madre que no se lo quitara.

Tres barcos de esclavos, el *Moroa* (barca), el *Eugenie* (goleta) y otro, un bergantín cuyo nombre no recuerdo, vinieron a «reclutar» a esta isla en 1871. El rey, atemorizado, les ofreció todo su pueblo, excepto a los muy jóvenes, los ancianos y algunas jóvenes que reservó para su harén. No hace falta decir que aceptaron su oferta.

Una vez me encontré y conversé con un hombre que iba en uno de esos barcos.

12. — Hemos llegado a Onoatoa esta mañana temprano. El hijo del misionero se llama Painkiller.

13. — Noukanau por la mañana. Allí nos encontramos al bergantín «laboral» alemán *Cito*, terminando de reclutar hombres, sin duda para Samoa. Luego, se marchó a Piru, para regresar por la noche a Noukanau. En Piru nos encontramos con la goleta americana *LJggie* llevando a dos pasajeros.

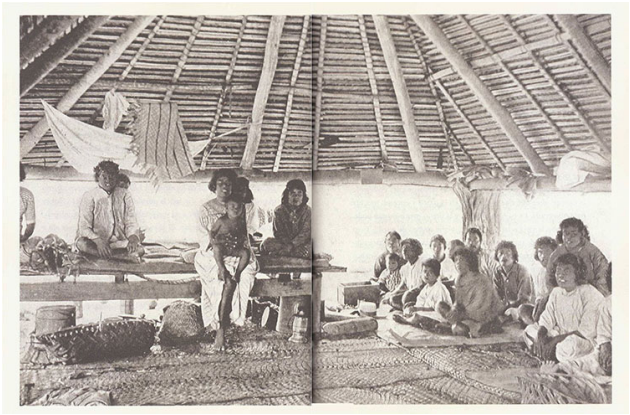
En Piru subieron a bordo Cameron, Briggs y un tercer hombre con un nombre italiano cuyo nombre no recuerdo. Briggs dijo que había hecho más dinero «ejerciendo como doctor» que como comerciante. En la isla había irrumpido una enfermedad extraña. La mujer samoana del comerciante había muerto la noche anterior y había muchas otras personas enfermas. Era muy contagiosa y los nativos no tomaban ninguna medida para combatir el contagio. Dije que sería sarampión, pero Briggs lo negó, declarando que era tifus. Le pregunté dónde había obtenido los conocimientos para «ejercer de doctor» y me contestó: «Directamente de mi padre. Mi padre era el célebre doctor Briggs. Si compras una botella de la medicina patentada con su nombre, puedes leer su historia en el envoltorio».

El «barón» y la «baronesa», en Butaritari

Cameron era un escocés de ojos azules y centelleantes: la chiflada mirada escocesa. Prestaba atención a cada palabra de nuestra conversación con una precaución astuta (en parte, consecuencia de la bebida), como si temiera ser acusado por algún error. Había sido uno de los hombres del *Wandering Minstrel*, que se hundió misteriosamente en la Isla Midway. Después de ser rescatado, el propio capitán lo acusó de no informar de la existencia de más náufragos en la isla. Ante nosotros negó estos hechos con vehemencia. Louis intentó obtener alguna pista de cómo y por qué se produjo el naufragio, pero fracasó. «Mosey», el chino que estaba en el bote con Cameron, volvió a naufragar en el *Tiernan*, una goleta de la que por poco fuimos pasajeros cuando accidentalmente fuimos abandonados en Apemama durante un crucero anterior. Louis consiguió sacarle algo más a Cameron, aunque estoy segura de que casi todo era mentira, si es que realmente había algo de verdad en sus palabras. Nos contó que había escrito un informe sobre todos los náufragos, pero que, por su seguridad, lo había dejado en una de las islas que íbamos a visitar. Antes de marcharse, le dio a Louis una autorización para recoger el manuscrito apócrifo.

De los dos hombres, uno de ellos se unió a nuestro barco. Se trata del capitán Smith. Su goleta había naufragado en la isla y se había quedado allí trabajando como comerciante. Parecía un joven

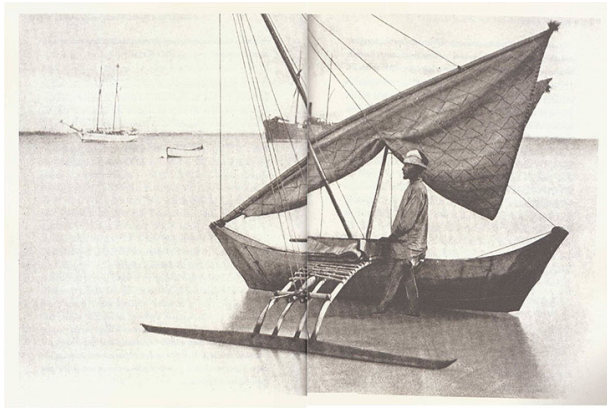
modesto e inteligente, muy por encima de la media de lo que abunda en los Mares del Sur. También conocimos a Tom Day que, sin duda, puede ser considerado «la flor del Pacífico». Tom tiene cincuenta años, una figura fuerte y un rostro expresivo como de actor. Sus ojos son de un profundo color azul grisáceo, que brillan con energía y buen humor. Dice que Tom Day no es su nombre real y que Tom Drunk —el Borracho— tampoco le vendría mal. Había desertado tres veces: «Estuve en la cárcel por ello», dijo alegremente, «si quieres, puedes ver las marcas de barras y las estrellas en mi espalda». Le encanta presentarse como el peor de los rufianes. Tin Jack le preguntó si quería volver a Sidney con él. «No podría dejar a mi vieja mujer», le contestó «y, además, tendría algunos problemas. El caso es que tengo otra mujer allí y creo que lo mejor es que me mantenga lejos». Comenzó a contar la disputa que tuvo con su «antigua mujer» cuando la llevó a Auckland. Al parecer, lo persiguió por la calle con un cuchillo en una mano y una bolsa con toda su fortuna. Le suplicó que le diera la bolsa, intentando quitársela mientras esquivaba el cuchillo. Su antigua mujer (una joven nativa, sin duda), le golpeó la cabeza con la bolsa y esta se terminó por romper, haciendo que todos los soberanos se esparcieran en todas direcciones. Por suerte, esto hizo que se terminara la pelea. Mencionó a Maraki, lo que hizo que Louis recordara una historia que había oído muchas veces.



«Eres el Tom Day que tenía la cabeza cortada de un nativo. Cuéntame la historia», le dijo. Tom la contó encantado. Un nativo le disparó sin motivo. Alguien le advirtió: «No dispares, es un hombre blanco», a lo que contestó: «Los blancos pueden parar las balas», y volvió a abrir fuego. Tom se llevó la mano a la oreja. Descubrió que la bala le había rozado y empezó a sentir como le brotaba sangre de la herida. Airado, corrió a su casa y cogió su rifle, pero el hombre, asustado por lo que había hecho, había desaparecido. Tom intentó convencer a otros para que lo ayudaran a perseguirlo y detenerlo, pero se negaron. Le explicaron que no podían hacerlo porque era un jefe y tenía a gente que le protegía. Pero uno de ellos se acercó a Tom y le dijo en voz baja: «Mejor lo matamos». Tom le contestó: «Si lo haces, tráeme la cabeza». Se dirigió a nosotros en tono de disculpa y nos explicó que «si no pedía la cabeza, matarían a cualquier pobre inocente y no tendría manera de saberlo». Esa noche lo llamaron para entregarle la cabeza: «Les dije que la clavaran en la pared y encendí una luz para observarla. La bajé de un tirón y la tiré lo más lejos que pude. Y, caramba, la vieja estaba en la calle, medio muerta de miedo. Tuvo la mala suerte de que la cabeza la golpeara y la derribara, haciendo que perdiera el conocimiento. Tuve que echarle tres o cuatro cubos de agua». Siguió con el relato con tono indignado: «Después de eso, quisieron denunciarme en Sidney, alegando que había matado a un hombre. Me encantaría entender a qué se referían, porque yo no había matado a nadie. Solo les pedí que me trajeran su cabeza, de forma que pudiera estar seguro de que era él».

Anoche hizo mucho frío y viento, y por poco sale volando mi tienda. No podía bajar, donde, desde luego, hacía más calor, pues tenía que vigilar mis pertenencias. Para esta noche he dejado todo ya atado y asegurado. Lloyd y yo fuimos los únicos que permanecieron en la escotilla. Las cebollas que había entre Lloyd y mi cama se habían podrido yemitían un olor horroroso, como aletas de un tiburón secándose sobre nuestras cabezas.

15.— Nos despertamos para encontrarnos ya en Tapituea, el destino de Tin Jack. Recogió todas sus cosas y se preparó para desembarcar con su cerdo atado en cubierta. En apariencia, Tapituea es una isla grande y lúgubre, con el lado de barlovento sumergido por completo, haciéndola muy peligrosa. No pudimos aventurarnos dentro de la laguna. Incluso si lo hubiéramos hecho, tendríamos que haber echado anclas muy lejos del lugar de desembarco. Pasó bastante tiempo antes de que alguien se acercara a bordo. Se trataba de un hawaiano que sabía un poco de inglés. Como Tin Jack parecía deprimido por las noticias que le llegaban de su isla y le fue imposible dejar sus cosas, marchamos a buen ritmo hacia Nanouti, que pensamos sería una mejor opción. Tenía una especie de socio allí, conocido como «el primo Billy Jones». No tardó en subir a bordo cuando llegamos a la isla. El hombre tenía una cabeza de gran tamaño y una mano que podía tener dinamita. Llegamos a un nuevo acuerdo con Tin Jack, pues prefería seguir en el barco todo lo que le fuera posible y acompañarnos hasta Nanouti, durante nuestra travesía de vuelta. Un joven nativo, de buena apariencia, subió a bordo con el comerciante. Llevaba un rosario alrededor del cuello, lo que me hizo recordar que había misioneros católicos en la isla. Por ello, preparé un paquetito con cuatro estampas católicas. Louis añadió una carta y Tin Jack un saquito de ajos. Dejamos Nanouti antes de cenar, con una bellísima puesta de sol. Creo que ahora estamos navegando hacia algún lugar de Apemama.



Canoa en las islas Marshall

(Parece más fácil explicar nuestra relación con Tembinoka, el formidable rey de Apemama, a cuya isla creo que llegaremos, a través de un extracto de mi antiguo diario escrito en la goleta comercial *Equator*.)

Llevábamos un mes en la isla del imponente rey Tembinoka, un monarca absoluto, que tenía la vida de sus súbditos [y la nuestra propia] en la palma de su mano. Nos dijo: «Maté muchos hombres, lamento ahora. Ya no mato». Ninguno de sus súbditos cree que haya dejado de matar, y yo misma tampoco le doy crédito. Una vez disparó a cinco hombres, uno detrás de otro, en la puerta de su *moniap* [casa nativa]. Les habrían traído por quebrantar alguna ley. Al principio eran siete, pero dos escaparon y ahora viven en otra isla. Nos contó que su padre tenía una casa en la que colgaba las cabezas de sus enemigos o, en otras palabras, gente que difería de sus opiniones o le disgustaba. Un amigo nuestro había visto la *moniap* decorada macabramente con varias calaveras. No se permite a ningún misionero u hombre blanco vivir en las islas Tembinoka [tiene el control de tres de ellas], con la excepción de Johnny, un blanco inofensivo y demacrado que habita a cuatro millas del pueblo. Por esto no sabíamos si nos dejaría quedamos y esperamos así, nerviosos, la presencia de su majestad.

Entretanto, en el barco había una gran agitación. Estaban

fregando la cubierta y todo se estaba colocando en perfecto orden. No sabía que el *Equator* podía llegar a estar tan limpio. Finalmente, oímos la llegada del rey. Nos arrimamos a la borda y vimos como la canoa real se situaba al costado. Pensamos que sería más digno permanecer en nuestros camarotes y ocultar la curiosidad que sentíamos por un hombre tan notorio. La única descripción que nos habían dado era la de ser un hombre sumamente corpulento. Pero no estábamos preparados para conocer una figura tal, un caballero por naturaleza y un rey de los pies a la cabeza. Nos observó detenidamente durante un tiempo. Más tarde, nos explicó que lo primero por lo que juzgaba a las personas era por su mirada, y después por su boca. Pasamos la prueba. Elogió especialmente los ojos de Louis. Nos dijo que podíamos bajar a la playa y permanecer en la isla como sus invitados tanto como gustásemos. Al día siguiente, escogimos una zona en la que pensamos que podía ser agradable y Tembinoka ordenó a su gente que arreglasen unas casas para nosotros. El capitán y Lloyd permanecieron en el palacio del rey toda la noche. A la mañana siguiente, se despertaron alarmados al ver a su majestad disparando hacia el pueblo con un rifle. Explicó que sus hombres eran perezosos y que ya deberían estar trabajando. La aldea entera, atemorizada, empezó a trabajar como si fueran abejas. Para cuando llegué, ya habían construido la casa en la que dormiríamos. Me recordaba a una pajarera. Tenía un techo de paja que se podía subir o bajar a voluntad, y una cocina abierta para Ah Foo [un sirviente chino que trajimos de las Marquesas]. El rey, sentado sobre una esterilla, dirigía los trabajos. Me hizo un gesto para que me sentara junto a él y me pidió un cigarrillo, a los que era muy aficionado. Cada vez que un nativo pasaba cerca de su majestad, tenía que inclinarse y andar a gatas. Incluso su propia hermana siguió este procediendo cuando se unió al grupo.

Después de establecernos en el «pueblo del *Equator*», como le llamábamos, el rey nos propuso enviarnos a su cocinero para que aprendiera de Ah Foo. El hombre que nos mandó era un joven insolente y apuesto que no tenía ninguna intención de aprender o trabajar. Se tumbaba en el suelo o se ponía a fumar mientras que Ah

Foo, que temía a Tembinoka, preparaba los platos. No cabía duda de que luego el cocinero se los presentaba al rey como si los hubiera cocinado él mismo. Esto se repitió durante un tiempo. Como las horas de las comidas de su majestad coincidían con las nuestras, la situación perjudicaba el trabajo de Ah Foo y nuestro propio confort. El punto culminante ocurrió cuando el cocinero, demasiado perezoso para bajar al pozo a por agua, se me acercó discretamente, que estaba regando las plantas y, con total descaro, se sirvió de mi cubo. Después de esto, en cuanto tuvimos la oportunidad informamos al rey sobre cómo iban las cosas y le aconsejamos que nos enviara a otro hombre con ganas de aprender. Desde ese día empezó a trabajar en nuestra cocina el mayordomo del rey, un hombre serio y habilidoso. Poco después de nuestras quejas, oímos disparos de rifle provenientes del palacio. Al rato, nos encontramos al cocinero caminando a ritmo apurado. Pasó de largo sin saludarnos y con el rostro descompuesto. Al parecer, había servido de diana al rey, y se había tenido que esconder detrás de un montón de piedras. Tembinoka vino unos días más tarde a disculparse por si nos hubiera alarmado o molestado. Nos dijo que no había tenido intención de matar al hombre, aunque nos aseguró que, de haberlo querido, lo habría hecho con absoluta facilidad, ya que era un buen tirador. Pero solo quería asustarlo. Añadió que ya había matado a las personas suficientes para demostrar a su pueblo cómo debían comportarse, pero creía que no hacía mal en recordarles de manera ocasional que tenía un rifle y podía usarlo cuando le placiera. Como se puede imaginar, desde entonces el cocinero no debió tenemos en alta estima, sabedor de que fueron nuestras quejas las que volvieron el temido rifle contra él. Al menos sirvió para mitigar sus insolencias y que se volviera más tratable.

Durante nuestra estancia, llegó la goleta *Tiernan* a comprar copra. Se detuvo en la laguna y el rey se pasó la mayor parte del tiempo a bordo. Se gastó unos setecientos dólares [en el *Equator gustó* unos mil] en bebidas. Desde entonces, empezó a emborracharse, unas veces más y unas veces menos, según el dolor de cabeza que tuviera. Anteayer, organizó una fiesta con bailes a la

que no nos invitó. A mediodía vino para decirnos que quería comer con nosotros. Su mirada era errante y su voz, estrepitosa. Era evidente que no faltaba mucho para estar completamente borracho. Notamos que estaba preocupado porque hubiesen cesado nuestras visitas a palacio y quería asegurarse de que no hubiera ningún tipo de problema. Pidió cerveza, diciendo que había bebido ginebra y vino de oporto. Se empezó a quedar dormido en su silla y se iba despertando por momentos, sintiéndose muy avergonzado. Me di cuenta de que, aun en su estado de embriaguez, utilizaba el tenedor y el cuchillo como nosotros, y no a la manera que había aprendido de «los comerciantes de los Mares del Sur». Fue un completo placer oír a Su Majestad decir: «Me quiero ir a casa». Lo pronunció como si estuviera dando una orden, pero en tono cansado. Me recordaba a un niño aburrido. Siempre se dirigía a Louis, a mí solo me hablaba en su ausencia, como su representante. Por la tarde, pudimos oír a las bailarinas en la gran casa de la palabra aplaudiendo, dando saltos y cantando. Los ruidos eran tan salvajes que parecían una jauría de perros luchando. Llegamos a pensar que se trataba de alguna clase de motín. Un tirano absoluto como Tembinoka siempre estaba sujeto a peligros, y él lo sabía. Por lo que pudiera pasar, dejamos nuestras pistolas a mano. Louis pensaba que nadie se atrevería a matar al rey, a menos que tuviera total certeza de su éxito. Y, si eso ocurría, pensaba que el caos posterior sería el momento que aprovecharíamos para dirigirnos a una enorme sala del palacio, donde podríamos armarnos. Había una pequeña posibilidad de que pudiéramos salvar la vida del rey, si es que no estaba ya muerto. Entonces, sonó el temido disparo aislado. No comprendía del todo la táctica de Louis pero, aparte de otras consideraciones, debíamos tener solo un comandante, y era él, aunque los otros no compartieran sus puntos de vista.

Después del disparo [que, en realidad, estaba dirigido a un perro, aunque nosotros no sabíamos nada], no hubo ninguna interrupción de las canciones y las danzas, lo que nos tranquilizó. Por la noche, Louis, inquieto e insomne, cogió su flageolet y empezó a tocar mientras se adentraba en el bosque, hasta que dejé

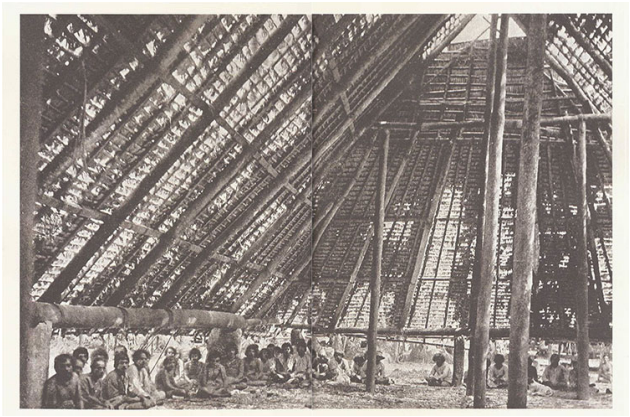
de oír su melodía. A media noche o un poco más tarde, salí preocupada de la casa para esperarle. Le vi por la calle principal, y una figura oscura seguía sus pasos. Le avisé de lo que había visto, pero estaba convencido de que se trataba de alucinaciones. Me estaba convenciendo, cuando vi a un hombre corriendo hacia palacio. Se lo señalé a Louis, que echó a correr tras él. Louis es un buen corredor, pero el hombre le llevaba buena ventaja. Cuando se sintió seguro, se volvió y vimos la cara del cocinero sonriendo. Louis lo alcanzó y se dirigió a él en «la lengua del mar». Le vi dando saltos como un saltamontes a la luz de la luna. Regresó riéndose y diciendo que le había dado una patada, haciendo que huyera aterrorizado.

Desde el encuentro con el cocinero, empecé a tener la incómoda sensación de que alguien nos espiaba, especialmente de noche. Estaba segura de que alguien había estado rondando por nuestra puerta. Temiendo caer en una alucinación disparatada, no dije nada a nadie, hasta que esa noche Louis me comentó que había sentido a alguien merodear. No quisimos informar al rey, pues hubiera matado a quien fuese al instante. No supimos nada del cocinero durante días, ni oímos hablar de él. Ah Foo creía que se habría marchado, temiendo por su vida. Me dio pena, pues estaría aterrado y, en cierta manera, nosotros habíamos propiciado esta situación al pertenecer a la temible y odiosa raza blanca.

Estábamos preocupados por el *Equator*. Se suponía que solo se iría por dos semanas, pero ya hacía un mes que nos había dejado. El *Tiernan* se había cruzado con el navío en Butaritari. El capitán Reid quería ir a Maraki a recoger a un hombre conocido como «el envenenador» y llevarlo a otra isla, creo que a Taravao. Taravao está tan cerca de Maraki que Peter Grant había ido allí en un bote pequeño. Debió haber algún tipo de problema allí que causara el retraso, pero, aun así, parecía demasiado tiempo. Nos prometió que si perdía la goleta a causa del mal tiempo, encontraría la manera de volver a por nosotros. Las aguas de estos mares, tan peligrosas y cambiantes, no nos tranquilizaban. Por suerte para nosotros, el *Tiernan* pudo dejarnos algunas reservas. Se nos había acabado la carne salada, y estábamos cansados de comer las gallinas salvajes que

Ah Foo mató con el fúsil del rey.

Hice excavar una pequeña zanja. Puse hojas caídas y secas de un árbol en el agujero. En este vacié todo lo que quedaba en la cesta de cebollas. Creo que ahora tengo casi dos docenas de cebollas creciendo. He inventado una ensalada que a Louis le gusta mucho. En todas estas islas hay un cocotero en el que crecen unas cáscaras muy dulces que se usan para lavarse los dientes. Cuando el coco dulce está todavía verde, tiene una porción crujiente en el tallo. Si lo corto, puedo añadirlo a la ensalada con aceite y vinagre o, en este caso aceite y zumo de lima, ya que no tenemos vinagre.



Casa de la palabra en la isla de Maraki

Mi diario termina aquí, de forma abrupta. Tenía demasiado que hacer como para pararme a escribir. Ah Foo cayó enfermo, por lo que me tuve que encargar de cocinar, vigilar, ser ama de casa y, por supuesto, también, enfermera. Ah Foo nos dijo que se encontraba mal [padecía algo alarmante, como difteria] con estas palabras: «Enfermo; no puedo trabajar; no puedo cocinar; nada bueno. Mejor matarme, ahora», y le ofreció a Louis un cuchillo y su garganta, preparado para el sacrificio. Estuvo muy enfermo varios días, necesitando una atención constante por mi parte. El hecho de que yo cuidara de un chino, le causó una gran impresión. Después de

esto, nos ha mostrado su gratitud de las maneras más diversas, a veces de forma inesperada y vergonzosa. Una vez, por ejemplo, insistió en disparar a unos hombres que habían pasado cantando villancicos por debajo de mi ventana y me habían despertado de la siesta. Incluso en una ocasión se ofreció para robar algo del almacén de un comerciante, puesto que, al parecer, yo no podría obtenerlo de ninguna otra manera.

Parecía una decisión imprudente dejar marchar al *Tiernan* sin nosotros, sobre todo después de haber terminado con todas las subsistencias que teníamos y con las del rey. En realidad, *Mr*. Lauterbach, el primer oficial del *Tiernan*, nos había dejado varios barriles de carne de buey en sal y Reuben [esa era la forma aproximada de cómo se pronunciaba su nombre], el mayordomo del rey, nos había regalado tres grandes trozos de carne de tortuga de otras islas. Las tortugas eran de la propia despensa del rey y nos mandó una porción generosa a cada uno. Pero estas provisiones se iban a terminar pronto. Si tal y como temíamos, aunque nadie se atreviera a decirlo, el *Equator* se había perdido, los cocos de la isla serían nuestro único alimento. Ya había recogido todas nuestras pertenencias en un cofre de madera, listo para subirlo a bordo, e incluso habíamos elegido nuestras literas. Pero, de repente, se me vino la imagen del capitán Reid y la expresión que pondría al llegar a la isla y descubrir que nos habíamos marchado sin él. Entonces, murmuré a Louis: «Louis, no quiero marcharme». Sin hacerme la más mínima pregunta, Louis canceló el viaje y el *Tiernan* izó sus velas sin nosotros. Unos días después, un temporal lo volcó y acabó hundiéndose. Años más tarde me encontré al primer oficial, *Mr*. Lauterbach, que supuse se había ahogado, en San Francisco. Me contó que, junto con algunos nativos, consiguieron enderezar un bote que flotaba boca abajo en medio de la tormenta. Solo tenían como sustento el cadáver de un cerdo, que era la mascota del navío, y el agua de lluvia. *Mr*. Lauterbach consiguió recoger la manta de un nativo, que estaba flotando sobre el agua. Por tumos, los náufragos sostenían esta manta en el aire para que les sirviera como una especie de vela. Sin esperanzas de ser rescatados en medio del mar

solitario, *Mr*. Lauterbach intentó poner rumbo hacia una isla desierta con la única guía del sol y las estrellas. Si no recuerdo mal, cuando llegaron a tierra, después de días interminables sin comida ni agua, solo quedaban vivos él, otro hombre y una mujer enloquecida. Nadie de nuestro grupo, salvo, quizás, Ah Foo, hubiera podido sobrevivir en esas condiciones. Lo más probable es que directamente nos hubiéramos hundido junto a la goleta. Así que parece que quedamos en la isla esperando al *Equator*, con nuestro escaso sustento, fue nuestra mejor decisión.

Esta noche, la estrella vespertina brilla extraordinariamente como un diamante azul. Anoche, *Mr*. Hird se acercó a la escotilla y gritó muy emocionado: «¡Osbourne, estamos pasando el *Equator*!». Lloyd despertó de un sueño profundo y corrió a popa, gritando: «¿Dónde está? ¡No lo veo!». Fue una broma de mal gusto. En realidad, se refería a que estábamos cruzando la línea del Ecuador, no la goleta del capitán Raid en la que habíamos pasado tantos meses maravillosos.

16.— A primera hora de la mañana nos encontrábamos ya en la parte exterior de la laguna costera de Apemama, justo al lado de una pequeña isla. No había signos de vida, así que, después de un rato, *Mr*. Henderson, Tin Jack y Louis bajaron con un bote a ver qué pasaba. Regresaron diciendo que el rey se encontraba fuera, visitando la isla de Kuria, así que fuimos tras él. Cuando llegamos, una canoa nos informó de que el rey se encontraba enfermo de las secuelas del sarampión. También trajo una carta muy insultante para *Mr*. Henderson, firmada por el mismísimo rey, pero escrita por un hombre blanco. *Mr*. Henderson, muy enfadado, le mostró la carta a Louis, y este propuso acompañarle para hablar con él. *Mr*. Henderson aceptó. Por supuesto, todos nos fuimos a la orilla. Louis, Lloyd y yo llevamos nuestros regalos: una chibuk de parte de Louis, Lloyd una cartuchera con una daga y yo la bandera del rey que había diseñado. Incluso después de haber recibido esa insultante carta y lo que parecía que iba a ser un encuentro poco agradable, el bueno de

Mr. Henderson me aconsejó que lo mejor sería enseñársela cuando viniera al barco, así podría verla izarse con todo su colorido y esplendor.

Nuestros muchachos negros organizaron un gran recibimiento al mensajero del rey, que se esforzó, con poco éxito, en ser agradable con nosotros. Mientras remábamos por la playa, de repente empezamos a escuchar voces que gritaban «¡Pañi! ¡Pañi!». (Fanny). Procedían de las *moniaps* donde estaban las mujeres del rey. Estaban acompañadas por su majestad. Parecía más viejo y más delgado. Nos recibió al modo nativo y no pareció importarle mucho nuestra presencia. Después de darles los regalos, Lloyd y yo nos marchamos para dejarlos hablar a solas. El rey fumó su chibuk con gran gozo y se colgó la cartuchera del hombro.

Pronto encontramos la *moniap* del harén y nos sentamos al lado de la madre de su majestad. Las mujeres nos recibieron alegremente con expresivos gestos de bienvenida. Pasamos por varias casas en nuestro camino y en cada una de ellas nos llamó la atención «la caja del diablo», muy parecida a la que compramos al curandero de Apemama, que, por aquel entonces, era el único en las tres islas. En el centro de la *moniap* se encontraba una pieza circular «del diablo» con un anillo de conchas blancas sagradas a su alrededor. Tin Jack nos siguió y nos hizo de intérprete. Parecía que varias personas habían padecido gravemente de sarampión, aunque solo habían tenido que lamentar cuatro muertes: dos hombres y dos mujeres. Los niños escaparon con ligeros ataques, pero la gente mayor sufrió mucho. El propio rey estuvo cerca de la muerte.

Comerciante blanco con su esposa «Topsy», en la isla de Majuro

Lo primero que me preguntaron las mujeres fue por la salud de Louis. Luego quisieron saber qué habíamos hecho con nuestra caja del diablo. Me temo que hemos contrarrestado nuestra accidental conversión de Butaritari al cristianismo al reforzar inadvertidamente las supersticiones paganas de estos apemanes. (Butaritari había caído en el paganismo cuando llegamos allí, pero, al mostrar una linterna mágica que proyectaba algunas imágenes de la Biblia, inconscientemente reconvertimos a toda la isla, incluyendo al rey). Un extranjero vino a curarse por medio de «la caja del diablo» manipulada por un «dogtor» (doctor). Evidentemente, quería quedarse con el valioso artículo, haciendo ofertas desorbitantes, como una tonelada de copra. Era un hombre inteligente y culto.

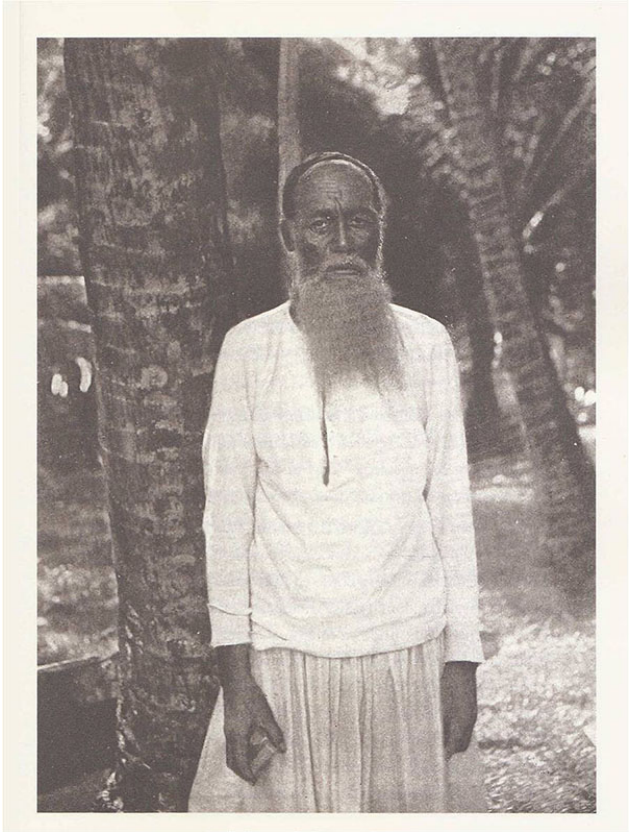
«Sabe mucho», decían. Cuando el sarampión cae sobre la tierra, enseguida piensan en «la caja del diablo» y van a rezar al lugar de oración erigido en el mismo centro de sus *moniap*. Me hubiera gustado saber si en realidad rezaban al diablo o si, iluminados por las enseñanzas de los misioneros, no se referían a Dios con ese nombre. Si es esto último, ¿qué mejor que haber aceptado a su Dios y haberles mostrado dónde habían confundido sus atributos? Eso me recuerda que me contaron cómo los nativos de otras islas confundieron una enfermedad escamosa con la lepra. Me pregunto si pensaban que se trataba de la lepra mencionada en la Biblia, que era milagrosamente curada. Incluso las personas de piel más oscura se clareaban cuando se cubrían de estas escamas.

Afortunadamente, Louis fue capaz de aclarar el malentendido que, sin duda, debió provocarlo un blanco, aunque, por lealtad, el rey no quisiera decirnos quién había sido. Louis propuso a Tembinoka que se disculpara por su carta, pero este parecía reacio. Pero cuando se le explicó que, en casos como este, un caballero inglés pediría perdón, aceptó hacerlo. Ofreció unas elegantes disculpas a *Mr*. Henderson, que fueron aceptadas. Hecho esto, el rey propuso subir a bordo. Queríamos que alguien se preparara en cubierta para, en el preciso momento, izar la bandera; así que fuimos a buscar a nuestros chicos negros, que estaban llenando grandes sacos de hierba para los animales de abordo. *Mr*. Hird se fue con ellos y los demás pedimos permiso para acompañar al rey, que nos invitó a ir en su barca. Me pidieron que me adelantara, seguida de Lloyd y *Mr*. Henderson y, finalmente, su majestad. Los chicos negros iban delante con *Mr*. Hird. *Mr*. Henderson, que no se fiaba de ellos, les gritó: «¡Hird, izad el estandarte real!». Si, en su lugar, hubiera dicho «iza la bandera», el rey le habría entendido. Los muchachos negros pusieron sus elegantes espaldas a trabajar y consiguieron llegar a tiempo para alzarla al viento. Todo el mundo gritó admirado. Tembinoka, que dirigía su propia canoa, sonreía a Louis, y este le devolvía el gesto con cariño. No cabía duda de que ver el regalo ondeando le causó una enorme satisfacción. Ya a bordo, bajamos a una cabina y abrimos el champán. Luego, *Mr*. Henderson

se fue y nos dejó a Louis y a mí solos con el rey.

Desde el momento en el que *Mr*. Henderson se marchó, desapareció la apatía que en estas islas «inunda el corazón de un rey (*Hamlet*, Shakespeare)». El viejo se cogió del brazo de Louis con una mano y del mío con la otra, y nos contó cómo, día tras día, oteaba el mar con su catalejo, intentándose convencer de que regresaríamos. A veces, esa ansia le hada ver nuestros rostros en otras personas. El día que llegamos no se sorprendió cuando nos vio en nuestro bote, pues era lo mismo que había visto varias veces mientras soñaba despierto. Reconoció el vestido que me regaló, «entonces me sentí así», y dio una fuerte bocanada de aire para expresar sorpresa y emoción: «¡O-o-o-oh!», mientras presionaba la mano contra su pecho con un gesto dramático. A menudo enviaba a un mensajero a los campos de taro para ver si seguíamos allí. «Me gusta veros».

Pero llegó el momento de despedimos. Arriaron la bandera y se la presentaron al rey, que se marchó en su canoa con un semblante muy afligido.



Kaibuke, uno de los reyes de Majuro

A Reuben le llaman ahora «el gobernador». Mientras cenábamos, alguien dijo: «Estamos a punto de levar el ancla y hay un hombre a babor que quiere hablar con usted, *Mr*. Stevenson. Miramos y allí, alegre como un mono, se encontraba "Tío Parker". (Tío Parker era un sirviente que el rey nos había concedido en la visita anterior). Le saludamos y nos estrechamos las manos. Nos contó que habían tenido más problemas con el cocinero insolente y, que en consecuencia, el rey le había disparado. Louis le hizo un regalo magnífico, seis palos de tabaco. El rey dijo que había enviado diez esterillas del capitán Reid. En esta isla existe una casa refugio en la que los criminales pueden refugiarse. Me contaron también

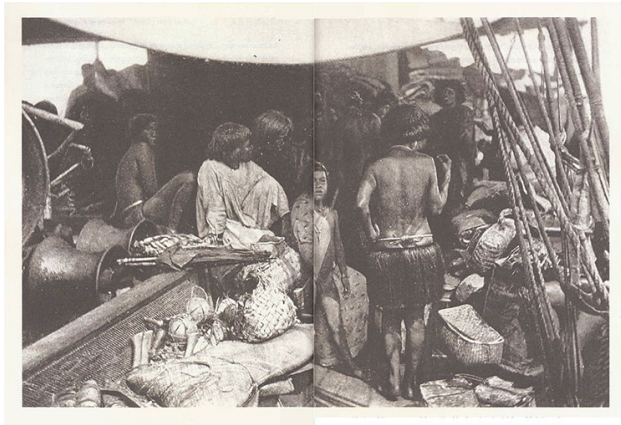
que poseen un sistema de quiromancia».

17.— Maraki. Arribamos al asentamiento equivocado. Vimos hombres en la bahía y *Mr*. Henderson envió un bote por si alguno de ellos deseaba venir con nosotros. Vinieron dos; a uno no lo conocíamos, pero el otro era un viejo conocido al que llamaban «el pasajero».

(Nos vimos forzados a raptar al «pasajero», Poel Hoeflich, un alemán tranquilo y agradable al que conocimos cuando íbamos en el *Equator*. *Mr*. Hoeflich había subido a bordo en Butaritari hacia otra isla a pocas millas de distancia, donde pensaba empezar a trabajar como comerciante independiente. Todo su equipaje y las mercancías de su futura tienda estaban ya en el *Equator*. Pero teníamos constantes vientos en contra y mar gruesa. Recorrimos la isla en vano sin poder atracar. Estábamos perdiendo mucho tiempo, por lo que mi marido informó a *Mr*. Hoeflich de que tendría que unirse a nosotros para marchar a las Samoa, que era nuestro próximo destino. Y así fue como se unió a nosotros «el pasajero», que tanto nos entretendría en este largo y tormentoso viaje. Llegamos a Apia casi a punto de naufragar, incluso perdimos uno de los mástiles superiores. Al final resultó que *Mr*. Hoeflich quedó maravillado con las Gilberts. Desde entonces, ha prosperado mucho y bendice el día en el que lo secuestramos. Cuando volvimos a encontrarle, había regresado a las otras islas para arreglar unos últimos asuntos antes de establecerse permanentemente en Samoa).

Mientras bebíamos cerveza negra, escuchamos las pocas noticias que tenía que contamos y Louis, Lloyd y yo le dimos las nuestras. Fue muy agradable encontrarlo de nuevo. Esperaba estar en Samoa doce meses. Le dejé un vestido de seda y una chaqueta para Maka y Nan Toks, y un anillo de oro para la mujer hawaiana del misionero. Este último esperaba volver a Honolulu en el *Morning Star* junto con Maka, así que nuestros regalos llegarán justo a tiempo. Louis también envió su fotografía a un joven hawaiano que conocí en circunstancias peculiares durante nuestra última visita.

(Cuando terminábamos nuestro paseo, entramos en una aldea bastante grande. El aspecto de la gente era de lo más salvaje y feo que habíamos visto jamás, con rostros toscos y poco inteligentes. Los niños, algunos de ellos ya relativamente mayores, iban completamente desnudos. Los jóvenes parecían más bien pequeños ancianos, con sus rostros y sus ojos ojerosos reflejando preocupación. Vi una danza de San Vito. Algunos de los bailarines estaban afectados de hidrocefalia y otros tantos padecían infecciones en los ojos. Muchas muchachitas tenían la cabeza completamente rapada, excepto un pequeño mechón de pelos en la nuca, causando un efecto curioso. Las mayores tenían el cabello muy alborotado. Casi todas llevaban un collar hecho de pelo trenzado con una concha blanca o roja ovalada colgando como un medallón. Vimos a una arrogante muchacha, algo obesa, que se iba a casar. Se pavoneaba con un pañuelo blanco, retorcido como una corona, sobre su cabeza. Casi todas las mujeres llevan sobre su *ridi* un cinturón con cuentas redondas construidas a partir de cáscaras de coco).



Harén e hijo pequeño del rey Tembinoka a bordo del *Janet Nichol*, en el trayecto de Aranuka a Apemama

Mientras paseábamos por la aldea, todos los lugareños se unieron. Nos detuvimos frente a la iglesia, un edificio hecho de

hojas de cocoteros, con un campanario de hojas trenzadas en la cúspide del frontón. Había incluso una campana sobre esta enciende estructura que parecía que una simple brisa podría hacerla desaparecer. El suelo de la iglesia estaba cubierto de alfombras que se renovaban cada año. Me llamó la atención una serie de cuerdas colocadas a la altura de un hombre. Seguían una especie de patrón. A lo largo de estas se colgaban, por intervalos, tiras de diversos calicós de colores brillantes. Creí que eran algún tipo de ornamentación, pero me dijeron que servían para que jugaran los niños. Me hubiera gustado ver de qué juego se trataba, aunque, en realidad, no creo que lo sea. (Más tarde supimos que la extraña decoración tenía el propósito de apaciguar al «chinch», un terrible espíritu o, más bien, el demonio). Preguntamos por el misionero y se acercó a recibirnos un joven hawaiano de buen aspecto que nos saludó con un agradable «¡Aloha!». Su casa era nuestro punto de encuentro con el capitán. Nos explicaron que el misionero se encontraba reunido en consejo con «los ancianos».

La isla es una república gobernada por «los ancianos». Para llegar a esta distinción, se debe ser muy rico o haber realizado actos de gran valor en tiempos de guerra. Acompañados por el hawaiano, llegamos al edificio del consejo. Allí nos encontramos al misionero, un hombre grande e imponente, mitad nativo, mitad chino, con un largo y elegante bigote blanco y espeso cabello gris. Se me ocurrió preguntar al hawaiano dónde podría comprar uno de esos cinturones de cocos que usaban las mujeres. El hombre se volvió hacia una de las jóvenes y le preguntó por cuánto me vendía la suya. Un dólar. Le di medio dólar y dos monedas de un cuarto, pero el hawaiano consideró excesivo el precio y me devolvió la mitad del dinero. «Ellos las venden por dos anzuelos», me dijo, «en realidad, es un robo, pero como ya había visto las monedas, hubiera hecho todo lo posible para conseguirlas. Quizás acabe pidiéndote la otra mitad». Llevamos a cabo el intercambio y, después de confabular con sus vecinas, efectivamente, la mujer me pidió el resto. Entonces, el hawaiano le pidió que le devolviera el dinero y le dio el cinturón. En ese instante, los hombres empezaron a gesticular furiosos y los

ancianos del consejo a gritar amenazadoramente, mientras el hawaiano los miraba con los ojos desafiantes de un gato en la oscuridad. Temerosa de lo que pudiera ocurrirle después de que nos fuéramos, le pedí que me dejara darle la cantidad que querían, pero no me hizo caso y el asunto fue a peor. Finalmente, nos alejamos de la multitud agitada, y nos dirigimos a la agradable casa del hawaiano. Por el camino nos entretuvo enumerando las últimas leyes dictadas por el consejo de ancianos: bailar, una multa de un dólar; esconder armas, cinco dólares; matar, quince; robar, veinticinco; y mentir, cincuenta dólares. Pero al poco fuimos rodeados por una multitud furiosa. El hawaiano caminó con determinación hacia ellos, mostrando los puños y creo que intercalando en su lengua palabrotas en inglés. Después de hacerles retroceder, echando fuego por los ojos y riéndose en sus propias caras, volvió para comentarme el significado de la escena. Los ancianos habían inventado una ley contra él, convirtiéndole en *tapu*, para que no pudiera comerciar con nadie.

Me sentí mal por ser la inocente causa de sus desgracias, pero me dijo que no le importaba y que pensaba abandonar la isla de todos modos. Se había casado con una nativa de Maraki y la había traído a la isla para visitar a sus familiares, pero ahora tenía las mismas ganas de marcharse que él. Cuando íbamos a partir, apareció con un cinturón que, no sé cómo, había conseguido. Su mujer nos regaló una gallina joven. Afortunadamente, llevaba una hermosa corona de flores en mi sombrero y se la ofrecí como regalo.

Nos fuimos de Maraki bastante satisfechos, todo se había tranquilizado. Aún faltaban cuatro días antes de nuestra marcha definitiva. Durante ese tiempo, fuimos constantemente asaltados por comerciantes que se acercaban para suplicarnos algo de beber, comprar o vender cualquier cosa.

Acabamos de conocer al «hombre malo» de los Mares del Sur descrito en los libros de historia: Peter Grant. Siempre va acompañado por «Little Peter», un chico amable y sencillo que vive en la isla desde los trece años y habla en un inglés excelente, con un ligero acento de la lengua nativa y un característico arqueamiento de

cejas. [Little Peter moriría poco después, envenenado; se supone que asesinado]. Peter Grant es el más odioso rufián que he conocido en mi vida. Su rostro contiene la cicatriz de una quemadura y está llena de arrugas, incluso en sitios en los que ningún otro ser humano tiene. Su frente es estrecha y retraída. Tiene los ojos muy claros y muy juntos dentro de su enorme rostro demacrado, con una extraña mirada escamosa. Su nariz aguileña y escuálida casi toca el labio superior y está inclinada hacia la izquierda como consecuencia de un golpe. Los ásperos labios de su estúpida boca están repletos de cortes. Una de sus peculiaridades más desagradables es lo que Louis llamaba «las patas de gallo entre sus ojos».

El último día en Maraki, Lloyd y yo desembarcamos acompañados del capitán, que nos dijo que tenía que resolver «algunos negocios» con un misionero. [El misionero hawaiano que iba a viajar en el *Morning Star* con nuestra querida Maka de Butaritari]. Sabía que el negocio tenía algo que ver con un *tapu* de Peter Grant de hacía seis meses, pero no sospechaba que se preparaba una encerrona al viejo misionero. De ser así, nunca habría ida Nos encontramos a mi amigo, el joven hawaiano, que nos acompañó a la casa de los misioneros. Allí me ofrecieron el mejor asiento y me trataron con la mayor cortesía, mientras contaban un sinfín de tropelías. Little Peter actuaba como intérprete. El misionero fue acusado, primero, de instigar a los nativos para que dictasen un *tapu* sobre Peter Grant Creía que lo iba a negar, pero no lo hizo. Con la cabeza y los hombros bien altos, permaneció sentado, mostrando una mirada impenetrable en sus ojos achinados y manteniendo el control de la situación. Solamente lo vi nervioso cuando trajeron al líder de los ancianos del consejo para interrogarlo. El misionero intentó llamarle, pero un comerciante saltó hada él amenazándole con el puño y ordenándole que guardara silencio. El misionero sonrió desdeñosamente, pero algunas gruesas gotas de sudor empezaron a resbalar sobre su cabeza y cuello, y las manos le temblaban ligeramente, mientras su enorme pecho ascendía y descendía agitado. Pensé que observarlo podía ser un gesto poco delicado, aunque lo único que quería era mostrarle mi

simpatía, así que, en su lugar, efectué un leve movimiento de cabeza para girarme. Como si hubiera leído mis pensamientos, me miró a los ojos y, acompañado de una encantadora sonrisa, me abanicó y luego me hizo una reverencia.

Danza en Apemama

Afortunadamente, el intento de advertir al anciano fue suficiente. En realidad, este parecía ser bastante obtuso en su esfuerzo por entender para qué lo habían llamado. El cargo contra el misionero pasó a ser el de ladrón, supuestamente por haber robado a un hombre muerto. Respondió: «Pongamos este asunto en manos del primer buque de guerra que llegue o del *Morning Star*», barco que se esperaba que arribase cualquier día. Ante la mención del *Morning Star*, los comerciantes empezaron a gritar furiosos y a hablar todos a la vez. Por primera vez, el misionero les replicó que ellos venían con el único objetivo de propiciar bienestar a la gente y que la única dificultad con la que se encontraban eran las debilidades del hombre blanco. Siento decir que me dio la impresión de que, ciertamente, estuvieron cerca de descubrir algo escondido en todo este asunto, y que hubiera jugado en contra del misionero, pero no creo que se tratase exactamente de lo que los comerciantes estaban buscando. De cualquier forma, eran demasiado inocentes para darse

cuenta. Al final, tuvieron que hacer una pausa y no consiguieron nada en absoluto. Lloyd y yo temíamos que el misionero pensase que estábamos de parte de los comerciantes, pero él nos tranquilizó con su mirada. Apartando a la gente, estrechó nuestras manos. Yo apreté la suya y le expresé todo lo que pude con mi sonrisa y mi mirada.

Al marcharnos, la mujer del misionero me regaló un pollo. El hawaiano se unió a nosotros y, cuando pasamos por su puerta, su mujer me dio otra gallina. Yo le había hecho un paquetito con un peine rojo, un collar de cuentas, un frasco de perfume y un jersey de verano de rayas azules y blancas. También le di un pañuelo a su marido. Al día siguiente subieron a bordo con su hija pequeña para devolvernos la visita, y nos trajeron otras tres aves y una bellísima alfombra con unos estampados que nunca había visto antes. Louis estaba muy contento con mis amigos y prometió al hombre que le enviaría una fotografía suya. Para nuestra sorpresa, cuando nos despedimos, le pidió a Louis su tarjeta, un gesto civilizado que no esperábamos. No existe ni una sola isla en la que no echemos de menos a alguien y a la que no nos alegremos al volver, aunque esta fue la única en la que nuestros amigos eran extranjeros.

Con varias velas izadas, seguimos hacia Jaluit. Se han peleado una oveja y un cerdo; una situación bastante cómica. Para su dicha, ambos fueron liberados de la tensión por un transeúnte que pasaba por allí. Los chicos negros están jugando a las cartas en el castillo de proa. *Mr*. Hird y Foo-Foo (un chico negro) han cantado esta tarde.

18. — Hace mucho calor. Hemos desplegado todas las velas. Uno de los botes ya está colgando a un costado del barco, con sus velas también izadas, una imagen que me resulta muy extraña de ver.

19. —Jaluit, la sede alemana del gobierno de las Marshalls, archipiélago ya del hemisferio Norte. Entre los árboles pudimos ver la casa del comisionado, hecha de terracota pintada de rojo, con un

aspecto muy bonito. Fuimos a la orilla. Un día muy caluroso.

Nos vestimos para la ocasión. Louis llevaba sus mejores pantalones, calcetines de seda amarilla un tanto extraños, hechos por su madre como regalo de despedida; zapatos blancos, algo sucios, y una chaqueta de lino blanco que no podía abrocharse por su curiosa forma. Se suponía que el reloj de oro y una cadena podrían cubrir todas las deficiencias del conjunto. Yo lucía un vestido azul nativo, totalmente oculto por una larga chaqueta negra de encaje. Sobre la cabeza me coloqué un turbante negro con velo moteado. Sin duda alguna, los pies eran nuestro punto débil. Mis calcetines eran rojos y mis zapatos estaban llenos de cortes por el coral. Como no tenía guantes, dejé que todos mis anillos brillaran con valentía bajo al sol. Aún a bordo, nuestro aspecto causó sensación y fue considerado de lo más respetable, reflejando el gran crédito del *Janet*. El comisionado nos recibió en la puerta de su domicilio. Nos ofreció vino y, mientras lo tomábamos, entró el capitán Brandéis (un refugiado político de Samoa), un hombre delgado con una cabeza pequeña y unos ojos extraordinarios, de una negrura resplandeciente, que parecían rehuir el encuentro con otras miradas y, al mismo tiempo, desafiarlas con nerviosismo. Estaba pálido. Pensé que se había preparado mentalmente para mantener un encuentro poco agradable con Louis, pero pronto cambió y ambos se enfrascaron en una profunda conversación. Enredé al comisionado en una charla frívola para que Louis pudiera seguir con el capitán. Quedó completamente fascinado por este hombre, y no es de extrañar. Parecía un hombre capaz de las más heroicas hazañas; unas veces, sobrenaturalmente sabio, y otras, proporcionalmente necio; una persona nacida para vivir aventuras, pero nunca para tener éxito.

El comisionado me enseñó el «jardín», que consistía en aproximadamente un acre de plantas propias de las islas altas, que crecían en tierra traída en barco de otros lugares. La habitación del comisionado estaba adornada con armas nativas, armaduras, etc. Me prometió una carta náutica hecha por los nativos para Louis. Estas me resultan muy curiosas. Están fabricadas con palos, algunos

curvados, otros derechos, unidos aquí y allí por pequeños cauris amarillos. Las conchas representan islas, mientras que los palos corrientes, vientos y días de vela. Las distancias entre las islas no tienen nada que ver con las millas, sino con las horas de viaje. Estos mapas son muy poco usados hoy día. Solamente los jefes más ancianos saben hacerlas, pero hubo un tiempo en que, para ser jefe, los jóvenes teman que pasar un examen de cartas náuticas, que tenían que aprenderse de memoria. Comimos con el comisionado y, poco después, sonó la sirena del barco. Subimos a bordo y pronto pusimos rumbo a Majuro.

20.— En Majuro, temprano por la mañana. Una perla de atolón. La laguna costera es grande y redonda, pero no lo suficiente como para que pudiéramos seguir directamente la línea de la costa. La entrada está rodeada de una serie de encantadores islotes, todos muy verdes. La laguna es de agua clara y brillante, del color de la crisoprasa. *Mr.* Henderson nos ofreció un refugio a sotavento de la isla, así que nos llevamos mantas, sábanas y una linterna. Era un viejo mirador de una sola habitación, con celosías que servían de ventanas a ambos lados de las paredes. La puerta tenía un cerrojo.

Me llevé mis pinturas e hice un retrato de una chica nativa que su marido blanco llamaba «Topsy». Era una criatura pequeña y delgaducha a la que le gustaban mucho los vestidos. Siempre se encontraba con otras mujeres en una especie de cobertizo para los botes en el que parecían vivir. Su grueso cabello negro brillaba con aceite y estaba cuidadosamente trenzado con un peinado distinto cada hora. Unas llaves le colgaban de sus numerosos collares. Siempre estaba ocupada en una cosa u otra; la podías encontrar fabricando collares con tiras de hojas de pandano, otras veces tejiendo un vestido con la mayor de las destrezas, alimentando a su mono («monkaia», lo llama) o a su perro bonachón. La más interesante de todas sus tareas era ver cómo sacaba sus cosas para ordenarlas. Tenía dos cofres de madera muy bonitos llenos de telas de algodón con estampados, pañuelos de colores y varios accesorios

de baño. Nos enseñó con orgullo las palabras «Majuro» y «Topsy» que tenía tatuadas en ambos brazos. Aparentemente, era una náufraga de otra isla y consiguió llegar aquí en una canoa, siendo la única alma superviviente. Era una completa ignorante. Cuando alguien decía algo sobre el corazón, decía que ella no tenía y que todo era carne. Topsy posó para el retrato sin mover un solo pelo y sin pestañear, como si se tratara de una fotografía. Intenté en vano explicarle que no tenía que esforzarse tanto. Solo conocía media docena de palabras en inglés y, cuando le hablaba, intentaba contestar frunciendo los labios, sin moverlos. Le ofrecí una corona de flores que le encantó y, antes de marcharnos, le regalé una blusa de seda roja con un canesú y un bordado en los puños de las mangas. El capitán, Louis y Lloyd estaban conmigo cuando se lo di. De inmediato, se quitó la parte superior de su vestido, mostrando su pequeña y bonita figura, pero le hicimos ponerse la blusa rápidamente. Topsy trata muy bien a sus doncellas, que viven en un cobertizo de los botes y duermen sobre una alfombra al lado de sus dos cofres, su perro y la más valiosa de sus posesiones, su «*monkaia*». Un conocido del capitán trajo un gran mono a las islas Salvajes, pero sus habitantes no permitieron que se quedara, pues decían que dañaba su dignidad.

En Majuro hay muchos caminos bien cuidados, y cruzar la isla hasta nuestra cabaña era como pasar por una casa repleta de palmeras. Por la mañana temprano, cuando alguien se acordaba, nos traían ponche de palma fresco (sabe como el champán dulce y es muy saludable. Es muy distinto del ponche agrio o fermentado). Una vez también nos ofrecieron té.

Louis durmió conmigo en la playa una o dos noches. Luego, como estuvo lloviendo mucho, se quedó a bordo y yo dormí sola. La primera noche, hacia las dos de la mañana, me desperté con la sensación de que no estaba sola en la habitación. Sin moverme, intenté ver lo que pasaba y encontré a dos nativos moverse a la luz de la luna, a cierta distancia. Les grité con la voz más grave y más autoritaria que pude: «¿Quién está ahí? ¿Qué es lo que quiere? ¡Salga a la luz!». Entonces, después de algunos momentos de vacilación,

desaparecieron. Otra noche, cuando Louis aún dormía en el mirador, la habitación se llenó de una agradable fragancia. Durante un buen rato no supimos distinguir de qué se trataba, hasta que nos dimos cuenta de que era el olor producido por el fruto del pandano. Algunos me gustan mucho; son jugosos, fragantes, con el agradable sabor de una buena manzana. Un nativo había entrado en la casa silenciosamente, quizás por curiosidad, sin pensar que lo traicionaría el olor del fruto que mascaba. Parece que todos pensaban que no debía quedarme sola en un lugar tan alejado, así que Louis vino y se quedó a dormir en la alfombra.

Un día, mientras estaba hablando con Topsy en su puerta, la mona se soltó de la cadenita que la ataba y, de un salto, empujó a una niña que se golpeó contra una señora, que rápidamente se la quitó de encima, quedando boca abajo sobre la arena. Lloriqueó en silencio, pero no se movió ni dijo nada. Ni una sola alma se acercó para socorrerla, pero la mona «monkaia» saltó sobre su cabeza como un demonio y comenzó a morderle y a tirarle del pelo. Yo la aparté como pude, mientras los hombres y las mujeres ni se movían, riéndose. Les grité amenazante que recogieran a la niña mientras yo sujetaba a la mona. A la mañana siguiente, mientras hacía el retrato de Topsy, la chiquilla se sentó detrás de mí para mirar lo que hacía. Entre las patas del taburete había dejado la botella de aceite y una cesta con coral que me acababan de dar. De repente, la niña se tropezó, cayendo en la cesta y vertiendo el aceite. El instinto de salvar la propiedad impulsó esta vez a Topsy y llevamos a la niña a un lugar más seguro.

Una tarde pregunté el nombre de una chica de belleza deslumbrante que había visitado el barco. «Neel», me respondieron. «¿Cómo le pusieron ese nombre?», volví a preguntar. «Oh, fue porque era una niña muy aguda y un hombre blanco dijo: "Es tan aguda como una aguja" (*needle*), y de ahí salió el nombre». «Neel» era lo más cercano a su pronunciación correcta. Me dijeron que era muy buena imitando y actuando. Le ofrecí una corona de flores y, a cambio, aceptó hacer una demostración de sus habilidades con la condición de que se fueran todos los hombres blancos. Primero dijo

(a través de la interpretación de Johnny, que era mestizo) que representaría una escena en la que una nativa muy conocida, que tenía algún tipo de trastorno del habla, iba a visitar a una vecina. De inmediato, su rostro redondeado se llenó de cientos de arrugas. Apretó sus gruesos y pronunciados labios hasta hacerlos delgados. Hablaba como una persona con el paladar hendido, muy charlatana, formulando preguntas muy educadas sobre una familia que se suponía estaba visitando, pero nunca esperaba que contestaran. Tras esta imitación, adquirió un aire puritano y, con un discurso mordaz y preciso, ofreció el sermón de un misionero inglés. Imitó a la perfección la voz del hombre y su acento inglés. Si no hubiera sabido que era la chica la que estaba hablando, hubiera pensado que era el propio misionero.

Me dijeron que aquí se dedican al «trabajo del diablo» y lo llaman «bu-bu», lo que me recuerda a la forma de hablar de los negros. Cuando las viejas brujas (todas las brujas son viejas) quieren que un barco acabe estrellado, corretean por la orilla recitando sus conjuros y alzando un palo largo al que han atado un trapo rojo. Así me lo contó un hombre que encalló aquí.

Una tarde me pasé por la casa de *Mr*. M, mientras esperaba que alguien subiera a bordo por mi llave, que había olvidado. Tin Jack, que también estaba allí, me regaló un hermoso trozo de coral en forma de cuerno que pertenecía a nuestro anfitrión y algunas hermosas esterillas muy elaboradas. *Mr*. M nos llegó a dar cuatro. También le pidió al capitán cuando pasó por la casa que escogiera un par de las mejores.

El pobre *Mr*. M, pensando que debía ser más generoso conmigo, me regaló una botella con un extraño pez preservado dentro de ella, pero *Mr*. Hird, para mi descontento, se lo impidió, alegando que no era un presente «adecuado para una señora».

Las Marshalls parecen unas islas muy húmedas y pantanosas, aunque eso permite que el árbol del pan y los plátanos crezcan con gran facilidad. Teníamos previsto comprar toda la copra de Majuro, pero el sarampión hacía estragos en las islas. Incluso el rey, el viejo Jebberk, a quien deseábamos ver, agonizaba. Dos jefes subieron de

visita al barco, ambos de aspecto educado e inteligente. Uno de ellos vestía una estera y una especie de camisa muy cómica, con el pelo recogido hacia arriba siguiendo la moda japonesa. El otro llevaba una enagua roja y azul sujeta a su cintura con un cordón hecho de fibras locales. Alrededor de su cuello lucía un collar de conchas rosas y llevaba el mismo peinado que el otro. Habíamos terminado de comer cuando llegó el último jefe, que se sentó solo en una esquina de la mesa. Le regalé una de las mejores coronas de flores para su reina; la admiró complacido y la examinó una y otra vez. Finalmente, me la devolvió y la señaló, diciendo: «¿Qué quieres?». Se refería a qué era lo que quería a cambio de la corona, y le contesté que nada. Fue un error que más tarde Louis tuvo que rectificar. El jefe preguntó a través de un intérprete cuánto faltaba para que la *Janet* zarpara, pues todas sus cosas estaban en el poblado y quería darme algunas esterillas. Louis le contestó que íbamos a partir casi de inmediato, pero que, cuando volviéramos, estaríamos muy felices de recibir su regalo. La respuesta causó efecto, y el jefe manifestó estar satisfecho.

24.— Dejamos Majuro.

26.— De nuevo en Jaluit. Fuimos a ver al comisionado para recoger las cartas náuticas de la isla. Louis y el comisionado, junto con el capitán Brandéis, cotejaron los nombres de las islas con los mapas que traíamos de Europa, pero no fue posible. Consultaron a un blanco que llevaba treinta años en las islas y después a un nativo, pero incluso ellos parecían confusos. Finalmente, acordaron que el blanco se reuniría con el encargado de los mapas (ahora ausente), para elaborar una leyenda completa y enviado a Samoa. Lloyd compró cerveza alemana excelente y yo dos cajas de dulces, un par de cestos de la isla Nauru, varias piezas de caparazón de tortuga y algunas salsas abominables. El comisionado me regaló dos conchas, el capitán Brandéis otra, muy bonita, junto con una concha de

madreperla negra como las que se emplean para comerciar en las islas Gilbert.

Nos marchamos el mismo día con la ayuda de una goleta.

27. — Llegamos a Namorit. Louis desembarcó en la orilla, donde se encontró con un malvado anciano que luego aparecerá en la «Isla de Falesa».

28. — Nos encontramos por la mañana en Ebon y anclamos en un lugar opuesto a donde ocurrió el naufragio del *Hazeltine*, una goleta americana. Partimos pronto esa misma tarde.

1º De julio.— Llegamos a Apiang y anclamos fuera del arrecife. Louis está enfermo. El capitán Tierney vino en su canoa. No hay copra. Los misioneros y un general tapu estaban al mando. Rumbo a Tarawa.

3.—En Aranuka, una de las islas del rey Tembinoka. Louis sigue enfermo. Estaba descansando en su litera cuando el rey y su gente llegaron a bordo. Un hombre de rostro agradable que, como los demás, estaba estrechando manos, me preguntó por Louis y quiso verlo. Le informé de que se encontraba enfermo e insistió en que lo llevásemos ante él de inmediato. Creo que era uno de esos curanderos. Louis me contó que se quedó al lado de la cama, con las formas suaves de un profesional europeo, preguntándole por sus síntomas y, con mucha preocupación, si había algún «dogtor» en las Samoa.

Un poco más tarde, una mano me tocó el hombro. Me volví y vi al rey Tembinoka, sonriente. Me cogió de las manos. Tenía mejor aspecto. Se mostró muy preocupado por la enfermedad de Louis. *Mr*. Henderson va a llevar el barco del rey de vuelta a Apemama con

su harén y su séquito.

4.— Nos pusimos en camino a las ocho de la mañana con doscientas personas en cubierta: todas las mujeres del rey, sus guardaespaldas y sus sirvientes. Tomamos rumbo hacia Apemama con la bandera de su majestad ondeando al viento en el palo mayor. Toda la cubierta del barco estuvo repleta de nativos durmiendo por la noche. Había, además, varios bebés y tres perros, uno de ellos con una mirada extraña de unos ojos como de cristal. La esposa favorita del rey llevaba un bebé chato en brazos, al que amamantaba cuando no podía dormir o lloraba. Todas las mujeres importantes tenían su caja del diablo a buen recaudo y nos preguntaban por las nuestras mediante sus intérpretes, pero siempre se referían a ellas de un modo indirecto. Uno de los intérpretes me preguntó si me había llevado algo valioso de Apemama. Cuando le contesté que sí, quisieron saber dónde lo guardaba. En otro momento, Louis y yo le comentamos al rey algo acerca del silbido emitido por el barco de vapor. De inmediato, su majestad asumió que estábamos hablando de dicha caja y nos aseguró que no temamos que preocuparnos por si la concha de su interior (representando a Tiaporo, el diablo) hacía ruido. Nos explicó que solamente tendríamos que darle algo de tabaco para que se callara y tranquilara. Pensaba que este sonido era una buena señal, ya que cuando Tiaporo hacía mucho ruido, significaba que la concha se encontraba en el orden mediúmnico correcto. Aunque confesó que siempre sería mejor que tuviéramos a un «dogtor» cerca. Un cuarto de hora después, todas las mujeres del rey se mostraban más y más interesadas por nuestra caja del diablo; las noticias sobre Tiaporo se habían extendido y no paraban de comentarse con emoción.

La algarabía en la cubierta era constante. Descargaron una embarcación tras otra y montones de los más extraordinarios enseres domésticos bloqueaban todos los espacios que deberían haberse mantenido libres. Al menos veinticinco recipientes de zinc vinieron en un solo bote. Había máquinas de coser, cajas de música de

palisandro, hachas, palas y alfanjes, incómodas almohadas, todo tipo de bolsas y cestas imaginables, cáscaras de coco de jarabe de ponche y agua; cocos de todo tipo; también grandes paquetes de pudín nativo (taro gigante machacado con jarabe de pandano y leche de coco, horneado bajo tierra en hojas de taro), y montones de palos hechos de lo que llamamos serrín dulce. Todo estaba lleno de cestos de madera de alcanfor y paquetes de tela. Una mujer buscaba en vano un lugar para guardar su perforador de orejas, un artefacto hecho de madera negra dura, de unos dos pies de largo, con una circunferencia de un par de pulgadas en el centro y una punta muy afilada en cada extremo. Alrededor de cada lado del centro, donde se pretendía que la mano lo agarrara, había un anillo de plumas amarillas trabajadas con pelo humano. Se parecían a las plumas reales hawaianas (también las he visto en las islas Salvajes), pero no he visto nunca el pájaro que las produce.

La presencia del harén casi vuelve locos de la emoción a nuestros chicos negros; fue un milagro que ninguno acabase muerto. Verlos izar los botes a los pescantes usando toda su fuerza es todo un espectáculo. El harén se encontraba reunido a proa y se les colocó un tapu alrededor. Las damas de menor rango buscaron los lugares que más les agradaban y se divirtieron mucho más que las demás, pues los muchachos negros cantaron, bailaron y gritaron con alegría toda la noche. Las ancianas de alto rango (entre las que se encontraba la madre del rey, irremediablemente borracha de ginebra, su tía y una o dos mujeres mayores más) pasaron la noche en el puente del capitán. Todos muestran el mayor afecto posible hacia nosotros, en particular nuestros viejos amigos y nuestra sirvienta «Snipe». («Snipe» es una de las tres chicas esclavas que el rey nos dio cuando estuvimos anteriormente en Apemama, en Equator Town. Las otras dos se llamaban Stodge y Fatty). La chica buscaba cualquier oportunidad para ponerse a mi lado, acicalándome el pelo, acariciando mis manos y poniendo su brazo alrededor de mi cintura o hurgando en mis costillas con sus codos, riendo sentimentalmente todo el rato.

De noche, ya muy tarde, tío Parker se escabulló silenciosamente

hasta el salón y se sentó en cuclillas sobre el suelo con una amable sonrisa. Ni se ofendió ni se sorprendió cuando Louis le echó del lugar. Yo no hubiera tenido el arrojo de hacerlo, aunque era lo correcto. Había un hombre que nos había encontrado en Butaritari. Nos trajo noticias de nuestros conocidos. El gobernador de Tembinoka, a quien habíamos conocido como Reuben, pero ahora decía llamarse Raheboam, me rogó que hablara con el rey y le preguntásemos si podía venir con nosotros, pero le aseguré que sería inútil: el rey no podía permitirse el lujo de desprenderse de un hombre de su talento y sus habilidades.

En el castillo de proa se encontraban los desafortunados exiliados de Perú y, entre ellos, nuestra «tripulación del barco», que parecía muy bonita y pertinaz, pero que no había crecido. Hace algunos años, no sé cuántos, un grupo numeroso de nativos de Perú, pensando en ver el mundo, compró billetes de ida y vuelta de la línea Wightman a una de las otras islas. Se les advirtió que debían arriesgarse a encontrar una goleta para poder regresar. Ninguna lo hizo, pero fueron de isla en isla, acercándose cada vez un poco más a casa en cada viaje. El muchacho llamado «Tripulación» había sido un sirviente nuestro en Apemama, uno de sus lugares de parada. Ahora se les va a llevar a Nanouti, una estación mucho más cercana a casa. Un anciano que deseaba morir en su tierra natal aún vive, a pesar de que parece centenario, con una cabeza totalmente calva salvo un mechón en la nuca.

5.— En Apemama. Tin Jack tuvo que vender una canoa al rey, que insistía en quedársela. Costó cinco dólares y el rey dio veinte por ella, así que, como especulación comercial, no fue una pérdida. Cuando su majestad subió a bordo esta mañana, puso una fina estera en mi regazo. Más tarde, se oyó un gran lamento en la cubierta de proa. Una mujer que se había apoderado del marido de otra mujer estaba siendo expulsada. Concibió que su deber era tener un ataque de nervios. No lo hizo tan bien como lo hacen en Francia, pero fue del mismo orden, y razonablemente creíble. Sus patadas

histéricas y sus gritos de ahogo, cuando sus compañeras la contuvieron para que respirara, fueron la parte más eficaz de la actuación. Pronto dejó de hacerlo, probablemente por la falta de interés de los espectadores.

Por la noche celebramos una cena de despedida con Tin Jack: champán, brindis, discursos, etc. Desde tierra nos saludaron con fuegos artificiales; el señor Henderson respondió con una exhibición desde el barco. Mientras los observaba, escuché una conversación entre un bombero blanco y nuestro cocinero sobre los peligros de la tierra. «Uno de mis compañeros —dijo el bombero— se perdió una vez en el monte y pasó un día entero antes de poder encontrar agua. No me arriesgaría a eso ni por todo el dinero que me pudieran dar». Le recordé que también en un naufragio se pasaba sed. Dijo que nunca había pensado en eso, pero, de todos modos, no parecía lo mismo. Los fuegos artificiales tuvieron mucho éxito y creo que complacieron a nuestros muchachos negros más que a nadie. El barco resonó con sus gritos y sus risas musicales y afeminadas. Habían estado toda la tarde raspando los costados del barco bajo el agua. Se me hacía muy extraño verlos saltar como ranas y trabajar al mismo tiempo, pero siempre estaban listos para más bailes y canciones. Louis y yo estuvimos de acuerdo en que les pagaríamos de buena gana solo por hacerlo con tanta energía. Todos estos hombres proceden de islas caníbales, pero no les gusta que se lo recuerden. Cuando el señor Hird les molesta con esto, aseguran que eran muy niños cuando se fueron y que no pueden recordar nada de las costumbres salvajes de su pueblo.

6.— Nos marchamos de Apemama. Nuestros muchachos negros se han tumbado formando un círculo debajo de un toldo. Uno ha leído la Biblia (es domingo) y otros cantaron himnos con un acordeón. El rey ha desayunado con nosotros. Ya nos hemos despedido de él, aunque no de una manera tan triste como en la otra ocasión, pues esta vez esperamos verlo de nuevo.

7.— Nanouti, a primera hora de la mañana. Fuimos a la orilla

después del desayuno, a la casa del «primo Willy Jones», donde ondeaban los colores de la bandera británica. Tin Jack quería que lo fotografiásemos en su nueva estancia, así que nos llevamos la cámara con nosotros. Lloyd y yo dimos un paseo y nos sorprendió el número de casas que tenían montones de cocos secándose, no convertidos aún en copra. Nos dijeron que temían que hubiera una hambruna y que estos cocos los tenían como reserva. Hablando de provisiones, también nos sorprendió la diferencia en las condiciones de vida de nuestros amigos de Piru desde la última vez que pasamos por allí con la goleta *Equator*. Entonces sufrían de la más implacable pobreza. Apenas poseían una esterilla y prácticamente ningún alimento, tan solo unas conchas con agua y algunos cocos viejos. Pero desde que los llevamos a Apemama, prosperaron. Adquirieron unas esterillas muy bonitas, almacenaron comida de «serrín» y frutos secos del pandano (muy buenos, con sabor a higos secos) y grandes cantidades de los mejores alimentos producidos en Apemama. Todos vestían con telas de algodón llenas de colores o hermosos *riais*. Los cestos estaban llenos de tabaco y pipas.

Mientras Lloyd y yo nos paseábamos por Nanouti, Tin Jack regresó al barco ajeno al hecho de que acabaríamos prisioneros de la isla a causa de la marea durante todo el día. Cuando llegamos, tuvimos que derribar parte del muro de un caladero para conseguir desembarcar. Habíamos dejado el barco a las diez y estábamos cansados, hambrientos y desesperados. Finalmente, Lloyd encontró una canoa con la que esperaba poder llegar al barco y traerme algo para comer. Me había mojado con el oleaje y estaba vestida con una camisa y un vestido sucios que me había prestado una nativa. Cuando llegué a tierra, pedí ropa seca y una de las mujeres me dio un vestido viejo No sabía qué hacer, porque era bastante transparente, así que tuve que quedarme dentro de casa. Al enterarse Tin Jack, pidió una camisa para mí. La mujer se quitó la que llevaba en un rincón oscuro y me la dio, fingiendo que en realidad la acababa de sacar de un baúl. Después de este gesto de orgullo o delicadeza, me vi en la obligación de ponérmela. Como me dolía la cabeza, me tumbé sobre una alfombra, poniendo la cabeza en una

almohada indescriptiblemente sucia, e intenté dormir. La gente de la casa, unos veinte nativos, entraban en cada momento a verme. Si los niños de la casa hacían un ruido, les daban una bofetada para que se callasen. Fuera de la casa, sus gritos y chillidos eran tan fuertes que podrían levantar el techo. Nunca había visto tanta «disciplina» en las otras islas. Al lado de mi ventana, un niño recibió una fuerte bofetada por haber estado gritando al menos durante media hora. Al fin me dormí, aunque me despertaron los ladridos de unos perros salvajes peleando justo debajo de la casa, que se alzaba por unos pilares. La casa era propiedad del comerciante, y era una de las mejores que había visto. Tenía cuatro habitaciones separadas por empalizadas, con un techo elevado y espacioso. Por el lado de la sombra corría una hermosa veranda. Estaba unida con lianas a otro cobertizo, también techado.

Lloyd, después de haber buscado durante hora y media una canoa, encontró a un nativo dispuesto a llevarlo por el elevado precio de diez palos de tabaco. Mientras tanto, Tin Jack, con un gran aire de satisfacción, había enviado otra canoa al barco a cambio de unas latas de sardinas (que no podrían usar sin un abridor), algunos sándwiches y una botella de cerveza negra sin sacacorchos. Cuando Lloyd lo descubrió, no esperó un momento y volvió a buscarme. A pesar de sus esfuerzos, el fuerte oleaje lo acabó arrastrando a dos millas de donde yo me encontraba. Estuvo a punto de volcar en varias ocasiones y acabó con el agua hasta las axilas. Llevaba zapatos de cuero que se le estropearon y acabaron dañándole las uñas y haciéndole heridas en las plantas de los pies. Además de estos contratiempos que ya le dificultaban andar, se cortó el tobillo con un arrecife y se hizo una rozadura en la pierna. Ambas eran un asunto serio aquí: las heridas de coral suelen infectarse con facilidad. Se cuenta que un capitán militar perdió una pierna de este modo. Louis también temía que yo me hubiese vuelto. Realmente no sé por qué no lo hice; estuve a punto de hacerlo varias veces, pero siempre había algo que distraía mi atención. Ya estaba completamente oscuro y hacía frío cuando llegó el bote. Tin Jack llegó un cuarto de hora más tarde, disculpándose ansiosamente.

Oí que un gato se había unido a la tripulación. En Majuro, un hombre que había naufragado y se había unido al *Janet* hasta Sidney tenía uno de mascota. Uno de los marineros se encontró a la gatita nadando alrededor del barco, intentado escalar a bordo. Le acercaron un remo para que se agarrase y se subió de un salto. Por poco se ahoga.

Le pedí un pescado a uno de los chicos negros. Con algo de pimienta de cayena, un viejo limón seco y un poco de agua de mar le hice a Louis una salsa «miti» que uní al pescado crudo para la cena. Le gustó mucho y se lo comió todo. (El pescado crudo puede parecer una delicadeza extraña para un enfermo pero, si se prepara de la manera correcta, no hay nada mejor que un mújol crudo. Lo aprendí en Tautira, una amable aldea del «lado salvaje» de Tahití. Mi marido se encontraba alarmantemente enfermo de neumonía y yacía en cama inconsciente. No había forma de llegar a la civilización excepto con nuestro yate, el *Casco*, y el *Casco* se había ido a Papeete para reparar sus mástiles. Hundida por esta catástrofe, erraba estúpidamente por los alrededores de la aldea intentando recuperar mis fuerzas. Entonces atrajo mi atención el espectáculo de una joven nativa, alta y graciosa, que entraba en la casa del jefe de Tautira entre las aclamaciones de un gran gentío. No recordaba que llevaban varios días con las preparaciones de la visita de Moe «la Gran Princesa». Media hora después llamaron a nuestra puerta, y allí estaba Moe con un plato de pescado crudo, preparado con salsa miti. Hablando un perfecto inglés, me explicó que había oído que un extranjero se encontraba enfermo y que su mujer estaba preocupada porque no comía. Por ello, ella misma había hecho esta comida y me aseguró que si solo consiguiera que la probara, comería más y recuperaría el sentido inmediatamente. Al principio, Louis volvió la cabeza hacia un lado, agotado y con los ojos cerrados, pero, siguiendo el consejo de la princesa, deslicé un poco de comida entre sus labios. Ante mi sorpresa, se la tragó. Repetí el proceso. Abrió sus ojos y preguntó: «¿Qué es eso?». Varias veces al día, la princesa venía con su plato de pescado y su salsa miti. Tan pronto como lo veía, lo devoraba. Así, en una semana, Louis recobró la suficiente fuerza

como para caminar e ir a la casa del jefe y Moe, donde acabamos residiendo).

El pescado crudo que se prepara en Tahití, no es un revoltijo desagradable, es muy grato a la vista y al paladar. La fresca carne blanca del pescado es cortada en pequeños trozos de una pulgada de ancho y dos de largo, y colocada al lado del plato (por supuesto, sin piel ni espinas) y cubierta con salsa miti. Esta consiste en el jugo extraído de la propia cáscara del coco (muy diferente de la de los cocos verdes) mezclado con un tercio de jugo de limón y unos pequeños trozos de pimiento rojo picante y un poco de agua de mar. La salsa parece cocinar al pez, pues toma un aspecto de cuajada y encoge los extremos, como si hubiera sido hervido.

8.— Permanecimos toda la tarde y nos marchamos por la noche. Un largo arrecife dificultó el desembarco de todas las cosas de Tin Jack. Oímos que el bergantín *Cito* había estado descargando rifles y municiones. Tin Jack se marchó al final de la tarde. Un nativo lo llevó al arrecife mientras nosotros lo observábamos desde el barco. Todavía tenían que traer a bordo cincuenta sacos de copra. Las espaldas de los nativos y nuestros muchachos negros fueron los encargados de hacerlos llegar a los botes. *Mr*. Henderson le dio a Tin Jack dos cerdos negros y una esterilla muy hermosa, de muy buena calidad. Yo le di un suministro de medicinas cuidadosamente etiquetadas y una maleta que nos sobraba. Cuando zarpamos, la sirena sonó varias veces en señal de despedida. Encendimos una luz azul y lanzamos dos cohetes. Uno fue lanzado por el capitán, que se encontraba muy enfermo, con la mala fortuna de que rebotó en nuestra dirección, llenando toda la cubierta de chispas.

Una mujer me había seguido todo el día para que me llevase a su hijo, un muchacho de media casta. Me quiso convencer dándome una esterilla, que, al final, me la regaló; yo le di un frasco de colonia. Todo el mundo comercia con conchas, incluso los negros boys y *Mr*. Stoddars, el ingeniero. Cuando el bote volvió de dejar a Tin Jack, me trajo de él una gran espada, muy vieja y curiosa.

(Tin Jack terminó mal. Tenía unos ingresos fijos que no alcanzaban, sin embargo, para realizar todas sus ideas. Así que

pasaba la mayor parte del año como comerciante en los Mares del Sur; el resto del año llevaba una disipada vida en Sidney. Una de sus diversiones favoritas era alquilar un coche un día, poner al cochero dentro, conduciéndolo él mismo, e invitar a varios paseantes para que lo acompañaran al próximo prostíbulo. Algunos años después, cuando estaba en su isla, recibió una carta en la que se le informaba de que su administrador había huido con todo el dinero. Jack apuntó con su pistola su cabeza y se voló los sesos. Era una bella criatura, fastidiosa a veces, pero con un punto infantil y atractivo —pienso que era algo así, como a lo que un escocés llama natural— que se hizo perdonar travesuras a las que a otros nunca se las hubieran perdonado. Estaba muy orgulloso de ser el verdadero «Tommy Hadden» del *Wrecker* y llevaba el libro donde quiera que iba).

9.— Peru. Estoy muy molesta por la apatía de los exiliados. Excepto una mujer, nadie miraba su tierra natal, a la que probablemente no volverían jamás. No hubo excitación ni mostraron interés. El misionero de Samoa y sus amigos, todos de aspecto superior y bien vestidos, subieron a bordo. El misionero pidió, de forma soberbia, que le fueran traídos papel, sobres, pluma y tinta, mientras Lloyd trabajaba en la máquina de escribir lo que yo le dictaba. Para nuestro disgusto permaneció veinticuatro horas entre nosotros. Se dice que se marchó a Apemama, con la idea de convencer al rey para establecer un misionero allí. Espero que no lo consiga. El rey teme su influencia sobre la gente.

También estuvieron a bordo otros comerciantes: el fanfarrón Briggs y *Mr*. Villiero, de la República Argentina. El padre de *Mr*. Villiero era italiano y su madre tirolesa. Parecía un buen hombre, inteligente; estuve un buen rato hablando con él. Hacía pocos años que vivía en la isla un hombre que había sido secretario del rajá Brooke. Me presentó a su mujer y a su hija de media casta tahitiana, Prout.

He estado hablando con los dos comerciantes y recordando cuando Briggs se dedicaba a llevar leprosos de Honolulu a Molokai.

«¿Conoció al padre Damián?», le pregunté y, después de pensárselo mucho, me dijo: «Un cura católico, que era muy correcto, cuando le conocí, pero que después empezaron a decir muchas cosas sobre él en Honolulu». Se lo conté a Louis.

Las mareas están muy bajas y se ha transportado una gran cantidad de copra aquí. Nuestros muchachos negros han trabajado hoy hasta las dos de la mañana y mañana se espera que hasta más tarde. Uno de ellos se ha puesto malo de la garganta, con dolores de cabeza y diarrea; le doy láudano y aceite de castor, aunque no sé qué hacer con él. El capitán está enfermo, muy débil realmente, con fuertes dolores de cabeza y ardores en el estómago. No ha comido apenas durante días, salvo agua de cebada. Louis está mejor; la hemorragia ha cesado.

10.— Aún en Peru. *Mr*. Hird regresó ayer con el cuento de un hombre blanco, enfermo, llamado Blanchard, que está implicado en un asunto conocido como «el caso del envenenamiento de Jim Byron». Blanchard ha contraído una enfermedad terrible que le hace necesario levantar los párpados con los dedos para ver y al que se le ha puesto la nariz de una forma monstruosa. Blanchard dice que es americano y cuando lo conocimos por primera vez pretendía pasar por un *gentleman*, pero ahora ha caído en un grado de degradación horrible. Blanchard habló del asesinato y dijo que él estaba allí cuando se produjo.

11. —Aún a las 10 en Peru. Vino *Mr*. Villiero con su mujer, una joven y hermosa mujer, a quien le di una guirnalda y varias piruletas para sus niños (todos adoptados, pues el suyo murió) y una pieza de encaje. Un poco más tarde, *Mr*. Hird trajo algunos comerciantes a los que les ofreció un almuerzo.

Levamos anclas.

12. — Dejamos Peru la noche pasada, llegando a Noukanao esta mañana. Llevamos con nosotros a un hombre nativo, exiliado, a esta

isla. El nativo misionero de Samoa dijo que para ciertos crímenes estaba permitido matar al ofensor. Ocurrió un caso así y el culpable fue condenado a muerte. Afortunadamente, un misionero blanco apareció por la isla y el condenado fue castigado con el exilio permanente. Como este hombre tenía grandes posesiones en Noukanao, se esperaba que no pasara muchos apuros en su nueva tierra; se llevó a su familia.

El barco ha estado lleno de nativos toda la mañana. Entre ellos el inevitable leproso con elefantiasis, todos hablando y moviéndose como monos. Yo les he comprado tres dientes de tiburón bien hermosos, uno por una camiseta a rayas y los otros dos, por una pieza de algodón de colores. También compré una manta con bordados y, por un chelín, un collar de dientes humanos. Hace poco tiempo era peligroso poseer un collar de dientes humanos, pues se mataba para fabricarlos, especialmente en la isla de Maraki. Yo pienso que el mío tiene un origen honesto o, al menos, conseguido en guerra abierta.

La última tarde nuestros cerdos pelearon como perros, mordiéndose entre ellos y corriendo por el puente como locos. El ruido que hacían era más bien como ladrar que como gruñir o chillar. El cocinero se ha herido una pierna; *Mr*. Hird tiene un mal resfriado; el ingeniero, *Mr*. Stoddatd, tose con frecuencia y Louis siente que también él ha cogido un resfriado; el capitán está aún muy malo y se ha enfriado más la última noche. Las heridas de Lloyd en la isla de Tin Jack van mejorando; las limpio primero y, después, las cubro con yodoformo.

Hemos estado hoy en dos establecimientos y estamos ahora retornando al primero. En el segundo, Tom Day vino a bordo y comió con nosotros y también con el capitán Smith. Nuestras reservas de carbón son bajas y tenemos que pensar en la próxima parada —las Hébridas, Fiji— o, quizás, Brisbane. Pasamos la tarde hablando con Tom Day. Nos contó cuentos del obispo Patterson y de cacerías para fabricar collares de dientes. Un padre que tenía buenos dientes, los dejaba en herencia a sus hijos. Había conocido muchos asesinatos de personas en busca de dientes. Mi collar

parecía una posesión muy buena.

13.— Dejamos Noukanau por la mañana, llegando el lunes a Onoatoa. Louis ha tenido una larga conversación con Frank Villiero. La tierra aquí está dividida en grandes y pequeños lotes. Los grandes, de acre y medio, y los pequeños, de la mitad de un acre. No hay divisiones más pequeñas. Un gran lote es suficiente para que una familia viva bien. Algunas grandes familias tienen varios lotes y han recogido mil quinientas nueces en un mes. Los robos y los asesinatos son frecuentes con motivo de la posesión de tierras. Un homicida puede obtener la tierra del muerto en ciertas condiciones. La isla fue especialmente próspera anteriormente a causa de que parte de la población eran esclavos.

Los deberes de «los viejos hombres» comprenden la demarcación de tierras. Estas islas democráticas están regidas por estos «viejos hombres» que hacen las leyes. La población de la isla de Pem supera las dos mil quinientas personas. La policía va uniformada y patrulla por la noche. Villiero ha visto a un policía recibir no más de diez cocos por el trabajo de todo un año, y tiene que hacerse su propio uniforme del que no se encuentra orgulloso. Todo el territorio de la isla es propiedad de alguien. Una canoa hundida o un hombre muerto es instantáneamente olvidado. Poco o ningún ponche agrio se bebe desde que los misioneros llegaron. *Mr*. Clark, el misionero de Samoa, dijo que cuando viene los domingos un barco, se permite a dos hombres que trabajen en las operaciones de descarga. Anteriormente eran siempre multados.

Mr. Villiero vino de visita esta tarde con su mujer y su hija adoptiva, *Miss* Prout. Me fue muy embarazoso pues vinieron cargadas de regalos y yo no tenía nada que ofrecerles. Tuvimos una ceremonia de adopción, por la cual me convertí en madre o hija de *Mrs*. Villiero; yo creo que ni ellos supieron en qué situación quedamos. *Miss* Mary Prout es una joven seria y silenciosa. Iban bien vestidas y usaban anillos europeos. *Mrs*. Villiero cose todos los trajes de su marido. Los regalos consistieron en un barco con toda

su arboladura dentro de una botella por cuya boca no puede pasar. *Mr*. Villiero pasó tres semanas enteras haciéndolo. Un regalo típico de un marino. (Posteriormente, se perdió en un barco comercial, probablemente un esclavista, que se hundió con muchos nativos a bordo. Iba de camino a Sudamérica). Tema la seguridad de que su vida no era segura entre los traficantes, entre los que se encontraban los envenenadores. También nos trajo una hermosa esterilla con un borde rojo de lana, un par de conchas y un cesto entero de hojas de pandano de muy dulce carne. Cuando nos encontramos, *Mrs*. Villiero se acercó y me ató al cuello un collar, grueso y largo, de dientes de marsopa, prolegómeno a la ceremonia de adopción.

Le contó a Louis un desafortunado asunto que le ocurrió el 4 de Julio. Villiero, Briggs y un comerciante chino llegaron a un buen acuerdo con la compra de copra, dando doscientos dólares de adelanto. Pronto todo se quedó en manos del chino. Armados hasta los dientes, Villiero y Blanchard se fueron a la casa del chino. Uno se quedó en la puerta guardándola y Villiero entró, poniéndole la pistola en la cabeza al chino. Por supuesto, el chino devolvió los doscientos dólares. Dudo que una persona con la inteligencia de Villiero fuera inducida por Briggs.

El capitán está muy enfermo, pero Lords está mejor.

14. — Isla de Onoatoa.

15. — En Tamaña, por la mañana temprano. Un pasajero, que cogimos en la isla de Tom Day y que nos fue presentado como capitán Thomas, se ha quedado en la playa con todas sus pertenencias. Otro pasajero, que habíamos tomado en Sidney, me ha construido un taladrador indígena, que puede cortar las más delicadas conchas, hierro, un plato o un cristal. Yo hice cuentas rojas y blancas y fabriqué collares muy bonitos. Desde que estamos en Tamaña ha habido un muerto y una ejecución. Un hombre de otra isla, indignado por perder en una lucha, lo esperó en la iglesia y lo

golpeó con una espada. Murió al instante. Al otro lo ejecutaron colgándolo. Lo arrastraron y lo colgaron de nuevo para asegurarse de que estuviera muerto. Repitieron esta barbaridad varias veces, hasta que quedaron satisfechos de que no le quedaba nada de vida.

16.— Arorai por la mañana. La primera cosa que oímos fue que el pobre McKenzie, que estaba muriendo de hambre, había muerto, supuestamente por la sopa que le dejé. Se la comió con muchas ansias y se sintió lleno; luego, se quedó insensible; permaneció así tres días y se murió. No se me ocurrió aconsejarle que no comiera mucho. La sopa parecía una cosa inocente y le aconsejé que no tomara alimentos sólidos.

«Cockroach», uno de nuestros muchachos negros, se ha aplastado terriblemente un dedo. Desde entonces, grita como un niño. El capitán sigue muy enfermo. Estuve mirando dos libros de medicina y he llegado a la conclusión de que debe de sufrir inflamación del estómago. Dice que se encuentra peor desde que un día tres muchachos negros se negaron a trabajar un domingo. Sally Day dice que fue muy imprudente y que esto hizo presa en su espíritu.

Hoy uno de nuestros botes, gobernado por *Mr.* Hird, desapareció de repente en el oleaje, y *Mr.* Henderson fue en su ayuda. El bote zozobró y se encajó entre las rocas. *Mr.* Hird salió empapado de este inesperado accidente. Afortunadamente nadie sufrió heridas y solo el ingeniero y *Mr.* B (un pasajero de Jaluit) salieron gruñendo.

En otro bote llegaron para la comida. Matamos a un cerdo, pues las ovejas eran escasas. Charley, un pasajero de Jaluit, me dio un cinturón de cabello humano. Los nativos trajeron un tiburón, que acababan de matar, a cambio de alimentos. *Mr.* Hird contó la historia de un tiburón que iba detrás de un pez. El tiburón podía cazar al pez fácilmente avanzando en línea recta, pero el pez nadaba haciendo curvas y el tiburón así no podía alcanzarlo. Estaban muy cerca del barco, cuando el pez saltó del agua, con la rapidez del rayo, el tiburón lo atrapó por la cola y se lo tragó. Había aquí peces espada, con espadas tan largas como lanzas y muy afiladas en sus

bocas. Cuando los nativos están pescando, se aproximan, los observan, intentando ensartarlos con sus espadas. Uno de nuestros pasajeros conoció a un hombre que murió de esa manera.

Olvidé mencionar que Tom Day me contó que, durante la presente epidemia de sarampión, vio a una mujer siendo enterrada viva. «Era demasiado débil para resistirse. Así que su marido, justamente, la enterró». La misma clase de historia me la contó *Mr*. Hird de Penhrin.

17. — Hubo un fuerte aguacero durante la noche. Lloyd durmió toda la noche; yo puse mi cabeza en posición de ver la lluvia caer sobre el mar y observé las gotas golpeando el agua, produciendo rayos como si fueran una estrella. Daba la sensación de que el cielo se hubiera convertido en agua. A menudo, en mis baños, sobre todo al atardecer, saltaban chispas como en los fuegos artificiales. El tiempo continúa malo y nos movemos una barbaridad. Louis, mucho mejor; el capitán, muy débil y enfermo; la pierna de Lloyd, que se dañó en el coral de la isla de Tin Jacks, con pronóstico desfavorable. Supongo que debería amputarla, pero requiere coraje realizar tal operación.

18. — Llegamos a Vanumea a las diez de la mañana. Salimos a la caída de la noche, con rumbo S.S.W

24.— La primera cosa que vemos por la mañana es la isla de Eromango, a unas quince millas y, un poco más tarde, Tanna. Eromango es un lugar en donde el misionero Williams (aquí siempre se hablará del «mártir Williams») fue asesinado por los nativos.

Hace algún tiempo nos divertimos mucho discutiendo sobre el mango y el modo de comerlo. *Mr*. Stoddard dijo que el modo era con una cuchara, lo que era imposible. Luego, descubrimos que se

había confundido con la papaya, aunque no lo confesó. Una tarde, cuando el pan estaba poco horneado, presioné la miga con la apariencia de una cuchara y de manera solemne se la presenté como una «cuchara mango». Esta mañana me encontré una ristra de calabazas colgadas y dispuestas para madurar. Se las pedí al cocinero y *Mr*. Hird y yo le atamos un enorme cartel, sobre el que Louis escribió en letras de imprenta:

PARA WALTER STODDARD ESQ.,
—UN MANGO—
CON EL AMOR DE LOS HABITANTES DE EROMANGO.

(Se juntó una cuchara y el más hermoso mango de la isla. Pero cuidado con la suerte del mártir Williams, que se muñó intentando comer uno con una cuchara muy corta).

Para hacer la presentación de la escena más sorprendente, hice un par de falsos ojos, que *Mr*. Henderson introdujo en una calabaza. Todo fue presentado en la comida por el jefe de los camareros, asegurando que acababa de llegar en un bote procedente de Eromango y enviado por la gente de la isla.

Es difícil encontrar una expresión más diabólica que la que le di a los ojos. Oscuros con un ribete blanco, que parecían hundidos en sus agujeros con una intensidad llena de sorpresa y malevolencia.

25. — Isla Mare, del grupo de las Loyalty. Nos quedamos en el pasaje Scarcelle a cuarenta y cinco millas de Noumea —capital de Nueva Caledonia—, el último puerto civilizado hasta que terminemos el final de nuestro crucero en Sidney. Es una isla grande y extraña, aunque pintoresca. A primera vista parece desolada, con llanuras y terrazas y alguna colina. De vez en cuando, un árbol, muy alto, como si fueran agujas. Conforme nos acercábamos preciosas bahías se abrían. Bosques de cocoteros podían verse en sus orillas, mientras altos árboles cubrían las colinas. En una de estas pequeñas y encantadoras bahías se encontraba la misión. Podíamos ver la casa blanca de madera, rodeada de árboles; una plantación de palmeras llegaba hasta el agua. En un nicho de una de las laderas de una

colina se podía ver una gran estatua de la Virgen, asombrosamente blanca bajo los reflejos del sol. Se veía mucha gente y, en la bahía, una gran canoa.

26. — A la una y media llegamos a Noumea. Una sucesión de maravillosas bahías se veían mientras nos acercábamos. Era una sucesión de bahías, con pequeñas islas, que se elevaban del mar, como pequeñas colinas. Otras, llanas, estaban llenas de cocoteros. Todos nos pusimos nuestros trajes europeos para ir a la playa; nos mirábamos muy extraños con nuestro nuevo aspecto.

FRANCES FANNY MATILDA VAN DE GRIFT OSBOURNE STEVENSON (Indianápolis, 10 de marzo de 18401 - Santa Bárbara, 18 de febrero de 1914) fue la esposa de Robert Louis Stevenson, quien falleció el 3 de diciembre de 1894 en Upolu, Samoa. Fanny estaba separada y se encontraba viviendo en Francia con su hija Belle.

Fanny Van de Grift nació en Indianápolis, hija del obrero Jacob Van de Grift y su mujer Esther Thomas Keen. Tenía el pelo oscuro y rizado. Con diecisiete años, se casó con Samuel Osbourne, teniente del gobernador del estado. Su hija Isobel (o Belle) nació un año después.

Samuel tomó parte en la Guerra de Secesión, fue con un amigo enfermo de tuberculosis, y a través de San Francisco, llegó a las minas plateadas de Nevada. Una vez acomodado allí, envió a su familia. Fanny e Isobel, que para esa fecha tenía cinco años de edad, hicieron el largo viaje pasando por Nueva York, el istmo de Panamá, San Francisco y finalmente, por medio de carros y diligencias, atravesaron el río Reese y el pueblo de Austin, en el condado de Lander. La vida era difícil en el pueblo minero, y además había pocas mujeres. Fanny aprendió a disparar una pistola y a liar sus propios cigarrillos.

La familia se mudó a Virginia City, Nevada. Samuel empezó a salir con chicas que conocía en bares, y en 1866 se dirigió a las Montañas Coeur d'Alene. Fanny y su hija pusieron rumbo a San Francisco. Existió el rumor de que Samuel había sido matado por un oso pardo, pero este regresó de nuevo con la familia, naciendo en 1868 su segundo hijo, Samuel Lloyd. Sin embargo, Samuel continuó flirteando con otras mujeres y Fanny se volvió a Indianápolis.

La pareja se reconcilió en 1869 y vivió en Oakland, donde nació el tercer hijo, Hervey. Fanny se emprendió en la pintura y en la jardinería. No obstante, la actitud de Sam no mejoró, y la relación se rompió definitivamente en 1875, cuando Fanny se mudó a Europa con sus tres hijos. Vivieron en Amberes durante tres meses y después, para permitir que Fanny estudiara arte, se trasladaron a París donde Fanny e Isobel se inscribieron en la Académie Julian. Hervey, enfermo de tuberculosis, falleció el 5 de abril de 1876 y fue enterrado en el cementerio del Père-Lachaise.

Mientras residía en París, conoció a Robert Louis Stevenson, de quien se hizo amiga. Convencida de su talento, le alentó e inspiró. Él se sintió muy unido a Fanny, pero esta tuvo que volver a California.

Stevenson declaró su intención de seguirla, pero sus padres se negaron a pagar el viaje, por lo que ahorró durante tres años con el fin de pagarse él mismo el viaje. En 1879, a pesar de que sus amigos y familia no estaban de acuerdo, viajó a Monterrey, donde Fanny está recuperándose de la crisis emocional que le había causado la indecisión de dejar a su marido. Allí, mientras esperaba a una decisión de Fanny, escribió muchos de sus relatos más importantes como «La isla del tesoro» y «El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde».

Finalmente, Frances eligió a Stevenson, con quien se casó en 1880 en San Francisco. Unos días después de la boda, la pareja se fue de luna de miel al Valle de Napa, donde Robert escribió The Silverado Squatters. Más tarde escribió The Amateur Emigrant en dos partes, que trataban sobre su viaje a América.

En agosto de 1880, la familia se mudó a Gran Bretaña, donde Fanny intentó que su marido y su suegro resolvieran sus disputas. Siempre

en busca de un clima favorable para la enferma salud de Robert, viajaron al Adirondack, un macizo montañoso situado en el estado de Nueva York. En 1888, se trasladaron a San Francisco y de allí navegaron hasta el oeste de Samoa. A este siguieron otros viajes en las goletas Equator y Janet Nicoll. Finalmente, se asentaron en Vailima, Upolu, donde Stevenson falleció el 3 de diciembre de 1894.

Cuando Fanny falleció en Santa Bárbara, California el 8 de febrero de 1914, Field la describió como «la única mujer en el mundo por la que vale la pena morir». En 1915, fue incinerada y sus cenizas fueron llevadas por su hija a Samoa, donde fueron enterradas al lado de los restos de Stevenson, en la cima del monte Vaea. La placa de bronce para Fanny porta su nombre en samoano, «Aelele». (Nube Voladora en dicho idioma).